



TROTSKY, per G. Zornike

OBRAS ESCOGIDAS

*L. Trotsky*

# *Guerra y paz*

*marxismo y guerra mundial  
imperialista*

## León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



Germinal

## ***Obras Escogidas de León Trotsky***

**Edicions Internacionals Sedov**

Valencia, junio de 2026

[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

Edicions internacionals Sedov



El 4 de marzo de 1940, Trotsky le propone a Vanzler (Wright) la edición en inglés (en Norteamérica) de una recopilación de artículos tratando la situación internacional en el contexto de la preparación de una nueva guerra imperialista, como él mismo concreta en la carta: “(la guerra que se avecina, la fuerza y la debilidad del Ejército Rojo, Stalin y Hitler, la paz futura)”. Propone el título de *Guerra y paz*, que no abandonará y que no encontrará a tiempo un editor (de ahí que la introducción del autor quedase incompleta).

Tras la segunda guerra mundial, que no podía ser más que imperialista, la civilización humana, sujeta al marco del capitalismo en su fase imperialista, no ha dejado de sufrir llagas consustanciales a ese imperialismo: guerras de diversa intensidad y sometiendo a diferentes partes del globo terráqueo. Ya ha transcurrido un cuarto del siglo XXI y la clase obrera todavía no ha sido capaz de erradicar las llagas de las guerras, por la simple razón de que no ha destruido el capitalismo en su fase imperialista y, con él, sus tendencias objetivas a la guerra. A ello ha venido a sumarse la destrucción del primer estado obrero, ahora de nuevo en manos del imperialismo. El socialismo parece alejarse cada vez más en el horizonte, horizonte que debe vislumbrarse tras las pestilentes emanaciones de las guerras imperialistas. Ahora la guerra imperialista está de nuevo desarrollándose sobre el suelo europeo, de nuevo sobre el suelo de la antigua Rusia. Ahora, de nuevo, el fascismo vuelve a cernirse sobre ese suelo, el fascismo acoplado al ritmo de destrucción de conquistas obreras y de necesidades políticas de las diversas burguesías en competencia. Por otra parte, la clase obrera sigue siendo ahora la clase inmensamente mayoritaria en la sociedad mundial y ocupando el lugar imprescindible en la producción de las mercancías, lugar que la dota de la misión histórica de hacer avanzar a la civilización hacia un mundo más humano. Pero se mantiene el gran desafío que tiene la clase obrera ante sí: “La situación política mundial en su conjunto se caracteriza sobre todo por la crisis histórica de la dirección del proletariado.” La vanguardia de ese proletariado bucea intentando salir de la miasma del imperialismo. Para ello necesitará un programa de transición capaz de establecer los imprescindibles actuales puentes entre las muchas realidades y diferenciaciones que actúan sobre las clases sociales, también sobre la clase obrera (y que imbuyen a su conciencia con la ideología dominante, que no puede ser otra que la de la clase dominante, la de la burguesía) y las necesidades históricas que se le presentan a la clase obrera en su lucha por la revolución, por la revolución socialista. En estos textos se podrá encontrar una fuente para articular los elementos necesarios para la elaboración de las tácticas y estrategia adecuadas al objetivo: la destrucción del capitalismo mediante la revolución obrera encaminada al socialismo. Porque las diferentes burguesías enfrentan el declive de imperialismos, todavía muy vivos y bien armados, y el nacimiento de nuevos que exigen su nueva porción (porción que debe crecer constantemente bajo la fase imperialista del capitalismo). Y ahora, todo indica que estamos ante una situación en la que “una guerra mundial es inevitable si no se le anticipa una revolución”, como afirmaba Trotsky en marzo de 1939. En su situación actual, la clase obrera no podrá realizar el trabajo de articulación de un programa de acción revolucionario sin encarnarlo en un partido obrero revolucionario, en una nueva internacional obrera revolucionaria. De ahí la necesidad de que la lectura de estas líneas sólo sea productiva a una mente que ejerza su capacidad de crítica para tensar, también y como resultado, su capacidad de lucha e imaginación.

A los artículos propuestos por Trotsky nosotros añadimos como apéndice dos de sus últimos textos, que nos parece puede servir para enmarcar la cuestión: se trata de unas notas sobre la guerra y otras sobre la URSS. Todos los textos provienen de nuestra serie [Trotsky en internet y en castellano \(Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas\)](#), en la que podrás encontrar numerosos textos también adecuados por lo que al final del texto añadimos una serie de enlaces directos que forman un dossier sobre la guerra imperialista; esto en su edición digital, que lo facilita.

*“Un pronóstico es válido, no en la medida en que expresa o encuentra una confirmación fotográfica exacta de los acontecimientos posteriores, sino más bien si nos ayuda a orientarnos en el curso real de los acontecimientos al proyectar ante nosotros los factores históricos. Desde este punto de vista, nos parece que los artículos reunidos en este volumen han superado con éxito la prueba. El autor se siente con derecho a añadir que pueden [seguir siendo útiles] incluso hoy en día, al iluminar el presente a la luz del pasado.”*

<i>Prefacio</i> .....	4
<i>¿Puede remplazar la democracia parlamentaria a los sóviets?</i> .....	8
<i>¿Qué es el nacionalsocialismo?</i> .....	12
<i>En el umbral de una nueva guerra mundial</i> .....	18
<i>El derrotista totalitario en el Kremlin</i> .....	31
<i>Sólo la revolución puede terminar con la guerra</i> .....	36
<i>El enigma de la URSS</i> .....	40
<i>El Kremlin en la política mundial</i> .....	48
<i>Estados Unidos participará en la guerra</i> .....	55
<i>Los astros gemelos: Hitler-Stalin</i> .....	58
Correspondencia sobre el futuro libro.....	67
[Asuntos semipersonales. Carta a Vanzler (Wright)].....	67
[El retraso del manuscrito. Carta a Malamuth] .....	67
[Traducciones por hacer. Carta a Malamuth].....	68
[Más artículos por traducir. Carta a Malamuth] .....	69
Notas sobre la guerra y sobre la URSS .....	70
<i>Notas sobre la guerra</i> .....	70
<i>Notas sobre la URSS</i> .....	74
Apéndice: enlaces directos a bibliografía de Trotsky .....	78

## *Prefacio*

(abril de 1940)

Para empezar, reproduzco un artículo publicado por primera vez en mayo de 1929, es decir, unas semanas después de mi deportación a Turquía<sup>1</sup>. Servirá en cierta medida de introducción a varios de los otros artículos, ya que ofrece una perspectiva del desarrollo general. Han pasado once años de duras pruebas desde entonces. Este artículo se publicó en la revista estadounidense *The New Republic* antes de que sus redactores recibieran la revelación de la “buena nueva” del Kremlin. Los editores acompañaron mi artículo con sus propios comentarios, que ahora, once años después, revisten un interés particular. Según la redacción, mi principal debilidad consistía en un “marxismo rígido” que me impedía penetrar o comprender la “visión realista de la historia”. La señal más evidente de mi falta de una visión realista de la historia se manifestaba en mi apreciación de la democracia formal, es decir, del régimen parlamentario que, según decía en ese artículo, había entrado por primera vez en conflicto con el desarrollo de la sociedad y desaparecería necesariamente de un país tras otro. En contra de mí, la redacción de *New Republic* sostenía que la democracia solo se había arruinado en los países en los que se había establecido como un “débil comienzo” y en aquellos en los que “la revolución industrial apenas había comenzado”. La redacción no explicaba, o no parecía avergonzada por la imposibilidad de explicar por qué los “debilitados comienzos” de la democracia, si se trata de una forma viable, no habían madurado posteriormente como había ocurrido en los antiguos países capitalistas, sino que, por el contrario, habían sido barridos por diversos sistemas de dictadura. La segunda referencia, a la insuficiencia del desarrollo industrial o, más exactamente, del desarrollo capitalista, es relativamente válida para Rusia, Italia, los países del sudeste de Europa, los Balcanes y España. Pero no se puede hablar de insuficiencia del desarrollo industrial en Austria y Alemania. Es más, en estos dos países, la democracia se mantuvo durante unos quince años antes de dar paso a dictaduras fascistas. La redacción de *New Republic* no lo previó, mientras que mi propio “marxismo rígido” y mi falta de una “visión realista de la historia” no me impidieron prever estos desarrollos.

El tercer argumento de la redacción de *The New Republic* de la época es incluso más llamativo. Según ellos, Kerensky, con su debilidad e indecisión, era “un accidente histórico que Trotsky no podía admitir porque no encajaba en su esquema mecanicista para este tipo de cosas”. La debilidad de carácter de Kerensky como individuo fue sin duda un accidente desde el punto de vista del desarrollo histórico. Pero el hecho de que una democracia históricamente atrasada, condenada desde sus inicios, no pudiera encontrar otro líder que el débil y vacilante Kerensky no es un accidente.

Los demócratas y diversas facciones gobernaron durante muchos años en Alemania y Austria. Todos se dejaron expulsar de la escena política sin oponer resistencia.

---

<sup>1</sup> El artículo del 25 de febrero (“¿Puede reemplazar la democracia parlamentaria a los sóviets?”) se había publicado en *The New Republic* del 22 de mayo de 1929 con el título: “Which way, Russia?”.

Por supuesto, se puede decir que la debilidad de Scheidemann, Ebert<sup>2</sup> y otros fue un “accidente histórico”. Pero ¿por qué se dejó que estas personas asumieran el papel de líderes de la democracia? ¿No estamos autorizados a concluir que una democracia históricamente atrasada, desgarrada por contradicciones internas y condenada a la muerte histórica, solo puede encontrar para dirigirla a personas desprovistas de ideas claras y de voluntad firme? O, si no, ¿no estamos justificados al afirmar que, independientemente de sus rasgos personales de carácter, los dirigentes de la democracia formal en tiempos de crisis pierden la compostura bajo la presión de las contradicciones históricas y abandonan sus posiciones sin luchar? Si este tipo de accidente histórico se repite varias veces en estados con distintos niveles de desarrollo, entonces tenemos derecho a concluir que lo que tenemos ante nuestros ojos no son excepciones históricas, sino ejemplos de una ley histórica general.

La verificación más reciente de esta ley ha sido el destino de la república española.

Por supuesto, se puede decir que los caracteres individuales de Zamora, Azaña, Caballero<sup>3</sup> y otros constituían su desafortunada suerte personal y, en ese sentido, “un accidente histórico”. Pero no fue un accidente que fueran precisamente estas personas las que asumieran la dirección de esta democracia tardía y decadente y que, a pesar de haber luchado esta vez, cedieran todas sus posiciones a una camarilla de generales sin valor. Por lo tanto, me permito pensar que un “esquema mecánico” no es tan malo, si permite prever grandes acontecimientos.

Ahora se ha convertido en una costumbre en la prensa burguesa mundial describir [la situación actual] como el resultado de la nefasta voluntad de un solo hombre. La iniciativa de este concepto proviene de Francia. “¿No es realmente por la voluntad de un solo hombre, de un solo loco, que Europa y toda la humanidad van a sumirse de nuevo en el abismo de la guerra?”. Luego, la idea se extendió hasta Inglaterra y estados Unidos. La historia es que el mundo entero vive generalmente en un marco floreciente de relaciones fraternas y pacíficas. Pero en algún lugar aparece un dictador y ese solo hombre es capaz de sumir al mundo entero, con sus millones de habitantes, en la guerra. Es la misma idea que *The New Republic* elaboró sobre Kerensky y la revolución de octubre. Allí, el problema era que una persona débil asumió el liderazgo de la democracia y no supo cómo impedir que hombres fuertes derrocaran la democracia y la sustituyeran por una dictadura. Ahora, la desgracia es que en Alemania hay en el poder un hombre fuerte que perturba la paz que aprecian las democracias más poderosas.

Lo que ha ocurrido no es, ni mucho menos, lo que se preveía en esos artículos. Y lo que preveían está lejos de haberse cumplido. Ese es el destino de todo pronóstico político. La realidad es infinitamente más rica en recursos, variantes y combinaciones que cualquier imaginación. No habíamos previsto que la guerra comenzaría con el reparto de

---

<sup>2</sup> Philipp Scheidemann (1865-1939), socialdemócrata “mayoritario”, social-chovinista durante la guerra, fue jefe del gobierno alemán tras la elección a la presidencia de la república de Friedrich Ebert (1871-1925), secretario del partido y patrón de su aparato, que dirigió la represión contra los revolucionarios alemanes, en alianza con el estado mayor del ejército, en 1918-1919.

<sup>3</sup> Las tres personalidades aquí citadas encarnan las corrientes políticas de España. Aniceto Alcalá Zamora y Torres (1877-1949), un gran terrateniente y monárquico moderado, se unió a la república y fue elegido presidente en 1931; fue destituido por las cortes, con mayoría del Frente Popular, en 1936. Fue sustituido por Manuel Azaña y Díaz (1880-1940), abogado y dirigente republicano que había sido jefe de los gobiernos de “izquierda” en los inicios de la república. Francisco Largo Caballero (1869-1946), dirigente del PSOE y de la UGT, antiguo moderado convertido en líder de la “izquierda socialista” y apodado “el Lenin español”, había dirigido el gobierno del Frente Popular durante la guerra civil, desde septiembre de 1936 hasta junio de 1937, y había sido apartado bajo la presión de Moscú.

Polonia entre Alemania y la URSS. Quizás un análisis más atento y detallado nos habría sugerido también esta variante. Pero, a fin de cuentas, el reparto de Polonia no es más que un episodio.

Un pronóstico es válido, no en la medida en que expresa o encuentra una confirmación fotográfica exacta de los acontecimientos posteriores, sino más bien si nos ayuda a orientarnos en el curso real de los acontecimientos al proyectar ante nosotros los factores históricos. Desde este punto de vista, nos parece que los artículos reunidos en este volumen han superado con éxito la prueba. El autor se siente con derecho a añadir que pueden [seguir siendo útiles] incluso hoy en día, al iluminar el presente a la luz del pasado.

Los acontecimientos se suceden a un ritmo tal que algunas predicciones se cumplen o se confirman mucho más rápido de lo que se podía suponer. Así, cuando hablamos en una entrevista (con el *St. Louis Post Dispatch*, 12 de febrero de 1940)<sup>4</sup> de la inevitabilidad de la intervención de estados Unidos en la guerra, se consideró una herejía que fue rechazada por todos los partidos y todas las tendencias políticas de estados Unidos. Hace solo un mes, y hoy, mientras escribimos estas líneas, la prensa estadounidense, al comentar la invasión de Escandinavia por los alemanes, afirma que una intervención de estados Unidos es perfectamente posible en el próximo año.

El 9 de marzo de 1939, Chamberlain aseguró a los corresponsales extranjeros que la situación internacional había mejorado, que se estaba produciendo un deshielo en las relaciones anglo-alemanas y que el desarme podría ponerse en la agenda. Seis días después, el ejército alemán ocupaba Checoslovaquia.

En 1937, Roosevelt proclamó la neutralidad, sin prever en absoluto que esta doctrina era incompatible con la posición global de los estados Unidos.

Se podrían citar infinidad de ejemplos similares. Casi se podría decir que es una ley que los puestos de dirección en las democracias contemporáneas solo los ocupen hombres que durante años han demostrado que no saben orientarse en la situación actual y que no pueden prever nada.

En junio de 1939, mantuve una conversación con un grupo de turistas estadounidenses sobre cuestiones de política mundial. La conversación versó sobre la Feria Internacional de Nueva York. Esta exposición es sin duda un magnífico triunfo del genio humano. Pero cuando se la llamaba “el mundo del mañana”, se le daba un nombre unilateral, al menos unilateral. El mundo del mañana será diferente. Para dar una imagen real del mundo del mañana, se necesitarían bombarderos sobrevolando todo y lanzando sus cargas a cientos de kilómetros a la redonda. La presencia del genio humano junto a una barbarie aterradora: esa es la imagen del mundo del mañana. También en este caso nuestro “esquema rígido” ha resultado acertado.

Lo importante en el pensamiento científico, sobre todo en cuestiones complejas de política e historia, es distinguir lo fundamental de lo secundario, lo esencial de lo accidental, prever el movimiento de los factores esenciales del desarrollo. Para las personas cuyo pensamiento solo va de un día para otro, que buscan tranquilizarse con todo tipo de acontecimientos episódicos sin relacionarlos entre sí en un panorama global, el pensamiento científico que parte de factores fundamentales parece dogmático: en política, esta paradoja se encuentra en todo momento.

Si el autor ha predicho acertadamente una serie de cosas, no es mérito suyo, sino del método que ha aplicado. En todos los demás ámbitos, la gente (o al menos aquella que tiene una formación específica) considera esencial la aplicación de un método

---

<sup>4</sup> “La situación mundial y sus perspectivas [La segunda guerra mundial] Entrevista para el 'Saint-Louis Dispatch'”, en esta misma serie de nuestras EIS.

definido. En política ocurre lo contrario. Allí domina la brujería. Las personas con estudios superiores creen que, para una operación política, bastan la capacidad de observación, la perspicacia, una cierta dosis de astucia y el sentido común. La ilusión del libre albedrío engendra la arbitrariedad subjetiva. En estados Unidos, es muy común la concepción del político como un “ingeniero” que toma materias primas y construye según sus planes. No hay nada más ingenuo y vacío que esta concepción. Sin embargo, como en toda filosofía, incluida la filosofía de la historia, existe una forma correcta de concebir las relaciones recíprocas entre lo subjetivo y lo objetivo. En última instancia, los factores objetivos siempre prevalecen sobre los subjetivos. Por eso, una política justa siempre comienza con un análisis del mundo real y un análisis de las tendencias que lo atraviesan. Solo así se puede llegar a una predicción científica correcta y a una intervención correcta en un proceso basada en esa predicción. Cualquier otro enfoque sería brujería.

Las personas de mentalidad vulgar podrían ahora aludir a la derrota de la corriente política a la que pertenecía y sigue perteneciendo el autor de este libro. ¿Cómo es posible que el empirista Stalin haya derrotado a la facción que seguía un método científico? ¿No significa esto que el sentido común es superior al doctrinarismo? Todo brujo tiene un cierto porcentaje de enfermos que se curan. Y todo médico tiene un cierto porcentaje de enfermos que mueren. A partir de ahí, algunos tienden a preferir la brujería a la medicina. Pero, de hecho, la ciencia puede demostrar que, en un caso, el enfermo se curó a pesar de la intervención del brujo y que, en el otro, murió porque la ciencia médica, al menos en su fase actual, no pudo superar las fuerzas destructivas del organismo; en ambos casos, se puede determinar correctamente la relación entre lo objetivo y lo subjetivo.

En política, el método científico no puede garantizar la victoria en todos los casos. Pero, por otra parte, la brujería da en algunos casos la victoria cuando esta se basa en alineaciones objetivas y en las tendencias generales del desarrollo.

Hay personas que se consideran cultas, pero que se permiten emitir juicios sumarios como el de que “la revolución de octubre fue un fracaso”. ¿Qué hay de la Revolución Francesa? Terminó con la restauración, aunque episódica, de los Borbones. ¿Y la guerra civil en estados Unidos? Condujo al reinado de las Sesenta Familias<sup>5</sup>. ¿Y toda la historia humana en general? Hasta ahora, ha conducido a la segunda guerra imperialista que amenaza a toda nuestra civilización. En estas condiciones, es imposible no decir que toda la historia no ha sido más que error y fracaso. Por último, ¿qué hay de los propios seres humanos, que no son un factor menor en la historia? ¿No hay que decir que este producto de una prolongada evolución biológica es un fracaso? Por supuesto, nadie tiene prohibido hacer observaciones generales de este tipo. Pero estas se derivan de la experiencia individual de pequeños comerciantes o de la teosofía, y no se aplican al proceso histórico en su conjunto ni a todas sus etapas, capítulos principales o episodios.

León Trotsky  
Abril de 1940

---

<sup>5</sup> La expresión fue lanzada por un libro cuya lectura apasionó a Trotsky. *America's Sixty Families* (Las sesenta familias de Norteamérica) de Ferdinand Lundberg, un estudio de la oligarquía capitalista en los estados Unidos, publicado en 1937. Ver en esta misma serie: “[Las sesenta familias de Norteamérica. Carta a J. T. Farrell](#)”.

## ***¿Puede remplazar la democracia parlamentaria a los sóviets?***

(25 de febrero de 1929)

“Si el poder soviético enfrenta dificultades crecientes, si la crisis de dirección de la dictadura se agrava constantemente, si no se puede desechar el peligro del bonapartismo: ¿no sería mejor tomar el camino de la democracia?” Esta pregunta aparece planteada a boca de jarro o constituye el substrato de gran cantidad de artículos dedicados a los acontecimientos recientes de la república soviética.

No me propongo entablar una polémica acerca de qué es lo mejor y qué no es lo mejor, sino señalar qué es lo probable, es decir, qué es lo que surge de la lógica objetiva de los procesos. Y llegué a la conclusión de que lo menos probable, mejor dicho, lo que está absolutamente excluido, es la transición de los sóviets a la democracia parlamentaria.

Muchos diarios me explicaron amable y sencillamente que mi expulsión fue fruto de la falta de democracia en Rusia y que, por consiguiente, no me debo quejar. Pero, en primer lugar, no me he quejado ante nadie; en segundo lugar, también fui expulsado de varias democracias. Que los adversarios de los sóviets consideren que la aguda crisis actual de dirección en la URSS es una consecuencia inexorable del gobierno dictatorial (dictadura por la que asumo, desde luego, plena responsabilidad), es perfectamente normal. En un sentido muy general esta observación es correcta. No tengo la menor intención de utilizar mi exilio para negar el determinismo histórico. Pero si la crisis de dirección no es una consecuencia fortuita de la dictadura, la propia dictadura no surgió por azar de la breve democracia que remplazó al zarismo en febrero de 1917. Si la dictadura es culpable de la represión y de todos los males, ¿por qué entonces la democracia resultó impotente para salvar al país de la dictadura? ¿Y dónde está la prueba de que, una vez desplazada la dictadura, podrá mantenerla a raya?

Para expresar mi idea con mayor claridad, debo ampliar el marco de referencia geográfico para recordar, por lo menos, ciertas tendencias del proceso político europeo a partir de la guerra, la que no fue un mero episodio sino el prólogo sangriento de una nueva era.

Casi todos los líderes de la época de la guerra están vivos aún. En ese momento, la mayoría de ellos decía que ésa era la última guerra, tras la cual se iniciaría el reino de la paz y la democracia. Algunos inclusive creían en la veracidad de lo que decían. Pero hoy ninguno tendría la audacia de repetir esas palabras. ¿Por qué? Porque la guerra nos introdujo en una era de grandes tensiones y grandes conflictos, con la perspectiva de nuevas grandes guerras. En este preciso instante, poderosos trenes corren a gran velocidad por las vías de la dominación del mundo, y no tardarán en chocar. No podemos medir nuestra época con la vara del siglo XIX, cuyo signo predominante fue la extensión de la democracia. En muchos sentidos, las diferencias entre los siglos XX y XIX serán mayores que las diferencias entre toda la era moderna y la Edad Media. Recientemente, Herriot enumeró en un diario vienes las causas del retroceso de la democracia ante la dictadura.

Tras la instauración del poder revolucionario en Rusia y la derrota del movimiento revolucionario en una serie de países, fuimos testigos de la instauración de dictaduras fascistas en todo el sur y el oriente de Europa. ¿Cómo se explica esta extinción de la “lámpara votiva” de la democracia? Se suele decir que en estos casos nos encontramos ante estados atrasados o inmaduros. Esta argumentación difícilmente es válida para Italia. Pero aun allí donde lo fuera, no explicaría nada. En el siglo XIX se creía que por una ley de la historia todos los países atrasados ascenderían la escalera de la democracia. ¿Por qué, entonces, el siglo XX los arroja por la senda de la dictadura? Creemos que la explicación surge de los propios hechos. Las instituciones democráticas se demostraron incapaces de soportar la presión de las contradicciones contemporáneas, sea internacional, interna o, como sucede con mayor frecuencia, la combinación de ambas. Bueno o malo, es un hecho.

Haciendo una analogía con la ingeniería eléctrica, podríamos definir a la democracia como un sistema de interruptores o cortocircuitos de seguridad, como una protección frente a las corrientes excesivamente cargadas de luchas sociales o nacionales. Ningún periodo de la historia humana ha estado, ni de lejos, tan sobrecargado de antagonismos como el nuestro. Cada vez son más los puntos al rojo vivo en la red de alta potencia de Europa. Bajo el impacto de las contradicciones de clase e internacionales, los interruptores de la democracia se funden o explotan. Ese es el significado esencial del cortocircuito de la dictadura.

Al mismo tiempo, la fuerza de las contradicciones, dentro de cada país y a escala internacional, no decae sino que crece. No hay razón para consolarse por el hecho de que el proceso afecte tan sólo a la periferia del mundo capitalista. La gota empieza en el meñique o en el dedo gordo del pie, pero tarde o temprano llega al corazón. Además, cualquiera que sea la situación en los países donde el capitalismo es fuerte y la democracia lleva muchos años de existencia (problema que no podemos tratar aquí), creemos que lo señalado hasta el momento arroja suficiente luz sobre el interrogante planteado en el título.

Cuando se contraponen la democracia a los sóviets, generalmente se piensa en el sistema parlamentario. Se olvida el otro aspecto de la cuestión, el más importante: que la revolución de octubre allanó el camino para la revolución democrática más grande de la historia humana. La confiscación de las propiedades terratenientes, la eliminación total de los privilegios y distinciones tradicionales de clase de la sociedad rusa, la destrucción del aparato burocrático y militar zarista, la introducción de la igualdad nacional y la autodeterminación nacional; todo esto fue la obra democrática elemental que la Revolución de Febrero apenas llegó a plantearse antes de dejarla, casi intacta, como herencia para la Revolución de Octubre. Fue precisamente la bancarrota de la coalición liberal-socialista, su incapacidad para realizar esta obra, lo que hizo posible la dictadura soviética, basada en la alianza de obreros, campesinos y nacionalidades oprimidas. Las mismas causas que le impidieron a nuestra democracia débil e históricamente morosa realizar su tarea histórica elemental, también le impedirán encabezar el país en el futuro. Porque en todo el tiempo transcurrido los problemas y dificultades se han acrecentado y la democracia se ha debilitado.

El sistema soviético no es simplemente una forma de gobierno que se pueda comparar en abstracto con la forma parlamentaria. Es, sobre todo, un nuevo modo de relación con la propiedad. De lo que se trata, en realidad, es de la propiedad de la tierra, los bancos, las minas, las fábricas, los ferrocarriles. Las masas trabajadoras recuerdan muy bien qué fueron en la Rusia zarista el aristócrata, el gran terrateniente, el funcionario, el usurero, el capitalista y el patrón. Es indudable que entre ellas existe una gran insatisfacción, muy legítima, por la situación actual del estado soviético. Pero las masas

no quieren que vuelvan el terrateniente, el funcionario o el patrón. No hay que olvidar estas “bagatelas” ni intoxicarse con las trivialidades de la democracia. Los campesinos combatirán contra el retorno del terrateniente como lo hicieron hace diez años, hasta la última gota de su sangre. El gran propietario sólo podrá volver a su propiedad desde el exilio montado sobre un cañón, y deberá pasar también las noches al pie de ese cañón. Es cierto que los campesinos podrían aceptar más fácilmente el retorno del capitalista, puesto que, hasta el momento, la industria estatal los favoreció menos que antes el comerciante en la provisión de bienes industriales. Digamos de paso que ésta es la raíz de todas las dificultades internas. Pero los campesinos recuerdan que el terrateniente y el capitalista eran los gemelos siameses del viejo régimen, que desaparecieron juntos de la escena, que durante la guerra civil combatieron juntos a los sóviets y que en los territorios ocupados por los blancos el dueño de la fábrica recuperó su fábrica y el terrateniente su tierra. El campesino comprende que el capitalista no volvería solo, sino con el terrateniente, por eso no quiere a ninguno de los dos. Y esa es una poderosa fuente de energía, aunque por la negativa, para el régimen soviético.

Hay que llamar a las cosas por su verdadero nombre. Aquí no se trata de introducir una democracia incorpórea, sino de que Rusia vuelva a la senda capitalista. Pero, ¿qué aspecto presentaría esta segunda edición del capitalismo ruso? En el transcurso de los últimos quince años el mapa del mundo ha sufrido cambios profundos. Los fuertes se hicieron inconmensurablemente más fuertes, los débiles incomparablemente más débiles. La lucha por la dominación del mundo ha tomado dimensiones titánicas. Las fases de esta lucha se asientan sobre los huesos de las naciones débiles y atrasadas. Una Rusia capitalista no podría ocupar en la actualidad ni siquiera el puesto de tercer orden al que estaba predestinada la Rusia zarista por el curso de la guerra mundial. El capitalismo ruso sería hoy un capitalismo dependiente, semicolonial, carente de perspectivas. La Rusia número dos ocuparía una posición intermedia entre la Rusia número uno y la India.

El sistema soviético, con su industria nacionalizada y su monopolio del comercio exterior implica, a pesar de todas sus contradicciones y problemas, una protección a la independencia económica y cultural del país. Esto lo comprendieron inclusive muchos demócratas, atraídos al bando soviético no por el socialismo sino por un patriotismo que había captado algunas lecciones elementales de la historia. A esta categoría pertenecen muchas de las fuerzas de la intelectualidad técnica nativa y la nueva escuela de escritores a los que, por falta de un nombre más apropiado, llamó compañeros de ruta.

Existe un puñado de doctrinarios impotentes que quiere democracia sin capitalismo. Pero las fuerzas sociales serias, hostiles al régimen soviético, quieren capitalismo sin democracia. Esto se aplica no sólo a los propietarios expropiados sino también al campesinado pudiente. Este campesinado, en la medida en que se volvió contra la revolución, siempre sirvió de apoyo al bonapartismo.

El poder soviético surgió como resultado de tremendas contradicciones de la escena internacional y local. Es absurdo pensar que los interruptores democráticos de tipo liberal o socialista podrían soportar estas contradicciones, que en el último cuarto de siglo alcanzaron su máxima tensión, o que podrían “regular” la sed de venganza y restauración que es la fuerza motriz de las clases dominantes derrocadas. Estos elementos constituyen una larga cadena, en la que el comerciante y el industrial se aferran al kulak, el terrateniente al comerciante, la monarquía viene a la zaga de todos ellos y los acreedores foráneos están a la retaguardia. Y todos ellos tratarían de ocupar el primer lugar en el país en caso de triunfar.

Napoleón sintetizó correctamente la dinámica de la era revolucionaria dominada por polos extremos cuando dijo: “Europa será republicana o cosaca.” Hoy se puede decir con mucha mayor justificación: “Rusia será soviética o bonapartista.”

Lo que acabo de decir no debe interpretarse en el sentido de que hay garantías absolutas para la estabilidad permanente del poder soviético. Si la Oposición pensara de esa manera, nuestra lucha contra el peligro de bonapartismo carecería de sentido. Y menos aún quiero afirmar que la solidez del sistema soviético no puede ser afectado por la política del gobierno actual. La implacabilidad de nuestra lucha interna demuestra muy bien hasta qué punto consideramos peligrosa para el poder soviético la política zigzagueante de Stalin. Pero el mismo hecho de que estemos luchando señala cuán lejos nos hallamos de una supuesta actitud pesimista. Partimos de la convicción de que el sistema soviético posee inmensas reservas y recursos internos. La línea de la Oposición no tiende al derrumbe del poder soviético sino a su fortalecimiento y desarrollo.

Podemos formular brevemente nuestras conclusiones en las siguientes tesis:

1.- Además de su cometido socialista, que encuentra su principal apoyo en el sector de vanguardia del proletariado industrial, el régimen soviético tiene profundas raíces sociales e históricas en las masas populares y constituye un seguro contra la restauración y una garantía de desarrollo independiente, es decir, no colonial.

2.- La lucha histórica fundamental contra la Unión Soviética y la lucha interna contra la dominación comunista no se libró para remplazar la dictadura con la democracia sino para remplazar al actual régimen de transición con la dominación del capitalismo, que sería inevitablemente de tipo dependiente y semicolonial.

3.- En estas circunstancias, el retorno a la vía capitalista no podría realizarse sino mediante una prolongada y cruenta guerra civil, acompañada por la intervención foránea abierta o encubierta.

4.- La única forma política que podría asumir semejante vuelco sería una dictadura militar, variante contemporánea del bonapartismo. Pero en los propios cimientos de la dictadura contrarrevolucionaria se encontraría alojado el poderoso resorte de una nueva Revolución de Octubre.

5.- La lucha de la Oposición no sólo se libra sobre bases pura y exclusivamente soviéticas; es la continuación directa y el desarrollo de la línea fundamental del bolchevismo. La etapa actual de esta lucha no tiene un carácter definitivo sino, por así decirlo, coyuntural.

6.- El desarrollo ulterior del sistema soviético y, por consiguiente, la suerte de la Oposición, dependen no sólo de factores de índole local sino también, y en gran medida, de la evolución futura de la situación mundial... ¿Cuál será el curso de los acontecimientos en el mundo capitalista? ¿Cómo desplegarán sus fuerzas en el mercado mundial los estados más poderosos, que necesitan expandirse? ¿Cómo serán las relaciones entre los estados europeos en los próximos años? Y muchísimo más importante: ¿cómo serán las relaciones entre estados Unidos y Europa, principalmente Gran Bretaña?

Hay gran cantidad de profetas que con toda ligereza se pronuncian sobre la suerte de la república soviética a la vez que guardan silencio sobre el destino de la Europa capitalista. Sin embargo, ambas cuestiones, aunque antagónicas, están indisolublemente ligadas.

## *¿Qué es el nacionalsocialismo?*

(10 de junio de 1933)

Los espíritus ingenuos piensan que el título de rey reside en el rey mismo, en su capa de armiño y en su corona, en su carne y en sus huesos. En realidad, el título de rey es una interrelación entre individuos. El rey es rey sólo porque los intereses y prejuicios de millones de personas se reflejan a través de su persona. Cuando el flujo del desarrollo barre esas interrelaciones, el rey parece ser solamente un hombre gastado, con un labio inferior flácido. Aquel que en otro tiempo se llamó Alfonso XIII podría hablarnos sobre esto de sus frescas impresiones.

El jefe por la voluntad del pueblo se diferencia del jefe por la voluntad de Dios en que el primero está obligado a despejarse el camino o, por lo menos, a ayudar a las circunstancias para que se lo despejen. Sin embargo, el jefe es siempre una relación entre individuos, la oferta individual para satisfacer la demanda colectiva. La controversia sobre la personalidad de Hitler se hace tanto más agria cuanto más se busca en él mismo el secreto de su triunfo. Entretanto, sería difícil encontrar otra figura política que sea, en la misma medida, el punto de convergencia de fuerzas históricas anónimas. No todo pequeño burgués exasperado podía haberse convertido en Hitler, pero en cada pequeño burgués exasperado hay una partícula de Hitler.

El rápido crecimiento del capitalismo alemán antes de la Primera Guerra Mundial no significó de ningún modo la simple destrucción de las clases medias. Aunque arruinó algunas capas de la pequeña burguesía, creó otras nuevas: alrededor de las fábricas, artesanos y tenderos; dentro de las fábricas, técnicos y ejecutivos. Pero aun cuando se mantenían e incluso crecían numéricamente la vieja y la nueva pequeña burguesía constituyen poco menos de la mitad de la nación alemana las clases medias han perdido el último vestigio de independencia. Viven en la periferia de la gran industria y del sistema bancario, y viven de las migajas que caen de la mesa de los monopolios y cártels, y de las limosnas de sus teóricos y políticos profesionales.

La derrota de 1918 levantó un muro en el camino del imperialismo alemán. La dinámica exterior se convirtió en dinámica interior. La guerra se convirtió en revolución. La socialdemocracia, que ayudó a los Hohenzollern a llevar la guerra hasta su trágico final, no permitió al proletariado llevar la revolución hasta el final. La democracia de Weimar dedicó catorce años a justificar su propia existencia con interminables excusas. El partido comunista llamó a los obreros a una nueva revolución, pero se mostró incapaz de dirigirla. El proletariado alemán atravesó el ascenso y el hundimiento de la guerra, de la revolución, del parlamentarismo y del seudobolchevismo. En el momento en que los antiguos partidos de la burguesía se habían agotado por completo, la fuerza dinámica de la clase obrera también se encontró minada.

El caos de la posguerra golpeó a los artesanos, comerciantes y funcionarios no menos cruelmente que a los obreros. La crisis económica de la agricultura arruinaba al campesinado. La decadencia de los estratos medios no significaba que se convirtieran en

proletarios, tanto más cuanto que el proletariado mismo estaba arrojando un ejército gigantesco de parados crónicos. La pauperización de la pequeña burguesía, apenas disimulada por las corbatas y calcetines de seda sintética, erosionó todos los credos oficiales y, ante todo, la doctrina del parlamentarismo democrático.

La multiplicidad de partidos, la fiebre helada de las elecciones, los interminables cambios de gobierno agravaban la crisis social mediante un caleidoscopio de combinaciones políticas estériles. En la atmósfera puesta al rojo vivo por la guerra, la derrota, las reparaciones, la inflación, la ocupación del Ruhr, la crisis, la necesidad y la desesperanza, la pequeña burguesía se levantó contra todos los viejos partidos que la habían embaucado. Los profundos agravios de los pequeños propietarios siempre próximos a la quiebra, de sus hijos universitarios sin empleos ni clientes, de sus hijas sin dotes ni pretendientes, exigían orden y mano de hierro.

La bandera del nacionalsocialismo fue levantada desde el comienzo por los cuadros medios y subalternos del antiguo ejército. Cubiertos de medallas por sus servicios señalados, los oficiales, en activo o retirados, no podían entender que su heroísmo y sus sufrimientos por la patria no sólo se hubieran malogrado, sino que tampoco les diera un derecho especial al reconocimiento. De ahí su odio a la revolución y al proletariado. Al mismo tiempo, no querían conformarse a ser relegados por los banqueros, industriales y ministros a los modestos empleos de tenderos, ingenieros, empleados de correos y maestros. De ahí su “socialismo”. En el Yser y en Verdún, habían aprendido a arriesgar su vida y la de los demás, y a hablar el lenguaje de mando, que intimidaba poderosamente a los pequeños burgueses de la retaguardia. De este modo, esos individuos se convirtieron en dirigentes.

Al comienzo de su carrera política, Hitler resistió sólo a causa de su gran temperamento, de una voz más fuerte que la de los otros, y una mediocridad intelectual mucho más autosuficiente. No puso en marcha ningún programa acabado, si se descarta la sed de venganza del soldado. Hitler empezó con ofensas y quejas sobre los términos de Versalles, el elevado coste de la vida, la falta de respeto hacia el digno oficial retirado, y las intrigas de los banqueros y periodistas del credo de Moisés. El país estaba lleno de gente arruinada, anegada, con cicatrices y heridas recientes. Todos ellos querían aporrear la mesa con su puño. Hitler podía hacerlo mejor que los demás. Ciertamente, no sabía cómo curar el mal. Pero sus arengas resonaban a veces como órdenes, a veces como ruegos dirigidos a un destino inexorable. Las clases condenadas, como los enfermos incurables, no se cansan de hacer variaciones sobre sus quejas ni de escuchar consuelo. Todos los discursos de Hitler armonizaban con este tono. Un sentimentalismo informe, una ausencia de pensamiento disciplinado, una ignorancia pareja a una erudición desordenada: todos estos menos se convirtieron en más. Le proporcionaron la posibilidad de unificar todos a los tipos de descontento en el crisol de mendigo del nacionalsocialismo, y de dirigir a la masa en la dirección en que aquélla le empujaba. En la memoria del agitador se conservaba, de entre todas sus primeras improvisaciones, aquello que había encontrado aprobación. Sus ideas políticas fueron fruto de una acústica oratoria. Así es como se realizó la selección de consignas. Así es como se consolidó el programa. Así es como de la materia prima tomó forma el “jefe”.

Mussolini, desde el comienzo mismo, reaccionó más conscientemente ante los materiales sociales que Hitler, mucho más próximo al misticismo policiaco de Metternich que al álgebra política de Maquiavelo. Intelectualmente, Mussolini es más audaz y más cínico. Puede decirse que el ateo romano sólo utiliza la religión de la misma forma que la policía y los tribunales, en tanto que su colega berlinés cree realmente en la infalibilidad de la Iglesia de Roma. Durante la época en que el futuro dictador italiano consideraba a Marx como “nuestro común maestro inmortal”, defendía, no sin habilidad, la teoría que

contempla en la vida de la sociedad contemporánea ante todo la acción recíproca de dos clases, la burguesía y el proletariado. Ciertamente, escribía Mussolini en 1914, entre ellas hay numerosas capas intermedias que aparentemente constituyen “un tejido conjuntivo del colectivo humano”; pero “durante los periodos de crisis, las clases intermedias gravitan, según sus ideas e intereses, hacia una u otra de las clases fundamentales”. ¡Una muy importante generalización! Igual que la medicina científica proporciona no sólo la posibilidad de curar al enfermo, sino de enviar al sano a reunirse con sus antepasados por el camino más corto, así el análisis científico de las relaciones de clase, predestinado por su creador a la movilización del proletariado, permitió a Mussolini, después de haber saltado al campo opuesto, movilizar a las clases medias contra el proletariado. Hitler realizó la misma proeza al traducir la metodología del fascismo al lenguaje del misticismo alemán.

Las hogueras en que arde la impía literatura del marxismo iluminan radiantemente la naturaleza de clase del nacionalsocialismo. Aun cuando los nazis actuaban como partido y no como poder estatal, no pudieron acercarse en absoluto a la clase obrera. Por otra parte, la gran burguesía, incluso aquélla que apoyó a Hitler financieramente, no los considera como su partido. El “renacimiento” nacional descansa por completo en las clases medias, la parte más atrasada de la nación, el pesado lastre de la historia. El arte político consiste en fundir la unidad de la pequeña burguesía mediante su hostilidad común hacia el proletariado. ¿Qué hay que hacer para mejorar las cosas? Ante todo, aplastar a los que están abajo. Impotente ante el gran capital, la pequeña burguesía espera reconquistar en el futuro su dignidad social con la ruina de los obreros.

Los nazis califican su golpe con el nombre usurpado de revolución. En realidad, en Alemania lo mismo que en Italia, el fascismo deja intocado el sistema social. Tomado en sí mismo, el golpe de Hitler no tiene derecho siquiera al nombre de contrarrevolución. Pero no se puede considerar como un acontecimiento aislado; es la conclusión de un ciclo de golpes que empezaron en Alemania en 1918. La revolución de noviembre, que dio el poder a los sóviets obreros y campesinos, fue proletaria en su tendencia fundamental. Pero el partido que estaba al frente del proletariado devolvió el poder a la burguesía. En este sentido, la socialdemocracia abrió la era de la contrarrevolución antes de que la revolución pudiera acabar su labor. Sin embargo, en tanto la burguesía dependía de la socialdemocracia, y, consecuentemente, de los obreros, el régimen conservó elementos de compromiso. A pesar de que la situación interior e internacional no dejaba al capitalismo alemán más lugar para concesiones. Mientras la socialdemocracia salvaba a la burguesía de la revolución proletaria, el fascismo vino a su vez a liberar a la burguesía de la socialdemocracia. El golpe de Hitler es sólo el eslabón final de la cadena de cambios contrarrevolucionarios.

La pequeña burguesía es hostil a la idea de desarrollo, puesto que el desarrollo avanza contra ella; el progreso no le ha traído más que deudas irredimibles. El nacionalsocialismo no sólo rechaza el marxismo, sino también al darwinismo. Los nazis reniegan del materialismo porque las victorias de la tecnología sobre la naturaleza han significado el triunfo del gran capital sobre el pequeño. Los dirigentes del movimiento eliminan el “intelectualismo” porque ellos mismos poseen inteligencias de segundo y tercer orden, y, sobre todo, porque su papel histórico no les permite llevar ni una sola idea hasta su conclusión. La pequeña burguesía necesita una autoridad superior, que esté por encima de lo material y de la historia, y que esté a salvo de la competencia, de la inflación, de las crisis y de las subastas. A la evolución, al pensamiento materialista y al racionalismo de los siglos veinte, diecinueve y dieciocho, se contraponen en su mente el idealismo nacional como la fuente de inspiración heroica. La nación de Hitler es una

sombra mitológica de la pequeña burguesía misma, un delirio patético de un Reich milenario.

Para elevarla por encima de la historia, a la nación se le da el apoyo de la raza. La historia se contempla como la emanación de la raza. Las cualidades de la raza son construidas sin relación con las condiciones sociales cambiantes. Al rechazar el “pensamiento económico” como ruín, el nacionalsocialismo desciende un escalón más abajo: del materialismo económico recurre al materialismo zoológico.

La teoría de la raza, creada especialmente, parece, para algunos pretenciosos autodidactas que buscan una llave universal para todos los secretos de la vida, particularmente lúgubre a la luz de la historia de las ideas. Para crear la religión de la pura sangre alemana, Hitler se vio obligado a tomar prestadas de segunda mano las ideas racistas de un francés, el conde Gobineau, diplomático y escritor diletante. Hitler encontró la metodología política confeccionada en Italia, donde Mussolini había tomado prestado ampliamente de la teoría marxista de la lucha de clases. El marxismo mismo es fruto de la unión de la filosofía alemana, la historia francesa y la economía inglesa. Si se investiga retrospectivamente la genealogía de las ideas, incluso de las más reaccionarias y estúpidas, no queda en pie ni rastro de racismo.

La enorme indigencia de la filosofía nacionalsocialista no impidió, por supuesto, a las ciencias académicas entrar en pos de Hitler con todas las velas desplegadas, una vez que su victoria fue suficientemente palpable. Para la mayoría de la canalla profesoral, los años del régimen de Weimar fueron tiempo de desorden e inquietud. Historiadores, economistas, juristas y filósofos se perdieron en conjeturas sobre cuál de los criterios de verdad enfrentados era cierto, es decir, cuál de los dos campos resultaría al final dueño de la situación. La dictadura fascista disipa las dudas de los Faustos y las vacilaciones de los Hamlets de las tribunas de la universidad. Saliendo del crepúsculo de la relatividad parlamentaria, el conocimiento retorna de nuevo al reino de los absolutos. Einstein ha sido obligado a buscar refugio fuera de las fronteras de Alemania.

En el plano de la política, el racismo es una variedad superficial y altisonante de chovinismo asociado a la frenología. Así como la nobleza arruinada busca consuelo en la aristocracia de su sangre, la pequeña burguesía pauperizada se embriaga con cuentos sobre las superioridades especiales de su raza. Es digno de atención el hecho de que los dirigentes del nacionalsocialismo no son nativos de Alemania, sino originarios de Austria, como el mismo Hitler; de las antiguas provincias bálticas del imperio del zar, como Rosenberg; y de los países coloniales, como Hess, que es el suplente actual de Hitler en la dirección del partido. Fue preciso un estrépito bárbaro de nacionalismo en los límites de la civilización para imbuir en sus “líderes” las ideas que más tarde hallaron respuesta en los corazones de las clases más bárbaras de Alemania.

La individualidad y la clase (el liberalismo y el marxismo) son el mal. La nación, el bien. Pero en el umbral de la propiedad privada, esta filosofía se convierte en su opuesta. La salvación reside sólo en la propiedad privada individual. La idea de la propiedad nacional es el fruto del bolchevismo. Divinizando la nación, la pequeña burguesía no quiere entregarle nada. Por el contrario, espera que la nación le regale la propiedad y le proteja del obrero y del alguacil. Desgraciadamente, el Tercer Reich no va a regalar nada a la pequeña burguesía, excepto nuevos impuestos.

En la esfera de la economía moderna, internacional en sus lazos y anónima en sus métodos, el principio de la raza parece desenterrado de un cementerio medieval. Los nazis realizan concesiones por adelantado; la pureza de la raza, que tiene que ser certificada en el reino de espíritu por un pasaporte, tiene que ser demostrada en la esfera de la economía mediante la eficacia. Bajo las condiciones actuales, esto significa la capacidad

competitiva. Por la puerta trasera, el racismo vuelve al liberalismo económico, desprendido de las libertades políticas.

El racionalismo en economía desciende en la práctica a las explosiones impotentes aunque brutales del antisemitismo. Los nazis apartan del sistema económico moderno al usurero o al capital bancario porque es el espíritu del mal; y, como es bien sabido, es precisamente en esta esfera donde la burguesía judía ocupa una posición importante. Incliniéndose ante el capitalismo en su conjunto, la pequeña burguesía declara la guerra contra el mal espíritu del lucro en forma de judío polaco, con un largo caftán, y por lo general sin un céntimo en su bolsillo. El pogromo se vuelve la evidencia suprema de la superioridad racial.

El programa con que el nacionalsocialismo llegó al poder recuerda mucho (¡ay!) el almacén judío de una provincia retirada. ¡Aquí encuentras todo lo que buscas, a bajo precio y de calidad aún más baja! Recuerdos de los días “felices” de la libre competencia, y evocaciones nebulosas de la estabilidad de la sociedad sin clases; esperanzas en el renacimiento del imperio colonial, sueños de una economía autárquica; frases sobre el retorno de la ley romana a la germánica, y proclamaciones sobre una moratoria americana una hostilidad envidiosa hacia la desigualdad en la persona del propietario de un coche, y un temor animal a la igualdad en la persona de un obrero con gorra y sin cuello duro; el desenfreno del nacionalismo, y el temor a los acreedores mundiales... todo el rechazo del pensamiento político internacional han ido a llenar el tesoro espiritual del nuevo mesianismo germánico.

El fascismo ha hecho accesible la política a los bajos fondos de la sociedad. En la actualidad, no sólo en los hogares campesinos, sino también en los rascacielos urbanos, viven conjuntamente los siglos veinte y diez o trece. Cien millones de personas utilizan la electricidad y todavía creen en el poder mágico de gestos y exorcismos. El papa de Roma siembra por la radio la milagrosa transformación del agua en vino. Los astros del cine van a los médiums. Los aviadores que pilotan milagrosos mecanismos creados por el genio del hombre utilizan amuletos en sus ropas. ¡Qué reservas inagotables de oscurantismo, ignorancia y barbarie! La desesperación los ha puesto en pie, el fascismo les ha dado una bandera. Todo lo que debía de haberse eliminado del organismo nacional en forma de excremento cultural en el curso del desarrollo normal de la sociedad lo arroja por la boca ahora la sociedad capitalista vomita la barbarie no digerida. Tal es la fisiología del nacionalsocialismo.

El fascismo alemán, como el italiano, se elevó al poder sobre las espaldas de la pequeña burguesía, que se convirtió en un ariete contra las organizaciones de la clase obrera y las instituciones de la democracia. Pero el fascismo en el poder es, menos que nada, el gobierno de la pequeña burguesía. Por el contrario, es la dictadura más despiadada del capital monopolista. Mussolini tiene razón: las clases medias son incapaces de políticas independientes. Durante períodos de grandes crisis son llamadas a seguir hasta el absurdo la política de una de las dos clases fundamentales. El fascismo logró ponerlas al servicio del capital. Consignas tales como el control estatal de los trusts y la supresión de los ingresos no provenientes del trabajo fueron arrojadas por la borda inmediatamente después de la toma del poder. En su lugar, el particularismo de las “tierras” alemanas, que se apoyaba en las peculiaridades de la pequeña burguesía, dejó paso al centralismo capitalista policiaco. Cualquier éxito de la política interior o exterior del nacionalsocialismo significará inevitablemente el ulterior aplastamiento del pequeño capital por el grande.

El programa de las ilusiones pequeñoburguesas no puede descartarse; está sencillamente desgarrado de la realidad y disuelto en actos rituales. La unificación de todas las clases se reduce al trabajo obligatorio semisimbólico y a la confiscación del

Primero de Mayo en “beneficio del pueblo”. El mantenimiento de la escritura gótica contra la latina es una venganza simbólica por el yugo del mercado mundial. La dependencia de los banqueros internacionales, entre ellos numerosos judíos, no disminuye ni un ápice, por lo que está prohibido matar animales según el ritual talmúdico. Si el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones, las avenidas del Tercer Reich están empedradas de símbolos.

Al reducir el programa de las ilusiones pequeñoburguesas a una pura mascarada burocrática, el nacionalsocialismo se eleva por encima de la nación como la peor forma de imperialismo. Son absolutamente vanas las esperanzas de que el gobierno de Hitler caiga hoy o mañana, víctima de su incoherencia interna. Los nazis necesitaban un programa para tomar el poder; pero el poder no sirve en modo alguno a Hitler para realizar el programa. Sus tareas le son asignadas por el capital monopolista. La concentración compulsiva de todas las fuerzas y recursos del pueblo en interés del imperialismo la verdadera misión histórica de la dictadura fascista significa la preparación para la guerra; y esta tarea, a su vez, no tolera ninguna resistencia interna y conduce a una posterior concentración mecánica de poder. El fascismo no puede ser reformado ni apartado del servicio. Sólo puede ser derrocado. La órbita política del régimen descansa en la alternativa: *guerra o revolución*.

### ***Postscriptum***

(2 de noviembre de 1933)

Se aproxima el primer aniversario de la dictadura nazi. Todas las tendencias del régimen han tenido tiempo de asumir un carácter claro y preciso. La revolución “socialista” presentada a las masas pequeñoburguesas como complemento necesario a la revolución nacional está condenada y liquidada oficialmente. La fraternidad de las clases encontró su punto culminante en el hecho de que, un día especialmente señalado por el gobierno, los poseedores renuncian a los entremeses y al postre en favor de los no poseedores. La lucha contra el paro se reduce a dividir por dos la semirración de hambre. El resto es tarea de la estadística uniforme. La autarquía “planificada” es simplemente una nueva fase de la desintegración económica.

Cuanto más impotente es el régimen policiaco de los nazis en el terreno de la economía nacional, más obligada se ve a desplazar sus esfuerzos al terreno de la política exterior. Esto corresponde plenamente a la dinámica interna del capitalismo alemán, agresivo de pies a cabeza. El viraje repentino de los dirigentes nazis a declaraciones de paz sólo puede embaucar a los sumos bobalicones. ¿Qué otro método queda a disposición de Hitler sino trasladar la responsabilidad de los aprietos interiores a los enemigos externos y acumular bajo la prensa de la dictadura la fuerza explosiva del nacionalismo? Esta parte del programa, subrayada abiertamente incluso antes de la toma del poder por los nazis, está ahora llevándose a cabo con una lógica inflexible a los ojos de todo el mundo. La fecha de la nueva catástrofe europea la determinará el tiempo necesario para el armamento de Alemania. No es cuestión de meses, pero tampoco de décadas. Pasarán, no obstante, algunos años antes de que Europa se sumerja de nuevo en una guerra, a menos que las fuerzas internas de Alemania se anticipen a Hitler a tiempo.

## *En el umbral de una nueva guerra mundial*

(9 de agosto de 1937)

### *La incertidumbre de los alineamientos internacionales*

Cada día la prensa escudriña el horizonte en búsqueda de humo y llamas. Para hacer una lista de los posibles calderos de guerra sería necesario recurrir a un libro de geografía elemental. Al mismo tiempo, los antagonismos internacionales son tan complicados y confusos que nadie puede predecir en qué momento estallará la guerra, por no hablar de los alineamientos internacionales. Los fusiles dispararán, pero nadie sabe quién apuntará a quién.

En 1914, el principal factor de incertidumbre era Gran Bretaña. Le preocupaba el “equilibrio” pero hundió a Europa en el abismo. El segundo factor desconocido era Italia, que mantuvo una alianza de treinta y cinco años con Alemania y Austria-Hungría, pero finalmente volvió sus fusiles contra sus aliados. Estados Unidos era una esfinge poderosa pero distante que entró en la guerra en la etapa final, decisiva. Los estados pequeños eran otras tantas incógnitas en la ecuación. En cambio, las alianzas austro-germana y franco-rusa fueron desde el principio los factores estables que determinaron el eje de la actividad bélica. Los demás participantes debieron alinearse de acuerdo con estos ejes.

Hoy no queda el menor vestigio de la estabilidad de los “buenos tiempos de antaño”. Hoy resulta muchísimo más difícil pronosticar la política de Gran Bretaña (determinada por las contradicciones de los intereses imperiales en distintas partes del mundo) que antes de agosto de 1914. En todas las cuestiones, el gobierno de Su Majestad se ve obligado a alinearse con los intereses de esa dominación, presa de las mayores tendencias centrífugas.

La expansión imperialista generó en Italia la necesidad de liberarse de una vez por todas de esa tutela excesivamente “amistosa” de Gran Bretaña. Los éxitos de Mussolini en Africa y el crecimiento del armamentismo italiano significan una amenaza inmediata para los intereses vitales de Gran Bretaña. Y a la inversa, la amistad incierta de Italia, será a la larga un instrumento que empleará Alemania para lograr la neutralidad benévola de Inglaterra. Alemania sólo podría renunciar a esta etapa en el camino de la dominación mundial si lograra un acuerdo con la Unión Soviética. Esta variante no puede excluirse, pero queda en la reserva. Hitler combate la alianza franco-soviética, no por hostilidad principista hacia el comunismo (¡ninguna persona seria cree ya en el papel revolucionario de Stalin!), sino porque quiere tener las manos libres para el acuerdo con Moscú contra París si no se materializa el acuerdo con Londres contra Moscú. Pero el pacto franco-soviético tampoco es un factor de estabilidad. A diferencia de la vieja alianza militar franco-rusa, es una nebulosa. La política francesa, siempre dependiente de Gran Bretaña, oscila entre el acercamiento condicional a Alemania y la amistad incondicional con la URSS. A mayor tiempo, mayor será la amplitud de la oscilación.

Los estados medianos y pequeños complican aun más la situación. Actúan como satélites celestes, que no saben en torno a cuál planeta deben orbitar. En los papeles,

Polonia es aliada de Francia, pero en los hechos colabora con Alemania. Rumania es miembro formal de la Pequeña Entente, pero Polonia trata de arrastrarla, no sin éxito, a la esfera de influencia ítalo-germana. El creciente acercamiento de Belgrado a Roma y Berlín provoca ansiedad, no sólo en Praga, sino también en Bucarest. Por su parte, Hungría teme con toda razón que sus aspiraciones territoriales serán la primera víctima de la amistad entre Roma, Berlín y Belgrado.

Todos quieren la paz, sobre todo los estados que no pueden obtener beneficios de la guerra: los países balcánicos, los pequeños estados del Báltico, Suiza, Bélgica, Holanda, los estados escandinavos. Los ministros se reúnen, conciertan acuerdos, pronuncian discursos sobre la paz. Todo parece un teatro de títeres montado sobre el cráter de un volcán. Ninguna de las potencias menores podrá permanecer al margen. Todas verterán su sangre. La idea, que hasta ayer parecía absurda, de que los países escandinavos podrían combatir en distintos bandos, hoy parece probable. Basta que Alemania encuentre apoyo en Suecia y Gran Bretaña en Dinamarca, y las “hermanas” escandinavas se encontrarán en campos antagónicos. Siempre y cuando, lógicamente, Gran Bretaña y Alemania peleen entre sí.

Estados Unidos busca afanosamente mantenerse al margen del conflicto europeo. Pero en 1914 ocurría exactamente lo mismo. Es imposible ser una gran potencia, menos aún una superpotencia con impunidad. Decretar neutralidad es más fácil que observarla. Además, no sólo existe Europa: también está el Lejano Oriente. Durante la gran crisis industrial que paralizó a la mayoría de las grandes potencias, Japón se apoderó definitivamente de Manchuria y ahora ha ocupado las provincias septentrionales de China, desmembrando aún más a ese enorme y desgraciado país<sup>6</sup>. La crisis política interna de la URSS, la decapitación del Ejército Rojo y la capitulación lamentable de Moscú en el asunto del archipiélago de Amur<sup>7</sup> dejaron libres las manos de la camarilla militar nipona. Ahora la suerte de todo el Lejano Oriente está en la balanza.

El gobierno de Washington cambia de rumbo. La concentración de la marina en el Pacífico, la construcción de acorazados y bombarderos de gran autonomía de vuelo, el desarrollo de comunicaciones aéreas en el Pacífico, el programa de fortificación de los archipiélagos oceánicos, son testimonio elocuente de que este país renuncia a la política de aislamiento voluntario. Pero tampoco en el Lejano Oriente se puede predecir la combinación de fuerzas con total seguridad. Japón le propone una “entente cordial” a Inglaterra con respecto a China, y de esa manera espera reducir gradualmente la parte del león británico a la ración de un conejo<sup>8</sup>. Sin embargo, antes de resolver si acepta o rechaza la propuesta, Gran Bretaña piensa ampliar su marina, fortificar la base de Singapur y erigir

---

<sup>6</sup> La conquista de Manchuria, comenzada en septiembre de 1931, culminó en tres meses, se declaró “independiente” al país bajo el nombre de Manchukuo, verdadera colonia japonesa. La anexión del Jehol a Manchukuo en 1933, la penetración de los japoneses en Hebei en 1935, la instalación de 7.000 efectivos cerca de Pekín en 1936 para “proteger” a los nacionales japoneses, fueron las grandes etapas de esta penetración. *Oeuvres*, tomo 14, nota 2 a pie de página 233.

<sup>7</sup> El asunto se puede resumir así: el 16 de mayo de 1937, Japón anunciaba que la URSS quería revisar sus convenciones con el Manchukuo sobre la circulación fluvial. El 27 de junio, se conoció la ocupación de dos islas del Amur, reivindicadas por el Manchukuo, por fuerzas del Ejército Rojo. La URSS rechazó las protestas japonesas afirmando que esas islas eran territorio soviético. El 30 de junio se produjeron enfrentamientos bélicos y una cañonera soviética resulta hundida. El 4 de junio, teniendo la “garantía” que las unidades japonesas habían evacuado la región, las unidades del Ejército Rojo evacuaron las islas, el 6, una de ellas fue ocupada por las unidades del “ejército de Manchukuo”. La URSS protestó por la forma, pero en realidad capitulaba. *Oeuvres*, tomo 14, nota 3 a pie de página 233.

<sup>8</sup> El 8 de marzo, en un discurso, el primer ministro japonés Sato había hablado de una “nueva relación” con China y del restablecimiento de relaciones amistosas con Gran Bretaña. Los contactos establecidos por el embajador japonés en Londres, M. Yoshida, parecían prometedores: declaraciones optimistas de Sato y del ministro británico Anthony Eden los confirmaban. *Oeuvres*, tomo 14, nota 4 a pie de página 234.

nuevas fortalezas en Hong Kong. Gran Bretaña sigue siendo el principal factor de incertidumbre tanto en Oriente como en Occidente. Y tanto en Oriente como en Occidente las alianzas bélicas maduran con mayor lentitud que los conflictos bélicos.

Esta política de “expectativa cautelosa” resultaba sensata en tanto fue un privilegio de Inglaterra frente a una Europa dividida en dos bandos. Pero en momentos en que todos los estados, sin excepción, se ven obligados a jugar a “traiciona o serás traicionado”, las relaciones diplomáticas se vuelven un juego demencial en que los jugadores se arrastran unos a otros con los ojos vendados y revólver en mano. Evidentemente, a las potencias, grandes y pequeñas, no les quedará otra alternativa que estructurar sus alianzas militares a toda prisa una vez que se hayan producido los primeros disparos de la nueva gran guerra.

### *Pacifismo, fascismo y guerra*

Hasta no hace mucho tiempo, los pacifistas de todos los colores creían, o fingían creer, que se podría impedir una nueva guerra con ayuda de la Liga de las Naciones, congresos aparatosos, referéndums y otros despliegues teatrales, la mayoría de los cuales fueron financiados con dinero de la URSS<sup>9</sup>. ¿Qué ha sido de esas ilusiones? Tres de las siete grandes potencias (Estados Unidos, Japón, Alemania) no están en la Liga de las Naciones; Italia la está destruyendo desde adentro. Para las otras tres, resulta cada vez menos necesario encubrir sus intereses particulares con el rótulo de la Liga. Los melancólicos partidarios de la institución de Ginebra han llegado a la conclusión de que la única manera de “salvar” lo que hasta ayer fue “la esperanza de la humanidad” es no confrontarla con problemas graves. En 1932, al iniciarse la famosa conferencia para el desarme, los ejércitos europeos contaban con 3.200.000 de efectivos. En 1936 esta cifra ya ascendía a 4.500.000 y aumentaba en forma ininterrumpida. ¿Qué ha sido de los referéndums de Lord Cecil?<sup>10</sup> ¿Quién ganará el próximo premio Nobel de la Paz? La política de desarme de Ginebra se ha convertido en algo que ni siquiera merece burlas.

La iniciativa de la nueva política de desarme pertenece a Alemania, la cual, con ese instinto infalible que suele acompañar a la demencia violenta, supo arrancarse las cadenas de Versalles. La inexorabilidad del nuevo conflicto mundial aparece con especial claridad en el caso de Inglaterra. Hasta hace poco, ese país aplicaba una política de pacifismo conservador debido a su deseo de expandirse lo menos posible con el fin de proteger sus viejas conquistas. Sin embargo, las humillantes derrotas de la política británica en Manchuria, Etiopía y España demostraron a Baldwin<sup>11</sup> y sus colegas que no se puede vivir indefinidamente de la inercia de las viejas glorias. De ahí ese reflejo aterrado de autopreservación, que se expresa en el más grandioso de todos los programas militares. Gran Bretaña se prepara para convertirse, en el curso de los próximos años, en la mayor potencia aérea y marítima... ¡en nombre de la paz y del statu quo! Pero ello constituye un estímulo irresistible para el armamento marítimo y aéreo allende el Atlántico. Este es el camino del país más satisfecho, más “pacifista”, más “democrático”,

---

<sup>9</sup> Trotsky alude aquí al referéndum por la paz organizado por Lord Cecil y al congreso por la paz de Ámsterdam y de la Sala Pleyel en París, al movimiento Ámsterdam-Pleyel y a todas esas iniciativas confiadas en la época al “trust Münzenberg” de la Internacional Comunista. *Oeuvres*, tomo 14, nota 5 a pie de página 234.

<sup>10</sup> Robert Cecil (1864-1958), parlamentario conservador y presidente de la Liga de las Naciones en 1923-45, realizó un “plebiscito por la paz” (1935) para recoger la opinión del pueblo británico en torno a la cuestión de la guerra y del rearme. Recibió el Premio Nobel de la Paz en 1937.

<sup>11</sup> Stanley Baldwin (1867-1947), líder conservador británico, hasta mayo de 1937 fue primer ministro y fue reemplazado por Neville Chamberlain. Había gobernado bajo la protección de MacDonald tras la ruptura de este último con el Labour Party y en 1935 había sido elegido primer ministro otra vez. *Oeuvres*, tomo 14, nota 7 a pie de página 235.

el que encabezó la conferencia para el desarme: del librecambio... al proteccionismo; del pacifismo... al armamentismo. ¿Dónde están las fuerzas terrestres que podrían impedir el pasaje del armamentismo a la guerra?

¿No pueden abrigarse esperanzas de que la resistencia vendrá desde abajo, desde las masas trabajadoras, mediante huelgas generales, insurrecciones, revoluciones? En teoría, no puede excluirse. Pero si no confundimos nuestras esperanzas y temores con la realidad, debemos decir que no parece muy probable. Las masas trabajadoras del mundo entero están agobiadas por las colosales derrotas sufridas en Italia, Polonia, China, Alemania, Austria, España, parcialmente en Francia y en otros países pequeños. Las viejas internacionales (la Segunda, la Tercera, la Sindical) están estrechamente vinculadas a los gobiernos de los estados democráticos, participan activamente en los preparativos de la guerra “contra el fascismo”. Ciertamente es que los socialdemócratas y los “comunistas” son derrotistas con respecto a Alemania, Italia y Japón. Pero no significa sino que combaten la guerra en aquellos países donde no ejercen la menor influencia. Si las masas quieren alzarse contra el militarismo, deben, en primer término, rechazar la tutela de las internacionales oficiales. No es una tarea sencilla. No se puede realizar en un día ni en un mes. Sea como fuere, en la actualidad el despertar político del proletariado es más lento que los aprestos para la nueva guerra.

Para justificar su política militarista y chovinista, las internacionales Segunda y Tercera difunden la idea de que la nueva guerra tendrá por misión defender la libertad y la cultura (representadas por los países “pacíficos”, encabezados por las grandes democracias del Nuevo y del Viejo Mundo) frente a los agresores fascistas: Alemania, Italia, Austria, Hungría, Polonia y Japón. Esta clasificación resulta dudosa, inclusive desde un punto de vista puramente formal. El estado yugoslavo no es menos “fascista” que el húngaro, Rumania no se encuentra más cerca de la democracia que Polonia<sup>12</sup>. La dictadura militar impera no sólo en Japón, sino también en China. El sistema político de Stalin se aproxima cada vez más al de Hitler. En Francia, el fascismo está barriendo a la democracia cuando la guerra todavía no se ha declarado. Los gobiernos del “Frente Popular” hacen todo lo posible por facilitar la transición. Como vemos, ¡en el sistema mundial imperante no resulta fácil separar a los lobos de los corderos!

En cuanto a la lucha de la “democracia” contra el fascismo, convendría más observar la Península Ibérica que especular sobre el futuro. Al principio, las democracias sometieron al gobierno legal español a un bloqueo para privar a Italia y Alemania de todo pretexto de intervención. Cuando Hitler y Mussolini resolvieron prescindir de los “pretextos”, las “democracias” se apresuraron a capitular ante la intervención, en aras de la “paz”. Mientras España está siendo devastada, los representantes democráticos se divierten con discusiones acerca de los mejores métodos para... continuar con la política de no intervención. En vano el gobierno de Moscú trata de encubrir con poses de izquierda su participación en la política vergonzosa y criminal que facilitó las tareas del general Franco y consolidó las posiciones del fascismo. Lo que determinará las relaciones de España con otros países serán sus riquezas minerales, no sus principios políticos. ¡Una lección tan amarga como valiosa para el futuro!

La clasificación de los estados mencionada más arriba tiene su origen histórico, pero no es el que señalan los escritos baratos de los pacifistas. Los primeros países que llegaron al fascismo o a otros tipos de dictaduras son aquellos cuyas contradicciones internas alcanzaron la mayor agudeza: países carentes de materias primas y de acceso al mercado mundial (Alemania, Italia, Japón); los países derrotados en la guerra anterior

---

<sup>12</sup> Los regímenes de estos cuatro países eran dictaduras militar-policíacas, bajo coloraciones y grados diferentes, con fuertes tendencias propiamente fascistas. En cualquier caso, se torturaba a los “políticos” en las prisiones de todos esos países. *Oeuvres*, tomo 14, nota 8 a pie de página 236.

(Alemania, Austria, Hungría); por último, los países donde la crisis capitalista se combina con la supervivencia de vestigios precapitalistas (Japón, Polonia, Rumania, Hungría). Lógicamente, las naciones históricamente más atrasadas o desfavorecidas son las menos satisfechas con el actual mapa político del planeta. Por consiguiente, su política exterior es más agresiva que la de los países privilegiados, que se preocupan principalmente por aferrarse al botín ya conquistado. De allí surge la división de países, muy condicional, en partidarios y adversarios del statu quo; la mayoría de los países fascistas y semifascistas se encuentran en este último campo.

Pero esto de ninguna manera significa que los dos bandos en pugna serán los arriba mencionados. En caso de un nuevo conflicto mundial el programa del statu quo desaparecerá sin dejar rastros; se planteará el problema de un nuevo reparto del mundo. Los adversarios fascistas del statu quo se encontrarán en ambos bandos, porque la elección de aliados no se hará con base en la solidaridad política, sino que será determinada por la posición geográfica, las relaciones económicas y, sobre todo, la evaluación de las relaciones de fuerza. Hitler estaría encantado de apoderarse de las colonias francesas en alianza con Gran Bretaña, aunque ello le significara una guerra directa con el fascismo italiano. Por su parte, Mussolini bien podría “traicionar” a Hitler, es muy probable que lo haga, tal como el gobierno italiano de 1914 traicionó a Hohenzollern y Habsburgo<sup>13</sup>. El “egoísmo sagrado” también se impondrá en las relaciones entre los países fascistas.

El estado totalitario es, por cierto, el régimen más adecuado al carácter “totalitario” de la guerra contemporánea. Pero esto sólo significa que las democracias se aproximarán al régimen fascista en el curso de la guerra mundial, quizás inclusive en vísperas de la misma; posiblemente lo adoptarán. Sin embargo, un acercamiento de los sistemas políticos no significaría una reconciliación de intereses hostiles. Una Francia fascista difícilmente compartiría sus colonias con Hitler. Si el excelentísimo sir Oswald Mosley gobernara las Islas Británicas (históricamente esta posibilidad no está excluida) no estaría más dispuesto que el gobierno actual a ceder la dominación británica del Mediterráneo a Italia. En síntesis, tanto la composición de los campos beligerantes como el curso de la propia guerra no serán determinados sobre la base de criterios políticos, raciales y morales, sino por los intereses imperialistas. Todo lo demás es tierra arrojada a los ojos de los pueblos.

### *¿Cuándo empezará la guerra?*

Tanto las fuerzas que obran en favor de la aceleración de la guerra como las que obran por su postergación son tan complejas e intrincadas que resultaría excesivamente arriesgado hacer un pronóstico con base en el calendario. Sin embargo, tenemos algunos elementos para un pronóstico. Londres tiende a creer que el periodo peligroso culminará en 1939, cuando las fuerzas armadas británicas, cuyas intenciones son “pacíficas”, habrán alcanzado el suficiente poderío. Desde este punto de vista, el peligro de guerra es “inversamente” proporcional... al aumento del armamentismo.

Pero, en tal caso, ¿no aprovecharán Alemania o Italia ese interín para provocar una guerra en los próximos veinticuatro meses? Existen muchas circunstancias que permiten responder negativamente. La última palabra no la tiene Italia, sino Alemania. Pero Alemania no está preparada. Es cierto que las tradiciones vivas del militarismo prusiano, unidas al alto nivel de la tecnología alemana, le permiten a Hitler desarrollar el programa armamentista a un ritmo sin precedentes en la historia. Pero ningún gobierno,

---

<sup>13</sup> Italia negociaba con los dos campos beligerantes, pero, ante las reticencias o más bien la lentitud del gobierno auto-húngaro para restituírle los territorios que reivindicaba, firmó con los aliados en 1915 su entrada en guerra a su lado. *Oeuvres*, tomo 14, nota 9 a pie de página 238.

por totalitario que sea, puede lograr milagros. En el lapso entre la paz de Versalles y la victoria nazi, las jóvenes generaciones alemanas no pasaron por los cuarteles. El país no posee reservistas. La instrucción militar, siquiera elemental, de algunos millones de hombres requiere muchos oficiales. La elaboración de las máquinas de guerra más completas, la aceleración de su producción en masa, la creación de las reservas materiales necesarias, la formación de nuevos cuadros de mando, la elaboración de la materia prima humana: todo eso requiere tiempo. El aparato bélico de Hitler manifestará desproporciones y carencias a cada paso, precisamente debido al ritmo febril de su crecimiento. Hoy, por cierto, la evaluación que hacen las autoridades alemanas de su potencial bélico es muy inferior a la que hacen sus adversarios. Pasarán por lo menos dos años antes de que el estado mayor berlinés suelte el freno sobre la noble impaciencia de los líderes políticos.

Sin embargo, la situación armamentista es sólo uno de los factores bélicos, y no es el más importante. Jamás llegará el momento en que los países se sientan “suficientemente” armados. El crecimiento del armamentismo, tomado aisladamente, trabaja en pro de la guerra, no de la paz. Sin embargo, el ejército no es un fin en sí mismo, sino un instrumento de la política, la cual, a su vez, es un instrumento de los intereses materiales. El golpe que desencadenará la nueva guerra será producto, probablemente, de un cambio en la coyuntura económica.

Recordemos que, tras un boom industrial, colosal y prolongado, sobrevino la crisis de 1913, que ya en esa época tuvo un carácter no sólo coyuntural, sino también estructural: las fuerzas productivas de Europa estaban atascadas por las fronteras nacionales. La crisis de 1913 provocó en las clases dominantes una tensión nerviosa que pudo más que cualquier expectativa o cautela. El resultado fue el estallido de la guerra en 1914. Es cierto que la última crisis (1929-33) no provocó temores belicistas. Las clases dominantes, eneguecidas por la “prosperidad” anterior, se obstinaban en considerar la crisis como un episodio desagradable. Las ilusiones desaparecieron gradualmente, al paralizarse el comercio y aumentar las filas del ejército de desocupados. En esos años, la política exterior de todos los países (con excepción de Alemania, Italia y Japón, los más enfermos) era incierta, indecisa y débil.

La nueva crisis, que en vista de las circunstancias no se hará esperar por mucho tiempo, tendrá consecuencias internas e internacionales completamente diferentes. El reanimamiento económico actual, unido a un mercado mundial desorganizado, a un sistema monetario perturbado y a un ejército de desocupados crónico, no inspira la menor confianza. Una coyuntura apuntalada principalmente con órdenes militares significa un despilfarro de los elementos fundamentales de la economía y, con ello, la preparación de una crisis más profunda y dolorosa. Las clases dominantes no pueden dejar de tenerlo en cuenta. Cuanto más se cumplen los programas armamentistas, menos cabida queda para las ilusiones y mayor es el nerviosismo en que caen los amos del destino.

Pero, ¿no sería posible que los gobernantes posterguen la crisis o, lo que es más importante, la reduzcan a la magnitud de una coyuntura pasajera en lugar de una catástrofe social? Para ello se necesitaría, como mínimo, levantar las barreras aduaneras, restaurar el patrón monetario oro, regular el problema de las obligaciones internacionales y aumentar el poder adquisitivo de las masas frenando la maquinaria armamentista. Todo aquél que no sea ciego reconocerá que no existe la menor razón para esperar semejante milagro.

En Berlín, a fines de junio, se reunieron los delegados comerciales de cuarenta naciones a escuchar los himnos de Goering en alabanza a la autarquía<sup>14</sup>. Los devotos

---

<sup>14</sup> Hermann Goering (1893-1946), jefe de la fuerza aérea y titular de otros cargos importantes bajo el régimen de Hitler. [Antiguo piloto de caza, “as” de la aviación alemana durante la guerra, dirigente del

discursos de algunos delegados acerca de las ventajas del régimen liberal parecen una burla a la realidad. Los países ricos en materias primas, ¿estarán dispuestos a vendérselas a sus enemigos para fines bélicos? Los imperios coloniales, ¿cederán parte de sus dominios a los países desfavorecidos? Los países que han concentrado el oro en sus manos, ¿se tomarán la molestia de ayudar desinteresadamente a sus rivales a devolver el equilibrio a sus sistemas monetarios trastornados? Estas preguntas sencillas contienen en sí las respuestas. Cuanto más reaccionario es el papel de las fronteras nacionales en el sistema de la economía mundial, más tenazmente se las mantiene. No todos cantan loas a la autarquía, pero todos tratan de guarecerse bajo su sombra ilusoria. Sin embargo, “autarquía” no implica autosuficiencia dentro de las fronteras nacionales propias. Los programas de Alemania e Italia demuestran mejor que nada que la autarquía requiere... la conquista de colonias y de países extranjeros en general. La doctrina de la economía cerrada es una premisa de la agresión imperialista.

El peligro de guerra, derivado de las dificultades económicas, agudiza aun más estas dificultades. Cualquier estudiante de secundaria sabe que la ruptura de las relaciones diplomáticas, la declaración oficial de guerra y el respeto por la neutralidad se han vuelto tan anacrónicos como el miriñaque y el minué. Todos los gobiernos velan las armas. En época de paz, esa tensión, que en ciertas ocasiones llega a grados tales que antes resultarían inconcebibles sin la ruptura formal de relaciones diplomáticas, es lo que menos favorece a la prosperidad económica. Todo indica que la crisis próxima superará de lejos a la crisis de 1929 y años subsiguientes. Dadas las circunstancias, la política de vigilancia expectante resultará imposible de aplicar. La política de transfusión de sangre, al estilo del “New Deal” norteamericano, difícilmente pueda adaptarse a Europa. En la nueva crisis, todos los problemas quedaran suspendidos en el filo de la navaja, lo cual obligará a los gobernantes a adoptar medidas decisivas, que en nada se diferenciarán de otros tantos actos de desesperación.

Por consiguiente, la guerra podría estallar en el transcurso de los tres o cuatro años, es decir, precisamente en momentos en que el cumplimiento de los programas armamentistas debería “garantizar la paz”. Lógicamente, sólo indicamos esta fecha a los fines de brindar una orientación general. Los acontecimientos políticos podrían acelerar o postergar el momento de la explosión. Pero su inexorabilidad está enraizada en la dinámica de la economía, en la dinámica de los antagonismos sociales y en la dinámica del armamentismo.

#### *La estrategia de la guerra que se avecina*

En vísperas de 1914 primaba la doctrina militar del golpe veloz y fulminante. Esta doctrina le costó cara a Francia. El “golpe” se prolongó a lo largo de cincuenta y dos meses. Después de que el genio maligno de la humanidad hubo inventado máquinas de destrucción sin precedentes, los ejércitos, equipados con ellas, debieron hundirse en madrigueras como los topos. Pero si las trincheras impusieron su dominación despótica sobre las operaciones de la guerra, las ideas militares alcanzaron un nuevo pico de audacia después de la paz de Versalles. Las humillaciones sufridas por la estrategia y los costos astronómicos del exterminio recíproco de los pueblos impulsaron a la fantasía militar a buscar métodos más brillantes y menos costosos. De ahí las nuevas escuelas: una trata de remplazar al pueblo en armas por un ejército restringido de especialistas; otra eleva el centro de gravedad a la atmósfera exterior; la tercera basa sus esperanzas en el rayo de la muerte. El general J. F. Fuller calculó que el empleo de la energía eléctrica permitiría eliminar el punto vulnerable de las guerras anteriores, vale decir, el factor humano. El

---

partido nazi, se había convertido en ministro del aire, pero también en uno de los grandes personajes del régimen. *Oeuvres*, tomo 14, nota 10 a pie de página 240].

general von Seeckt llegó a la conclusión de que en la competencia entre las masas humanas y la tecnología la victoria sería de esta última<sup>15</sup>. De allí deriva la teoría de un ejército pequeño, pero altamente capacitado que, cual torrente de acero y fuego, arrolla al país enemigo. En realidad, la oposición entre la “tecnología” y las “masas” o, en los términos en boga, entre la “calidad” y la “cantidad”, es una abstracción vacía. Si un ejército mecanizado de 200.000 hombres puede hacer milagros, entonces dos ejércitos harán, no el doble sino el cuádruple. La ley de los números sigue vigente en los más altos niveles de la técnica. Dicho en forma más sencilla, la nación beligerante deberá poner en marcha *al mayor número posible de hombres pertrechados con los últimos adelantos de la tecnología*. Pero, precisamente por ello, el “golpe fulminante” resulta imposible.

La doctrina del ejército pequeño, elaborada por von Seeckt, no se desprende de las condiciones materiales de la guerra, sino de las limitaciones impuestas por la paz de Versalles. Cuando éstas desaparecieron, Hitler decretó el servicio militar obligatorio. En Inglaterra, donde las tradiciones y las finanzas impiden imponer el servicio militar general, todavía existen teóricos del remplazo del hombre por la máquina. Sin embargo, el primer día de la guerra será también el día de la conscripción inglesa. Los estrategas de Roma y Berlín se divierten a sí mismos y al pueblo con la perspectiva de ataques aéreos que destruirán los centros vitales del enemigo con un solo golpe. Esta doctrina se origina en el hecho de que ni Alemania, ni Italia poseen petróleo, ni oro suficientes como para sostener una guerra prolongada. A la vez que glorifica los futuros asaltos aéreos, Goering se jacta de su defensa antiaérea, que frenará los deseos del enemigo de realizar ataques desde el aire. Pero existe un problema: ¿los demás países también desarrollan su aviación y defensa antiaérea! El duelo aéreo significará grandes triunfos tácticos, pero ninguna solución estratégica.

Tampoco tiene más fundamento la esperanza de que algún “secreto” tecnológico permita derrotar de un solo golpe a un enemigo desprevenido. Cada descubrimiento nuevo estimula las energías intelectuales de los inventores de todos los países civilizados. La tecnología bélica, más que cualquier otra, posee carácter internacional: las industrias bélicas y los servicios de espionaje le prestan gran atención. Los estados mayores pueden impedir que los secretos lleguen a sus propios pueblos, mas no a los estados mayores de los demás países.

Ningún ejército puede mantener en reserva, junto con los alimentos enlatados, maravillas químicas y eléctricas ya preparadas. Cada invento debe ser sometido a verificación, y sólo la guerra puede hacerlo. La iniciación de la producción en masa de un nuevo artefacto de guerra exige un año de preparación, quizás dos. Por eso no puede esperarse que en el comienzo mismo de la guerra se empleen medios técnicos “decisivos”, no probados anteriormente. El eclecticismo es mucho más nefasto en la guerra que en la economía. En términos generales, la próxima guerra partirá del nivel alcanzado en la anterior. Los nuevos medios se sumarán a los viejos, y los ejércitos se volverán más pesados y numerosos.

En la economía capitalista, cuyo volumen de producción está limitado por el poder adquisitivo de la población, a partir de cierto nivel las máquinas empiezan a remplazar a los hombres. En la guerra no existe esta limitación: los hombres son exterminados independientemente de su “poder adquisitivo”. A pesar del transporte mecanizado, el ejército moderno requiere, tal como ocurría en tiempos de Napoleón<sup>16</sup>, un caballo por

---

<sup>15</sup> John F. Fuller (1878-1966), autor de varias obras sobre el futuro de la guerra que ejercieron influencia sobre los estrategas militares. Se le atribuye haber descubierto la importancia de la mecanización militar durante la Primera Guerra Mundial. Hans von Seeckt (1866-1936), comandante en jefe de las fuerzas armadas alemanas en 1918-26. Entre 1922 y 1935 fue asesor militar de Chiang Kai-shek en China.

<sup>16</sup> Napoleón I (1769-1821). *Oeuvres*, tomo 14, nota 14 a pie de página 244.

cada tres hombres. En cifras absolutas esto significa un ejército de millones de caballos. Asimismo, a pesar de la mecanización de la guerra en todas sus ramas, el número de hombres necesarios para operar las máquinas bélicas no disminuye, sino que aumenta.

Las operaciones bélicas recientes (Lejano Oriente, Etiopía, España), no obstante su carácter fragmentario, bajaron el pensamiento estratégico de los cielos a la tierra. Cuanto más se acerca el peligro de guerra, más vuelve la estrategia oficial a los canales ya probados. Todas las potencias marítimas se ocupan de reacondicionar o construir esos buques de guerra gigantescos que, al término de la guerra anterior, habían sido relegados a la categoría del ictosaurio. Es posible que, en este caso, la oscilación regresiva del péndulo resulte excesiva. En asuntos navales, donde la máquina domina despóticamente al hombre, el pensamiento estratégico es más conservador y torpe que en cualquier otro terreno.

Pase lo que pase con los acorazados, Inglaterra se verá obligada, una vez más, a defenderse en el continente europeo. Los hombres no viven en el mar, ni en el aire, sino en la tierra. Las flotas marítimas y aéreas no son sino instrumentos auxiliares para la conquista del territorio ajeno, o para la defensa del propio. La guerra se resolverá en tierra firme. Trátese de una guerra europea o mundial, el ejército sigue siendo el principal instrumento de ataque y defensa. La base del ejército es la infantería. Si las demás variables permanecen iguales, una infantería más numerosa cuenta con mayores posibilidades de victoria. La próxima guerra sería totalitaria, no sólo en el sentido de que las operaciones se llevarán a cabo simultáneamente sobre la tierra, bajo la *tierra*, sobre el agua, bajo el agua, en el aire e inclusive en la estratósfera, sino también en el sentido de que absorberá a la población en su conjunto, con todas sus riquezas materiales y espirituales. Un sector de la humanidad luchará en un frente tridimensional, el otro fabricará municiones, pasará hambre y morirá en la “retaguardia”. A pesar de la conquista del éter, la estratósfera y el Polo Norte, a pesar del rayo de la muerte y demás horrores apocalípticos, los ejércitos se hundirán en el fango, tal como en el pasado, o quizás más profundamente aun.

Quedan, desde luego, los respectivos niveles económicos y tecnológicos alcanzados por los distintos países. Las ventajas de un mayor nivel cultural general se hacen sentir con especial agudeza durante la guerra. Es posible que todos los beligerantes conozcan el arma “secreta”, pero no todos tendrán capacidad de producirla en masa. Sin embargo, tal como ocurrió en la guerra anterior, esas diferencias quedarán neutralizadas en gran medida por el alineamiento de los distintos países en cada uno de los bandos beligerantes. Así, la primacía evidente de Alemania sobre Francia obligaría a Inglaterra a redoblar sus esfuerzos y, al mismo tiempo, asustaría a Italia, obligándola a buscar un acuerdo con Francia. Si la superioridad tecnológica y militar de Alemania le permitiera obtener victorias importantes sobre Gran Bretaña, o viceversa, estados Unidos se vería obligado nuevamente a abandonar la política de neutralidad expectante. La interdependencia de todos los sectores de nuestro planeta es tan grande que se puede excluir toda posibilidad de un conflicto localizado. Cualquier sea el lugar y el motivo del estallido de la guerra, una victoria importante lograda por una de las grandes potencias no significaría el fin del conflicto, sino tan sólo la ampliación del teatro bélico. El miedo a la victoria significaría una ampliación de la coalición enemiga. La espiral bélica se extenderá inexorablemente hasta abarcar todo el planeta. El único lugar neutral podría ser el Polo Sur; el Polo Norte servirá como base de operaciones de la aviación militar.

Con el nivel alcanzado por la tecnología, una guerra mundial abandonada a su propia lógica significaría para la humanidad un método de suicidio complicado y costoso. Puede lograrse el mismo objetivo en forma más sencilla, encerrando a la humanidad en una jaula de aproximadamente un kilómetro cúbico y hundiendo a la jaula en alguno de

los océanos. La tecnología moderna es más que adecuada para preparar ese “golpe fulminante y decisivo”, que resultaría más económico que el programa militar de cualquiera de las grandes potencias.

### *Guerra y revolución*

En la guerra, los grandes y fuertes se imponen a los pequeños y débiles. Su ubicación geográfica, dimensiones territoriales, tamaño de la población, recursos bélicos, reservas de oro y nivel tecnológico le aseguran a estados Unidos una ventaja colosal sobre los demás países. Si se reconoce que la guerra mundial se desarrollará hasta su final lógico, con el agotamiento total de los bandos en pugna, no puede evitarse la conclusión de que la dominación del planeta corresponderá a estados Unidos. Sin embargo, la dominación sobre un planeta decadente y destruido, presa de la hambruna, las epidemias y el salvajismo provocaría inexorablemente la decadencia de la civilización norteamericana. ¿En qué medida se trata de una perspectiva real? No puede excluirse que la humanidad caiga en una decadencia prolongada como resultado de la nueva guerra. Pero, afortunadamente, esta no es la única posibilidad. Mucho antes de que la destrucción recíproca de los pueblos se haya desarrollado hasta el fin, la maquinaria política y social de cada país será puesta a prueba. La obra de la guerra puede ser detenida en seco por la revolución.

En general, no comparto la esperanza de que, en el momento justo, el proletariado sabrá resistir vigorosamente el inicio de las operaciones bélicas. Por el contrario, durante los meses de intensificación del peligro de guerra y en el primer periodo de ésta, las masas serán dominadas por fuerzas centrípetas, patriotas, que actuarán con la fuerza de un reflejo natural. Esto se aplica tanto a las clases y grupos nacionales de los distintos estados como, por ejemplo, a las partes integrantes del imperio británico. Pero el avance de la guerra, con sus inevitables secuelas de pauperización, salvajismo y desesperación, regenerará y desarrollará al máximo los roces, antagonismos y fuerzas centrífugas que tarde o temprano, encontrarán su expresión en la insurrección y la revolución. Aun en este caso, la guerra es, lógicamente, la peor desgracia que podría ocurrirle a la humanidad. Pero cuanto antes las masas populares le pongan fin, más fácil le resultará a la humanidad sanar sus heridas. Desde este punto de vista, ¿qué podemos decir acerca de la duración de la guerra?

Dado que la nueva guerra entre naciones empezará donde terminó la anterior, el exterminio de vidas humanas y el derroche de material bélico será mucho mayor en el comienzo de ésta que en el de la anterior, y aumentará con mayor rapidez. Los ritmos serán más febriles, las fuerzas destructivas más colosales, la miseria de la población más insoportable. Por consiguiente, existen buenas razones para suponer que la reacción de las masas no se hará esperar dos años y medio, como en la Rusia zarista, ni un poco más de cuatro años, como en Alemania y Austria-Hungría, sino mucho menos. No obstante, lógicamente, la respuesta definitiva al problema del tiempo la darán los propios acontecimientos.

¿Qué sucederá, pues, con la URSS? La evaluación del régimen soviético por parte de los voceros de la opinión pública occidental ha conocido varias etapas. Con el caos del primer plan quinquenal, el peso específico de los sóviets en la arena mundial se redujo casi a cero. Posteriormente, con el crecimiento de la industria, incluida la bélica, contra el telón de fondo de la crisis mundial, el prestigio mundial de la URSS aumentó enormemente. El temor de Francia al revanchismo alemán permitió que la diplomacia soviética se convirtiera en un factor de gran peso en la política europea. Junto con ello, el prestigio del Ejército Rojo crecía por días y por horas. Sin embargo, esta etapa resultó breve. La sangrienta purga política, necesaria para los intereses de la camarilla dominante

y que provocó el exterminio de los mejores comandantes, suscitó una fuerte reacción en todo el mundo. La capitulación lamentable de la diplomacia soviética en la cuestión del archipiélago de Amur, sirvió para infundirle a Japón el coraje necesario para golpear nuevamente a China y para fortalecer el consejo de Londres a París: desconfiar de Moscú, buscar un acuerdo con Berlín<sup>17</sup>. Sin embargo, la actitud actual de despreciar al Ejército Rojo resulta tan unilateral como creer que Stalin es indestructible. El fraude judicial y la ejecución de los ídolos de ayer no dejarán de producir dudas y desmoralización en las filas del ejército. Sin embargo, las operaciones y maniobras que demostraron a los generales extranjeros la resistencia, movilidad e ingenio del soldado y del oficial soviético siguen siendo una realidad, junto con la elevada calidad de tanques y aviones soviéticos y la audacia y pericia de los aviadores soviéticos.

Las purgas sangrientas socavan la defensa y demuestran que la oligarquía dominante ha entrado en contradicción irreconciliable con el pueblo y con el Ejército Rojo. La propia agudeza de la contradicción demuestra, por otra parte, la gran elevación cultural y económica del país, que cada vez tolera menos al régimen de Stalin. La revolución política en la URSS (es decir, el derrocamiento de la casta burocrática, corrompida hasta la médula) será indudablemente uno de los primeros resultados de la guerra. Sin embargo, todo permite creer que, si la humanidad en su conjunto no regresa a la barbarie, las bases sociales del nuevo régimen soviético (nuevas formas de propiedad, economía planificada), resistirán la prueba de la guerra e inclusive saldrán fortalecidas<sup>18</sup>.

Japón es un país lejano. Para preparar la guerra en contra suya se han instalado bases independientes en el Lejano Oriente que, a pesar de su poderío, tienen un carácter provinciano. Aun en el caso de obtener grandes victorias (lo cual es supremamente improbable) Japón no tiene capacidad como para penetrar hasta los centros vitales de la Unión Soviética. No existe la menor posibilidad de una guerra por separado entre Italia y la URSS. El enemigo principal, el más inmediato y peligroso, sigue siendo Alemania.

El argumento habitual de Hitler, según el cual la falta de “fronteras compartidas” entre Alemania y la URSS excluye la posibilidad de una guerra, es uno de esos subterfugios característicos de los pronunciamientos de este “genio” totalitario. El mar Báltico separa a Alemania de la URSS, pero también las une. Desde que Estonia y Finlandia se separaron de Rusia, la histórica fortaleza de Kronstadt se encuentra en un bolsón entre ambos países. Leningrado, la segunda ciudad del país y centro de fabricación de municiones, también es vulnerable. Durante la guerra anterior, Finlandia (a la sazón integrante del imperio zarista) se convirtió durante un breve periodo en base militar de Alemania. Lo mismo ocurrió con Estonia y Letonia. En este terreno, Hitler bien podría tratar de rectificar y complementar la experiencia de Guillermo II<sup>19</sup>.

Al sur de los pequeños estados del Báltico, Alemania está separada de la URSS principalmente por Polonia y parcialmente por Rumania: a partir del Anschluss austríaco, Checoslovaquia dejó de ser una barrera para convertirse en un puente para el avance alemán hacia Oriente<sup>20</sup>. Entre las fronteras orientales de Checoslovaquia y Ucrania, la Tierra Prometida de Hitler, median tan sólo unas decenas de kilómetros.

---

<sup>17</sup> En julio de 1937 los japoneses ocuparon Pekín y Tsietzin y posteriormente Shanghái y Nankín. La lucha china contra la invasión japonesa terminó en 1945.

<sup>18</sup> Los siete párrafos siguientes aparecieron en *Yale Review*, pero Trotsky los omitió en la nueva versión que preparó en 1940. [nota del editor norteamericano].

<sup>19</sup> Guillermo II de Hohenzollern (1859-1941) fue emperador (Kaiser) de Alemania hasta su abdicación en noviembre 1918. Desde la revolución rusa se había volcado en hacer de los estados bálticos, que su ejército ocupaba, bastiones contra la revolución. *Oeuvres*, tomo 14, nota 15 a pie de página 248.

<sup>20</sup> El anchluss (anexión alemana), no se llevó a cabo hasta marzo de 1938. A mediados de 1937 el hecho ya parecía inevitable, por eso Trotsky lo describe como si estuviera consumado.

Es evidente que, en la eventualidad de una guerra, Polonia y Rumania deberán optar entre dos adversarios infinitamente más poderosos que ellas. Cualquiera sea su elección, se convertirán no sólo en rutas de guerra, sino también en campos de batalla.

La posibilidad de un avance auxiliar de Italia por el Mar Negro (contra Ucrania, Crimea y el Cáucaso) dependería en gran medida de la actitud de Turquía; es decir, en última instancia, de la relación de fuerzas entre los antagonistas principales, más precisamente, de la evaluación que se haga de esa relación en Ankara y en las capitales intermedias del suroriente de Europa.

En todos los sentidos estratégicos mencionados, Alemania librará una guerra ofensiva y la URSS una guerra defensiva. Esto constituye una colosal ventaja militar para los soviets. A pesar de la situación desfavorable de la base naval soviética en el fondo del callejón marítimo del Golfo de Finlandia, las poderosas flotas naval y aérea rusas podrían provocar el derrumbe total de una aventura hitleriana en el Báltico. Lo mismo ocurre en el Mar Negro, donde la base soviética está mucho mejor ubicada y, por otra parte, Italia se encuentra más alejada.

La frontera occidental de la URSS está fuertemente defendida. Las tropas están acostumbradas a sus bases. Las distancias soviéticas son inmensas. La cuña constituida por Polonia y Rumania neutraliza en buena medida la ventaja de los ferrocarriles alemanes. El resto depende del “factor moral”, es decir, del soldado rojo, del obrero, del campesino. En última instancia, el resultado de la guerra depende de la guerra misma.

En cuanto al mundo capitalista, ya se puede decir con carácter de ley inmutable: las primeras víctimas en el campo de batalla serán los regímenes que no supieron dar oportunamente una solución democrática al problema agrario, los regímenes cuyas supervivencias feudales exacerban las heridas del capitalismo. En esta ocasión, el eslabón más débil de la cadena de las grandes potencias será Japón. Bajo los golpes de la guerra, su maquinaria social (un capitalismo militarizado apoyado sobre la barbarie semifeudal) será víctima de una catástrofe colosal.

De los estados de segunda y tercera fila, los más amenazados son Polonia, Rumania y Hungría, cuyas masas campesinas jamás terminaron de librarse de la vieja servidumbre.

Luego, los regímenes fascistas: no es casual que el fascismo llegara al poder en los países donde los antagonismos sociales habían alcanzado la máxima agudeza. Es cierto que, tanto en la guerra como en la diplomacia, los estados totalitarios poseen grandes ventajas sobre el mecanismo pesado y torpe de la democracia: principalmente, la ventaja de poder maniobrar con libertad, sin oposiciones internas. Sin embargo, esto no significa que esa oposición no existe. Existe en forma oculta y acumula fuerzas hasta el momento de la explosión. En Alemania e Italia, la escasez de alimentos y de materias primas condenará a las masas a una miseria inenarrable. Si al principio de la guerra estos estados obtienen victorias militares imponentes, en la segunda etapa se convertirán en la arena de conmociones sociales mucho antes que sus enemigos.

Pero la diferencia es solamente temporal. La guerra nivelará los regímenes. La economía estará sometida al control gubernamental en todos los países. La censura militar será, como siempre, una censura política. Se silenciará a la oposición. La mentira oficial ejercerá su monopolio. Desaparecerá la frontera entre vanguardia y retaguardia. La justicia militar regirá en todo el país. Las diferencias entre los recursos bélicos de los distintos países serán mucho mayores que las diferencias entre sus principios políticos.

La posición internacional de Francia, tal como la establece el tratado de Versalles, de ninguna manera corresponde a los verdaderos recursos de la república. La población no aumenta. La economía se estanca. No posee petróleo. Las reservas de carbón son escasas. Las finanzas son endeblas. La seguridad nacional de Francia, más que la de

cualquier otro país, depende de otros estados: Gran Bretaña, estados Unidos, inclusive la URSS. En la guerra, Francia ocupará la posición de un estado de segunda categoría. La caída de la posición internacional hará tambalear el régimen social del país.

Las tendencias centrífugas del imperio británico son el resultado de la desproporción entre la verdadera fuerza de la metrópoli y su herencia histórica. Con su gigantesco programa armamentista, la metrópoli trata de demostrar a las colonias que ella sola puede garantizar su soberanía. El costo de mantenimiento del imperio aumenta mucho más rápidamente que sus beneficios. Semejante estructura se dirige inevitablemente a la bancarrota. La nueva guerra verá el despertar y el desgarramiento del imperio. La caída del poderío imperial inaugurará una época de convulsiones sociales. Ni un solo país escapará a las dolorosas consecuencias de la guerra. En medio de dolores y convulsiones, el mundo entero mudará su faz.

Se dirá que nuestro pronóstico es sombrío. No es culpa nuestra. En el lienzo de nuestra época no podemos encontrar tonalidades rosadas ni celestes. Debemos sacar conclusiones de la realidad, no de nuestros deseos. Bien decía el viejo Spinoza: “Ni rías, ni llores: comprende”<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> [“A mí, esas turbas no me incitan ni a reír ni a llorar, sino más bien a filosofar y a observar mejor la naturaleza humana.”], Trotsky cita a menudo esta frase de Baruch Spinoza (1632-1677) sin que se esté seguro de haber leído el trabajo del que se extrae. *Oeuvres*, tomo 14, nota 16 a pie de página 251.

## ***El derrotista totalitario en el Kremlin***

(12 de septiembre de 1938)

[La princesa Catalina Radzivil<sup>22</sup> considera a Stalin como “el hombre mejor informado de Europa” (*Liberty*, 3 de septiembre de 1938). No se puede estar de acuerdo con esto en absoluto. Stalin, que no sabe leer ningún idioma extranjero, solo conoce del mundo exterior lo que le comunican sus agentes en ruso. Cada uno de ellos teme por encima de todo parecer pesimista o, Dios no lo quiera, derrotista en el Kremlin. La consecuencia es que estos agentes solo recopilan documentos que confirman las últimas palabras del propio Stalin. Así, más que cualquier otro líder europeo, Stalin vive en un mundo que él mismo se ha creado. Esta es la única razón que ha hecho posibles, entre otras cosas, los fantásticos y falsos juicios de Moscú, que debían demostrar al mundo el poder de Stalin y que, en realidad, solo han puesto de manifiesto su debilidad.]

A partir de 1933 la importancia internacional de la Unión Soviética creció rápidamente. Por entonces era frecuente escuchar de los periodistas europeas opiniones como estas: “El Kremlin tiene en sus manos el destino de Europa”, “Stalin se ha convertido en árbitro mundial”, etcétera. No importa cuán exageradas hayan sido estas apreciaciones, incluso para aquella época; las mismas se debieron a dos factores innegables: la agudización de los antagonismos mundiales y la creciente fuerza del Ejército Rojo. El relativo éxito del Primer Plan Quinquenal, un programa concreto de industrialización que creó la base material para el ejército y la marina, el freno a la progresiva parálisis de los ferrocarriles, las primeras cosechas favorables sobre la base de los koljoses, el incremento en el número de cabezas de ganado, el descenso del hambre y la miseria, tales fueron los requisitos internos para el éxito de la diplomacia soviética. Las palabras de Stalin, “la vida se ha vuelto más fácil, más feliz”, se refieren a este período. En efecto, para las masas trabajadoras la vida se hizo algo más fácil. Para la burocracia, la vida se hizo mucho más feliz.

Mientras tanto, un gran porcentaje del presupuesto nacional se gastaba en defensa. El número de integrantes del ejército, que en tiempos de paz era de 800.000 hombres, fue elevado a un millón y medio. La marina comenzó a revivir. Durante los años del régimen soviético alcanzó a conformarse un nuevo equipo de comandancia, desde tenientes hasta mariscales. A esto debe agregarse un factor político: la oposición tanto de izquierda como de derecha había sido derrotada. La victoria sobre la oposición parecía encontrar su justificación objetiva en los logros económicos alcanzados. El poder de Stalin parecía inmovible. Todos estos factores transformaron al gobierno soviético si no en el árbitro de Europa, por lo menos sí en un significativo factor internacional.

Los últimos dos años no han dejado el menor rastro de esta situación. En la actualidad, el peso específico de la diplomacia soviética es menor que el de los meses

---

<sup>22</sup> La princesa Catalina Radzivil (1858-1941), esposa del príncipe Adam, de la nobleza imperial, había publicado obras de historia breve bajo el pseudónimo de “Conde Paul Vassili”. Pero era más una persona de la “alta sociedad” que una historiadora o una política.

más críticos del Primer Plan Quinquenal. Londres no sólo gira hacia Roma y Berlín, sino que exige a París que vuelva la espalda a Moscú. Así, Hitler, a través de Chamberlain, tiene ahora la oportunidad de realizar su política de aislar a Rusia. Aunque Francia no ha derogado su acuerdo con la URSS, lo ha reducido a un arreglo de importancia secundaria. Al perder la fe en la ayuda de Moscú, la Tercera República se deja llevar por Inglaterra. Algunos patriotas conservadores franceses se quejan amargamente de que Francia se ha convertido en el “último dominio” británico. Italia y Alemania, con el consentimiento del propio Chamberlain, intentan enraizarse firmemente en España, donde hasta hace poco Stalin parecía (ante los ojos de muchos) ser el amo y señor del destino. En el Lejano Oriente, donde Japón se enfrentó a inesperadas dificultades de gran magnitud, Moscú demostró que no era capaz sino de hacer escaramuzas fronterizas, siempre bajo la iniciativa de Japón.

La causa de la decadencia del rol internacional de la URSS en los últimos dos años de ninguna manera se debe a la conciliación o atenuación de las contradicciones mundiales. Sea cuales fueren las oscilaciones episódicas, lo cierto es que los países imperialistas se aproximan fatalmente a una nueva guerra mundial. La conclusión es obvia: la debilidad de Stalin en la arena mundial es, ante todo, producto del desarrollo interno de la URSS. ¿Qué ha ocurrido entonces en los dos últimos años en la Unión Soviética para convertir su fuerza en impotencia? La economía parece estar en crecimiento; la industria, a pesar del llamado “sabotaje”, continúa conquistando estruendosos éxitos; las cosechas aumentan; los pertrechos militares se acumulan; Stalin logra derrotar con éxito a los enemigos internos. ¿Qué ocurre entonces?

Hasta hace poco, el mundo juzgaba a la Unión Soviética sobre la base casi exclusiva de las cifras de las estadísticas soviéticas. Dichas cifras, aunque muy exageradas, eran, sin embargo, un índice de los innegables logros alcanzados. Se daba por seguro que tras la pantalla de las cifras existía una creciente prosperidad del pueblo y el gobierno. Pero no ha resultado ser así. Los procesos económicos, políticos y culturales son, en última instancia, relaciones entre seres vivientes, entre grupos, entre clases. Las tragedias judiciales de Moscú revelaron que dichas relaciones eran miserables, o más correctamente, intolerables.

El ejército es la quintaesencia de un régimen, no porque exprese sólo sus “mejores” cualidades, sino porque refleja más sus tendencias positivas y negativas. Cuando las contradicciones y antagonismos de un régimen llegan a agudizarse de un modo determinado, éstos comienzan a minar al ejército. La conclusión opuesta es la de que cuando el ejército (el órgano más disciplinado de la clase gobernante) comienza a desintegrarse por contradicciones internas, esto es un claro indicio de la intolerable crisis existente en la sociedad misma.

Los éxitos económicos de la URSS, que durante cierto tiempo fortalecieron su ejército y su diplomacia, han elevado y fortalecido el nivel de la burocracia gobernante. Históricamente, ninguna clase social había concentrado en sus manos tanto poder y riqueza como lo ha hecho la burocracia durante los dos planes quinquenales. Pero es precisamente por eso que se ha colocado en una creciente contradicción con el pueblo, el mismo que atravesó por tres revoluciones y derrocó a la monarquía zarista, la nobleza y la burguesía. La burocracia soviética combina hoy, en cierto sentido, los rasgos de todas las clases derrocadas sin poseer sus raíces sociales o sus tradiciones. Esta sólo puede defender sus monstruosos privilegios a través del terror organizado y sólo puede justificar su terror mediante fraudes judiciales. Habiendo crecido gracias a los éxitos económicos, el gobierno autocrático de la burocracia se ha convertido en el principal obstáculo para la futura expansión de estas conquistas. Sin el crecimiento general de la cultura, es decir, sin la independencia de todos y cada uno, sin la libertad de investigación y crítica, es

imposible que el país progrese. Estas elementales condiciones para el progreso se necesitan aun más en el ejército que en la economía, ya que es en él donde se comprueba con sangre la veracidad o falsedad de las estadísticas. Pero definitivamente, el régimen político soviético se asemeja a un batallón punitivo. Todos los elementos progresistas o creativos, realmente dedicados a los intereses de la economía, la educación pública y la defensa nacional, chocan invariablemente con la oligarquía gobernante. Así ocurrió bajo el zarismo, y ocurre ahora a un ritmo mucho más acelerado bajo el régimen de Stalin. La economía, la cultura, el ejército, necesitan gente con iniciativa, gente que cree y construya. El Kremlin necesita fieles ejecutores, despiadados agentes de confianza. Estos tipos humanos (el creador y el agente) son irreconciliablemente hostiles entre sí.

Durante los últimos quince [meses]<sup>23</sup>, el Ejército Rojo ha perdido casi todo el equipo de comandancia que originalmente había sido reclutado en los años de la Guerra Civil (1918-1920) y luego, educado, entrenado y reforzado en los quince años siguientes. Los cuerpos de oficiales constante y profundamente renovados fueron sometidos por Stalin a la vigilancia policial de los nuevos comisarios. Tujachevski<sup>24</sup>, y junto a él lo más granado del personal de comandancia, entabló una lucha contra la dictadura policíaca ejercida sobre los cuerpos de oficiales del Ejército Rojo. En la marina, donde los aspectos fuertes y débiles de las fuerzas armadas se concentraban de un modo particular, la aniquilación de los más altos oficiales ha sido mucho más devastadora que en el ejército. Es necesario repetir una y otra vez: las fuerzas armadas de la URSS están totalmente decapitadas, los arrestos y ejecuciones continúan. Entre el cuerpo de oficiales y el Kremlin tiene lugar un prolongado duelo, en el cual el derecho a fusilar pertenece al Kremlin. Las causas de este trágico duelo no son de un carácter temporal o accidental sino de un carácter orgánico. La burocracia totalitaria concentra en sus manos dos funciones: el *poder* y la *administración*. Estas dos funciones entran ahora en aguda contradicción. Para asegurar una buena administración es necesario abolir el poder totalitario. Para mantener el poder de Stalin es necesario aplastar a los administradores independientes y capaces tanto militares como civiles.

El sistema de comisarios se introdujo por primera vez en el período en el que se formó al Ejército Rojo de la nada y cuando, por necesidad, éste tenía un régimen de doble comando. Los peligros e inconvenientes de tal arreglo eran claros, aun entonces, pero se les consideraba como un mal menor y temporal. La necesidad misma del doble comando en el ejército surgió del colapso del ejército zarista y de las condiciones de la Guerra Civil. ¿Qué significa el nuevo doble comando? ¿Significará la primera etapa del colapso del Ejército Rojo y el comienzo de una nueva guerra civil en el país?

Los comisarios de la primera conscripción representaban el control de la clase obrera sobre los especialistas militares extraños y hostiles. Los comisarios de la nueva formación representan el control de la camarilla bonapartista sobre la administración militar y civil y sobre todo el pueblo.

Los comisarios de la primera época fueron reclutados entre los más valiosos y sinceros revolucionarios, realmente entregados a la causa socialista. Los comandantes, en su mayoría provenientes de las filas de los viejos oficiales y sargentos, se orientaban con dificultad bajo las nuevas condiciones y los mejores de ellos buscaban los consejos y el

---

<sup>23</sup> En *Escritos* "años"; en las *Oeuvres* "meses", Tomo 18, página 280.

<sup>24</sup> Mijáil N. Tujachevsky (1893-1937), oficial de la nobleza en la Guardia, se pasó al Ejército Rojo, vicecomisario en 1931, mariscal en 1935, fue fusilado en 1937 tras un juicio a puerta cerrada que preludió una masacre entre la mayoría de los jefes capaces del Ejército Rojo. *Oeuvres*, Tomo 18, nota 3 al pie de la página 280.

apoyo de los comisarios. Aunque con algunas fricciones y conflictos, el doble comando llevó en aquel tiempo a una colaboración amistosa.<sup>25</sup>

Ahora el asunto es totalmente distinto. Los actuales comandantes surgieron del Ejército Rojo, e indisolublemente ligados a él, y gozan de una autoridad adquirida a través de los años. Los comisarios por el contrario son reclutados entre los hijos de los burócratas y carecen de experiencia revolucionaria, conocimiento militar o formación moral. Son el tipo preciso de arribista de la nueva escuela. Se les asignan comandos únicamente porque representan a la “vigilancia”, es decir, la supervisión policial de Stalin sobre el ejército. Los comandantes los miran con justificado desprecio. El régimen de doble comando se convierte en una lucha entre la policía y el ejército, con el poder central del lado de la policía.

La película histórica se proyecta al revés y lo que fue una medida progresista de la revolución es revivida como una repugnante caricatura reaccionaria. El nuevo doble comando atraviesa al aparato de gobierno de arriba a abajo. A la cabeza del ejército está nominalmente Voroshílov, comisario del pueblo, mariscal, caballero de muchas órdenes, etcétera, etcétera. Pero el poder real está concentrado en las manos de Mejlis<sup>26</sup>, un don nadie, quien bajo las instrucciones directas de Stalin está trastornando al ejército. Esto ocurre en todos los distritos militares, en todas las divisiones, en todos los regimientos. Lo mismo sucede en la marina y en la fuerza aérea. Cada sitio tiene a su propio Mejlis que instaura la “vigilancia” en lugar del conocimiento, el orden y la disciplina. En el ejército todas las relaciones adoptan un carácter oscilante, inestable y flotante. Nadie sabe dónde termina el patriotismo y comienza la traición. Nadie está seguro de lo que puede o no hacer. En caso de discrepancia entre las órdenes del comandante y el comisario, todo el mundo debe adivinar cuál de las dos vías conduce a la recompensa y cuál a la prisión. Todo el mundo está a la expectativa y mira ansiosamente a su alrededor. Los trabajadores honestos pierden la motivación. Los pícaros, ladrones y arribistas realizan su trabajo bajo el amparo de las denuncias patrióticas. Los fundamentos del ejército flaquean. La devastación reina en el campo de los detalles, así como en los más amplios aspectos. Las armas no se limpian ni se inspeccionan. Los cuarteles toman un aire sucio y desordenado. El Ejército Rojo vive bajo techos agujereados, sin baños suficientes y sin ropa limpia. La comida es cada vez peor y no se sirve a las horas señaladas. El comandante responde a las quejas pasándoselas al comisario; los verdaderos ofensores se encubren acusando a “saboteadores”. El alcoholismo aumenta entre los comandantes. Los comisarios compiten con ellos en este aspecto. El régimen de anarquía encubierto por el despotismo policiaco se extiende ahora por todos los poros de la vida soviética. Este hecho es particularmente desastroso en el ejército, que sólo puede existir bajo un régimen claro y bajo relaciones totalmente transparentes. Tal es la razón, entre otras, por la cual se suspendieron las grandes maniobras militares de este año.

El diagnóstico es claro. El crecimiento del país, especialmente el de sus necesidades, es incompatible con el odio totalitario. Por lo tanto, muestra la tendencia a expulsar, a hacer a un lado a la burocracia de todas las esferas. [Este proceso todavía no

---

<sup>25</sup> Los ‘escritos militares’ de Trotsky permiten estudiar y reconocer los primeros pasos de la creación y consolidación del Ejército Rojo, son imprescindibles y aquí tienes la obra completa: *Escritos militares. Cómo se armó la revolución. (En tres volúmenes)*, en nuestras *Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS) (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales)*.

<sup>26</sup> Lev. Z. Mejlis (1889-1953), miembro de la redacción de *Pravda* desde 1930. En 1937 fue jefe de la administración política del Ejército Rojo. [miembro del partido desde 1918, comandante de brigada, después apparátchik cerca de Stalin, tras una herida había trabajado en su secretariado hasta 1927; en 1930 se le nombró redactor en jefe de *Pravda*, y el 30 de diciembre de 1937 vicecomisario de defensa y jefe de la administración política del Ejército Rojo que depuró salvajemente. *Oeuvres*, Tomo 18, nota 4 a pie de página 282].

ha encontrado una expresión política declarada, por tanto, sin embargo, es más profundo e inevitable. En los dominios de la técnica, de la economía, la enseñanza, la cultura, la defensa, la gente con experiencia, de ciencia, con autoridad, rechazan automáticamente a la gente de la dictadura estalinista que, en su mayor parte, son canallas incultos y cínicos del tipo de Mejlis y Ejev.] Cuando Stalin acusa a tal o cual sección del aparato de carecer de “vigilancia” quiere con ello decir: “Ustedes se preocupan por los intereses de la economía, la ciencia o el ejército ¡pero no se preocupan de mis intereses personales!” Los estalinistas de todos los rincones del país y de todos los estratos de la pirámide burocrática se encuentran en la misma posición. La burocracia ya no puede mantener su posición de otra forma distinta a la de minar los fundamentos mismos del progreso económico y cultural. [Sobre una nueva base histórica renace así, de manera inesperada, el antagonismo inmemorial ruso entre la *Oprichina* y el campesinado]. La lucha por el poder totalitario llevó a la aniquilación de los mejores hombres del país por los más degradados pícaros.

[La derrota, el sabotaje y la traición pululan en la Oprichina de Stalin. El “padre de los pueblos” aparece como el superderrotista. Es su verdugo. No se puede garantizar la defensa del país más que destruyendo a la camarilla autocrática de saboteadores y derrotistas. La consigna del patriotismo soviético resuena así: “¡Abajo los derrotistas totalitarios! ¡Abajo Stalin y su Oprichina!”.]

Afortunadamente para la URSS, la situación interna de sus enemigos en potencia (ya tensa de por sí) se tornará en el próximo período cada vez más crítica. Pero esto no cambia el análisis de la situación interna de la URSS. El sistema totalitario de Stalin se ha convertido en un verdadero nido del sabotaje cultural y del derrotismo militar. Para el pueblo soviético y la opinión pública mundial es un deber decir esto con toda claridad. La política y especialmente la política militar no puede reconciliarse con los engaños. Los enemigos saben perfectamente lo que ocurre en los dominios de Stalin. Existe una categoría de “amigos” que prefieren creer ciegamente a los agentes del Kremlin. Nosotros no escribimos para ellos sino para los que elijan enfrentar con honradez a la próxima tormenta.

## ***Sólo la revolución puede terminar con la guerra***

(18 de marzo de 1939)<sup>27</sup>

*Pregunta:* ¿Es inevitable una guerra mundial? Si es así, ¿significará el fin del sistema capitalista?

*Respuesta:* Sí, una guerra mundial es inevitable si no se le anticipa una revolución. La inevitabilidad de la guerra surge primero de la crisis incurable del sistema capitalista; segundo, del hecho de que la actual partición de nuestro planeta, es decir, especialmente de las colonias, ya no corresponde más al peso económico específico de los estados imperialistas. Buscando una salida a la crisis mortal, los estados advenedizos aspiran, y no pueden dejar de hacerlo, a una nueva repartición del mundo. Sólo los niños de pecho y los “pacifistas” profesionales, a quienes incluso la experiencia de la infortunada Liga de las Naciones no les ha enseñado nada, pueden suponer que se puede realizar una repartición más “equitativa” de la superficie territorial alrededor de las mesas de la democracia.

Si la revolución española hubiera resultado victoriosa, habría dado un poderoso impulso al movimiento revolucionario en Francia y otros países de Europa<sup>28</sup>. En este caso, habría sido posible esperar con confianza que un victorioso movimiento socialista se anticipase a la guerra imperialista, haciéndola inútil e imposible. Pero el proletariado socialista de España fue estrangulado por la coalición Stalin-Azaña-Caballero-Negrín-García Oliver<sup>29</sup>, aun antes de que fuera aplastada por las bandas de Franco. La derrota de la revolución española pospuso la perspectiva revolucionaria y puso a la orden del día la guerra imperialista. ¡Sólo un ciego puede no verlo!

Por supuesto, cuanto más enérgica y audazmente luchan ahora contra el militarismo y el imperialismo los obreros avanzados de todos los países, a despecho de las condiciones desfavorables, tanto más rápidamente podrán detener la guerra cuando haya comenzado y mayores serán las esperanzas que tendrá nuestra civilización de salvarse de la destrucción.

Sí, no dudo de que la nueva guerra mundial provocará, inevitablemente, la revolución mundial y el colapso del sistema capitalista. Los gobiernos imperialistas están haciendo todo lo posible para acelerar este colapso. Sólo es necesario que el proletariado mundial no sea sorprendido nuevamente por los grandes acontecimientos.

---

<sup>27</sup> Respuestas a las preguntas de Sybil Vincent, corresponsal del periódico del Labor Party el *Daily Herald*.

<sup>28</sup> *La revolución española (1930-1940)*, en estas *Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS) (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales)*.

<sup>29</sup> Francisco Largo Caballero (1869-1946), dirigente del ala izquierda del partido socialista español. Fue premier desde septiembre de 1936 hasta mayo de 1937. José García Oliver (nacido en 1901), dirigente anarquista español de derecha que colaboró con los estalinistas para aplastar al ala revolucionaria de los leales. Fue ministro de justicia en el gobierno de Largo Caballero.

Aprovecho para recordar que la tarea que se plantea la Cuarta Internacional es precisamente la preparación revolucionaria de la vanguardia. Es por eso que se llama Partido Mundial de la Revolución Socialista.

*Pregunta:* ¿El mundo no está demasiado asustado de Hitler?

*Respuesta:* Los gobiernos democráticos contemplan a Hitler, que consiguió “liquidar” la cuestión social, con admiración y temor. La clase obrera, que durante un siglo y medio sacudió periódicamente con sus revueltas a los países civilizados de Europa, ha sido súbitamente silenciada en Italia y Alemania. Los políticos oficiales atribuyen este “éxito” a las virtudes internas, cuasi místicas del fascismo y del nacionalsocialismo. En realidad, la fuerza de Hitler no está en él, ni en su despreciable filosofía, sino en la terrible decepción de las masas trabajadoras, en su confusión y languidez.

Durante muchas décadas el proletariado alemán construyó una organización sindical y un partido socialdemócrata. Junto a la poderosa socialdemocracia apareció más tarde un poderoso partido comunista. Y todas estas organizaciones, que crecieron sobre los hombros del proletariado, resultaron nulas en el momento crítico, y se desmoronaron ante la ofensiva de Hitler. No encontraron en sí mismas el coraje para llamar a las masas a luchar pues estaban completamente degeneradas y aburguesadas y habían perdido el hábito de pensar en pelear<sup>30</sup>.

Las masas sobrellevan triste y lentamente tales catástrofes. ¡Es incorrecto afirmar que el proletariado alemán se ha reconciliado con Hitler! Pero ya no cree más en los viejos partidos, en las viejas consignas, y al mismo tiempo no ha encontrado aún un nuevo camino. Sólo esto explica la violenta omnipotencia del fascismo, que continuará hasta que las masas hayan curado sus heridas, se hayan regenerado y levantado una vez más sus cabezas. Creo que podemos esperarlo para dentro de poco.

El temor de Gran Bretaña y Francia a Hitler y Mussolini se explica por la posición mundial que ocupan esos dos países colonialistas que, como ya dijimos, no corresponde a su peso económico específico. La guerra no les puede brindar nada, pero en cambio puede sacarles mucho. Es natural que intenten posponer el momento de una nueva redistribución del mundo y que dejen un hueso, como España y Checoslovaquia, a Hitler y Mussolini.

La lucha es por las posesiones coloniales, por la dominación del mundo. El intento de presentar esta disputa movida por intereses y apetitos como una lucha entre “democracia” y “fascismo” puede engañar a la clase trabajadora. Chamberlain entregaría todas las democracias del mundo (no quedan muchas) por la décima parte de la India.

La fuerza de Hitler (y al mismo tiempo también su debilidad) consiste en que, bajo la presión de la desvalida situación del capitalismo alemán, está dispuesto a recurrir a los medios más extremos, usando de paso el chantaje y la fanfarronería, a riesgo de llegar a una guerra<sup>31</sup>. Hitler se dio perfecta cuenta del temor de los viejos colonialistas ante cualquier conmoción y ha explotado este temor, si no con gran entusiasmo, al menos con indudable éxito.

*Pregunta:* ¿deberían unirse las “democracias” y la URSS para aplastar a Hitler?

*Respuesta:* No creo que sea mi misión aconsejar a los gobiernos imperialistas, aun cuando se llamen a sí mismos democráticos, ni a la camarilla bonapartista del Kremlin, aun cuando la misma se autocalifique de socialista. Sólo puedo aconsejar a los trabajadores. Mi consejo es que no crean ni siquiera por un instante que la guerra entre los dos bandos imperialistas puede reportarles otra cosa que no sea opresión y reacción en ambos sectores. Será la guerra de los esclavistas que se cubren con distintas máscaras: “democracia”, “civilización” por un lado, “raza”, “honor” por el otro. Sólo el

---

<sup>30</sup> *La lucha contra el fascismo (y anexos)*, también en nuestras [OELT-EIS](#).

<sup>31</sup> Dos párrafos de tan rabiosa actualidad en el mes de enero de 2026 que es difícil no señalarlo. EIS.

derrocamiento de los esclavistas puede terminar de una vez para siempre con la guerra y abrir una época de verdadera civilización.

*Pregunta:* ¿Representa Hitler un gran peligro para las democracias?

*Respuesta:* Las propias “democracias” representan un peligro mucho mayor para ellas mismas. El régimen de la democracia burguesa surgió sobre la base del capitalismo liberal, es decir de la libre competencia. Esa época hace mucho que pasó. El actual capitalismo monopolista, que descompuso y degradó a la pequeña y a la mediana burguesía, socavó de la misma manera las bases de la democracia burguesa. El fascismo es el producto de este proceso. No viene en absoluto “de afuera”; en Italia y Alemania se impuso sin intervención extranjera. La democracia burguesa está muerta no sólo en Europa sino también en Norteamérica.

Si no resulta liquidado a tiempo por la revolución socialista, el fascismo se impondrá inevitablemente en Francia, Inglaterra y estados Unidos, con o ayuda de Mussolini y de Hitler. Pero el fascismo es sólo una tregua. El capitalismo está condenado. Nada lo salvará del colapso. Cuanto más decidida y audaz sea la política del proletariado, menos sacrificio provocará la revolución socialista y más pronto entrará la humanidad en una nueva ruta.

¿Mi opinión acerca de la guerra civil española? Me he manifestado muchas veces en la prensa sobre este tema.

La revolución española era socialista en su esencia: los trabajadores intentaron repetidas veces derribar a la burguesía, tomar las fábricas; los campesinos querían apoderarse de las tierras. El “Frente Popular”, conducido por los estalinistas, estranguló la revolución socialista en nombre de una democracia burguesa, de allí la desilusión, la desesperanza, el desaliento de las masas de obreros y campesinos, la desmoralización del ejército republicano y, como resultado, el colapso militar.

Invocar la política traicionera de Inglaterra y Francia no explica nada. Por supuesto, los imperialistas “democráticos” estuvieron de todo corazón con la reacción española y ayudaron a Franco cuanto les fue posible. Fue así y siempre será así. Los británicos estuvieron naturalmente de parte de la burguesía española, que se pasó en bloque al bando franquista. Sin embargo, en el comienzo Chamberlain no creía en la victoria de Franco y temía comprometerse revelando prematuramente sus simpatías. Francia, como siempre, ejecutó la voluntad de la burguesía francesa. El gobierno soviético jugó el papel de verdugo de los trabajadores revolucionarios de España con el fin de demostrarles a Londres y París su honradez y lealtad. La causa fundamental de la derrota de una poderosa y heroica revolución es la traicionera política antisocialista del llamado “Frente Popular”. ¡Si los campesinos se hubieran apoderado de las tierras y los obreros de las fábricas, Franco nunca habría podido arrebatarnos la victoria!

*Pregunta:* ¿Puede mantenerse el régimen de Franco?

*Respuesta:* Por supuesto, no durante mil años, como promete jactanciosamente el nacionalsocialismo alemán. Pero Franco se mantendrá por algún tiempo debido a las mismas condiciones que favorecen a Hitler. A pesar de sus grandes esfuerzos y sacrificios, después de las terribles derrotas sufridas la clase obrera española debe estar desilusionada al máximo de sus viejos partidos: socialistas, anarquistas, “comunistas”, que a través de sus fuerzas unificadas bajo la bandera del “Frente Popular” estrangulaban la revolución socialista. Inevitablemente, los trabajadores españoles pasarán ahora por un periodo de desaliento antes de comenzar, lenta pero firmemente, a buscar un nuevo camino. El período durante el cual las masas continúen con su postración coincidirá, precisamente, con la dominación de Franco.

Me preguntan sobre la gravedad de la amenaza que constituye Japón para la Unión Soviética, Inglaterra y estados Unidos. Japón no es capaz de sobrellevar una guerra en

gran escala, en parte por razones económicas, pero especialmente por razones sociales. No habiéndose emancipado hasta ahora de la herencia feudal, Japón representa el reservorio de una gigantesca explosión revolucionaria. En muchos aspectos recuerda al imperio zarista en vísperas de 1905<sup>32</sup>.

Los círculos dominantes del Japón intentan escapar a las contradicciones internas con la conquista y el saqueo de China. Pero las contradicciones internas hacen en gran medida imposible el éxito en el exterior. Tomar posiciones estratégicas en China es una cosa; someter a China, otra. Japón nunca se atrevería a desafiar a la Unión Soviética, de no haber un claro antagonismo, evidente para cualquiera, entre la camarilla del Kremlin y el pueblo soviético. El régimen de Stalin, que está debilitando a la URSS, puede hacer posible un conflicto soviético-japonés.

No puedo pensar ni un instante en la victoria de Japón. Creo indudable que los resultados de la guerra serían el colapso del régimen medieval del Micado y del régimen bonapartista de Stalin.

De mi vida en México poco es lo que puedo comunicar. De parte de las autoridades no he encontrado sino amabilidad. Estoy completamente al margen de la vida política mexicana, pero sigo con ardiente simpatía los esfuerzos del pueblo mexicano por conseguir una independencia completa y verdadera.

Estoy terminando un libro sobre Stalin que aparecerá este año en estados Unidos, Inglaterra y otros países. El libro es una biografía política de Stalin y su objetivo es explicar cómo un revolucionario de segunda o tercera fila puede llegar a ser jefe del país cuando comienza la reacción termidoriana. El libro mostrará en particular, cómo y por qué el exbolchevique Stalin está ahora completamente maduro para una alianza con Hitler.

---

<sup>32</sup> La revolución de 1905 en Rusia surgió del descontento por la guerra Ruso-Japonesa y el despotismo zarista. El “Domingo Sangriento”, 9 de enero de 1905, las tropas zaristas hicieron fuego sobre una manifestación pacífica de obreros petersburgueses que marchaban a llevarle al zar una petición de derechos democráticos, y mataron a cientos de trabajadores. Se declararon huelgas masivas en toda Rusia que señalaron el comienzo de la revolución, que culminó en la formación del Sóviet de Diputados Obreros de Petersburgo. Fue aplastada en diciembre por el zar. (Ver *Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución y 1905*, ambos también en nuestras OELT-EIS).

## *El enigma de la URSS*

(21 de junio de 1939)

Dos rasgos son característicos de la actual política internacional de las grandes potencias. Primero, la falta de todo sistema o consecuencia en su accionar. Gran Bretaña, el país que históricamente era el modelo de ponderada estabilidad, ha mostrado recientemente oscilaciones especialmente fantásticas. En la época del acuerdo de Múnich, en septiembre del año pasado, Chamberlain proclamaba “una nueva era de paz”<sup>33</sup> basada en la cooperación de cuatro potencias europeas. En esos días, la consigna extraoficial de los conservadores<sup>34</sup> era: “démosle a Alemania piedra libre en el este”. En la actualidad, todos los esfuerzos del go-bierno británico están concentrados en lograr un acuerdo con Moscú contra Alemania.

La Bolsa londinense, que por ese entonces celebró el acuerdo de Munich con un alza de valores, adapta hoy su estado nervioso al curso de las negociaciones anglo-soviéticas. Francia sigue obedientemente a Inglaterra en estos zigzags: no puede hacer otra cosa. El elemento constante de la política de Hitler es su agresivo dinamismo, pero nada más. Nadie sabe dónde golpeará Alemania la próxima vez. Es posible que ni el propio Hitler lo sepa en este momento. Los altibajos de la ley de “neutralidad” en los estados Unidos son también ilustrativos al respecto.

El segundo rasgo de la política internacional, ligado estrechamente al anterior, es que nadie cree a nadie, y ni siquiera se cree a sí mismo. Cualquier tratado presupone una confianza mutua y una alianza militar exige mayor confianza aun. Pero las alternativas de las conversaciones anglo-soviéticas muestran claramente que allí tal confianza no existe. No se trata en absoluto de un problema moral abstracto, sino simplemente de que la actual situación objetiva de las potencias mundiales, para quienes el mundo se ha tornado demasiado pequeño, excluye toda posibilidad de una política consecuente, que permita predecir el futuro y en la cual se pueda confiar. Cada gobierno trata de asegurarse, al menos, contra dos eventualidades. De ahí la espantosa duplicidad de la política mundial, su insinceridad, y sus convulsiones. Cuanto más inexorable y trágico surge, en general, el pronóstico de que la humanidad se acerca con los ojos cerrados a una nueva catástrofe, más difícil se hace prever en particular qué harán mañana Alemania o Inglaterra, por qué bando se inclinará Polonia, qué posición adoptará Moscú.

Especialmente, existen pocos datos para responder la última pregunta. La prensa soviética se ocupa escasamente de política internacional. La razón por la cual el señor

---

<sup>33</sup> “¿“Paz en nuestra época”?”, en nuestra serie [Trotsky en internet y en castellano \(Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas\)](#).

<sup>34</sup> El Partido Conservador, o Tory, surgió en Gran Bretaña en el siglo XVIII del viejo partido monárquico de la guerra civil inglesa, los Cavaliers. Antiguamente fue el partido de la aristocracia, hoy es en Gran Bretaña el partido de la actual clase dominante, la burguesía.

Strang<sup>35</sup> fue a Moscú y qué está haciendo allí no es de incumbencia de los ciudadanos soviéticos. Generalmente los despachos del extranjero se publican en la última página y se les da siempre una presentación “neutral”. La firma de la alianza italo-alemana o la fortificación de las islas Aland son enfocados como si fuesen hechos ocurridos en el planeta Marte<sup>36</sup>.

Este simulacro de objetividad sirve para dejarle al Kremlin las manos libres. Más de una vez la prensa mundial ha escrito sobre la “impenetrabilidad” de los objetivos soviéticos y lo “impredecible” de los métodos del Kremlin. Estaremos más cerca de solucionar el “impenetrable” enigma, cuando reemplacemos las especulaciones sobre las simpatías y antipatías subjetivas de Stalin, por una evaluación objetiva de los intereses de la oligarquía soviética, a la que éste meramente personifica.

### *Principales móviles de la política del Kremlin*

Nadie “quiere” la guerra y muchos, además, la “odian”. Eso sólo significa que todos preferirían conseguir sus objetivos por medios pacíficos. Pero eso no implica de ninguna manera que no habrá guerra. Los objetivos, ¡qué pena!, son contradictorios y no permiten la reconciliación. Stalin quiere la guerra menos que nadie, ya que es el que más la teme. Existen suficientes razones para que sea así. Las “purgas”, monstruosas en su dimensión y sus métodos, reflejan la intolerable tensión que existe en las relaciones entre la burocracia soviética y el pueblo. La flor y nata del Partido Bolchevique, los dirigentes de la economía y del servicio diplomático han sido exterminados. Lo mejor del estado Mayor, los ídolos y héroes del ejército y la marina, fueron eliminados. Stalin no realizó esas purgas por vano capricho de déspota oriental; fue obligado a hacerlo en su lucha por preservar el poder. Hay que entender esto cabalmente.

Si seguimos diariamente la prensa soviética leyendo con atención entre líneas, surge claramente que las capas dominantes se sienten odiadas por todo el mundo. Entre las masas populares corre la amenaza: “Cuando venga la guerra, les mostraremos”. La burocracia tiembla por las posiciones recientemente ganadas. La cautela es el rasgo predominante de su líder, en especial en los asuntos mundiales. El espíritu de osadía le es totalmente extraño. No se detiene, es cierto, ante el uso de la fuerza en una escala sin precedentes, pero sólo a condición de asegurar de antemano su impunidad.

En cambio, recurre fácilmente a las concesiones y retiradas cuando no está seguro del resultado de la lucha. Japón nunca se habría mezclado en una guerra con China si no hubiera sabido de antemano que Moscú no iba a aprovecharse de un pretexto favorable para intervenir. En el congreso partidario, en marzo de este año, Stalin declaró abiertamente por primera vez que en lo económico la Unión Soviética se encuentra aún muy lejos de los países capitalistas. Tuvo que admitirlo no sólo para explicar el bajo nivel de vida de las masas, sino también para justificar sus retiradas en el campo de la política exterior. Stalin está preparado para pagar la paz muy cara, por no decir a cualquier precio. No porque “odie” la guerra, sino porque teme mortalmente sus consecuencias.

Desde este punto de vista, no resulta difícil evaluar las ventajas comparativas que para el Kremlin se derivarían de las dos alternativas: acuerdo con Alemania o alianza con las “democracias”. La amistad con Hitler significaría la inmediata eliminación del peligro

---

<sup>35</sup> William Strang, diplomático del Foreign Office, viajó a Moscú en junio de 1939 para negociar un tratado militar con la Unión Soviética. Fue el fracaso de estas negociaciones lo que llevó en agosto al Pacto Stalin-Hitler.

<sup>36</sup> La Alianza Italo-alemana se firmó el 22 de mayo de 1939. Las Islas Aland, en el Mar Báltico entre Suecia y Finlandia, fueron escenario de las maniobras políticas en los meses que precedieron a la guerra. En mayo de 1939 Rusia impidió a Finlandia fortificar las islas, cuyo principal valor reside en su importancia estratégica. Posteriormente la Unión Soviética las utilizó para derrotar a Finlandia en la guerra soviético-finlandesa de 1939-1940.

de guerra en el frente oeste y su considerable reducción en el Lejano Oriente. Una alianza con las democracias sólo implicaría la posibilidad de recibir ayuda en caso de guerra. Por supuesto, si no queda más que pelear, es más ventajoso tener aliados que quedarse solo. Pero la tarea básica de la política estalinista no es la de crear las condiciones más favorables en caso de guerra, sino la de eludirla. Ese es el oculto significado de las frecuentes afirmaciones de Stalin, Molotov y Voroshílov en el sentido de que la URSS “no necesita aliados”.

Cierto es que ahora se dice que la reconstitución de la Triple Entente es un medio seguro de impedir la guerra. Nadie, sin embargo, explica por qué la Entente no logró eso veinticinco años atrás. La creación de la Liga de las Naciones fue impulsada, precisamente, con el argumento de que, de otro modo, la división de Europa en dos bandos irreconciliables conduciría inevitablemente a una nueva guerra.

Ahora, como resultado de la experiencia de “seguridad colectiva”<sup>37</sup>, los diplomáticos han llegado a la conclusión de que la división de Europa en dos bandos irreconciliables es capaz de...impedir la guerra. ¡Créase o no! El Kremlin, de todos modos, no lo cree. Un acuerdo con Hitler significaría garantizar las fronteras de la URSS a condición de que Moscú se aparte de la política europea. Es lo que Stalin más desea. Una alianza con las democracias aseguraría los límites de la URSS sólo en la misma medida que las demás fronteras europeas, convirtiendo a la URSS en garante de las mismas y, por lo tanto, eliminando la posibilidad de permanecer neutral. Esperar que una reconstitución de la Triple Entente pueda perpetuar el statu quo, eliminando la posibilidad de que se viole alguna frontera, sería vivir en el reino de la ilusión. Quizás el peligro de guerra sería, por un tiempo, menos urgente para la URSS; pero, en compensación, se haría inconmensurablemente más extenso. Una alianza de Moscú con Londres y París significaría que, de ahí en más, cualquiera fuese la frontera que violara, Hitler tendría contra él de inmediato a los tres estados. Enfrentado a tal riesgo, optaría probablemente por dar el golpe más gigantesco: es decir, una campaña contra la URSS. En ese caso, la “seguridad” brindada por la Entente podría fácilmente transformarse en su opuesto.

También en los demás aspectos, un acuerdo con Alemania sería la mejor solución que podría adoptar la oligarquía moscovita. La Unión Soviética proveería sistemáticamente a Alemania de casi todos los tipos de materias primas y alimentos de que carece. Alemania podría suministrarle a la URSS maquinaria, productos industriales y también el necesario asesoramiento técnico, tanto para la industria en general como para la producción bélica en particular. Aprisionados por un acuerdo entre estos dos gigantes, Polonia, Rumania y los estados bálticos no tendrían otra alternativa que limitarse a los modestos beneficios que se derivarían de la colaboración y de las facilidades de tránsito. Moscú concedería gustosamente a Berlín plena libertad en su política exterior. Quienquiera que en estas condiciones mencionara la “defensa de la democracia” sería inmediatamente declarado trotskysta por el Kremlin, o agente de Chamberlain, o sicario de Wall Street, y fusilado de inmediato.

Desde el primer día de la instalación del régimen nacionalsocialista, Stalin mostró sistemática y firmemente su disposición a ser amigo de Hitler, a veces en declaraciones abiertas, más a menudo en insinuaciones silenciosas significativas, o alternativos énfasis, los cuales podían pasar inadvertidos a los ciudadanos soviéticos, pero de ninguna manera

---

<sup>37</sup> “Seguridad colectiva” era la concepción mediante la cual la Liga de las Naciones esperaba evitar futuras guerras. Los estados miembros de la Liga tenían la obligación, establecida en el artículo 16, de pedir sanciones contra los actos de agresión por parte de otros estados.

a quien iban dirigidos. W. Krivitzki, exjefe de la inteligencia soviética en Europa<sup>38</sup>, describió recientemente el trabajo que con ese fin se llevó a cabo entre bambalinas. Solo después de una serie de réplicas de Hitler extremadamente hostiles a esa política soviética, comenzó el viraje hacia la Liga de las Naciones, la seguridad colectiva y los frentes populares. Esta nueva melodía diplomática, acompañada por los bombos, tambores y saxofones de la Comintern, se ha convertido en los últimos años en una creciente amenaza para todos los tímpanos. Pero, en cada momento de silencio, se podían escuchar tras ella, más suaves, algunas notas algo melancólicas, pero más íntimas, destinadas a los oídos de Berchtesgaden<sup>39</sup>. En esta aparente dualidad existe una indudable coherencia interna.

A toda la prensa mundial le llamó la atención la franqueza con que Stalin, en su informe al congreso partidario de marzo de este año, se aproximó a Alemania, al tiempo que declaraba a Inglaterra y Francia “provocadores de guerra, acostumbrados a encender el fuego con las manos de otros pueblos”<sup>40</sup>. Sin embargo, el discurso complementario de Manuisky sobre la política de la Comintern pasó completamente inadvertido, aunque también lo había redactado Stalin. Por primera vez, Manuisky reemplazó la tradicional consigna de libertad para todas las colonias por una nueva demanda: “la concreción del derecho de autodeterminación de los pueblos *esclavizados por los estados fascistas* [...] La Comintern por ello reclama la libre determinación de Austria [...] los Sudetes [...] Corea, Formosa, Abisinia...” En lo que respecta a la India, Indochina, Argelia y demás colonias de Gran Bretaña y Francia, el agente de Stalin se limitó al inofensivo deseo que “las masas trabajadoras mejoren su situación”. Al mismo tiempo, pidió que, de allí en adelante, los pueblos coloniales “subordinen” su lucha por la libertad “al interés de derrotar al fascismo, el peor enemigo del pueblo trabajador”. En otras palabras, según la nueva teoría de la Comintern, las colonias británicas y francesas están obligadas a apoyar a los países que las dominan, en la lucha de éstos contra Alemania, Italia y Japón.

La flagrante contradicción entre los dos discursos es, en realidad, una farsa. Stalin se encargó de la parte más importante de la faena: la oferta directa a Hitler de un acuerdo contra los democráticos “provocadores de guerra”. A Manuisky le encargó asustar a Hitler con la perspectiva de un acuerdo entre la URSS y los “provocadores” democráticos, explicándoles incidentalmente las enormes ventajas que tendrían en caso de concertar una alianza con la URSS: nadie excepto el Kremlin, el viejo amigo de los pueblos oprimidos, podría sugerir a las colonias la idea de que tendrán que permanecer leales a sus opresores democráticos durante una guerra con el fascismo. Estos son los principales móviles de la política del Kremlin, la unidad subyacente en sus contradicciones. Está determinada de cabo a rabo por los intereses de la casta gobernante, que abandonó todos los principios menos el de autoconservación.

### *Hitler y la URSS*

La mecánica nos enseña que la fuerza está determinada por la masa y la velocidad. La dinámica de la política exterior de Hitler aseguró a Alemania una posición preponderante en Europa y, en alguna medida, en todo el mundo. Por cuánto tiempo es otra cuestión. Si Hitler se contuviera (si él pudiera contenerse), Londres le volvería una vez más la espalda a Moscú. Por otra parte, la esperada respuesta de Moscú a las

---

<sup>38</sup> Walter Krivitsky (1889-1941), en 1937, en París, abandonó el servicio de inteligencia soviético y reveló numerosos secretos. Escribió *Al servicio secreto de Stalin* (1939). Murió en circunstancias misteriosas, seis meses después del asesinato de Trotsky.

<sup>39</sup> Berchtesgaden, pueblo de los Alpes Bávares, era la capital extraoficial del Tercer Reich y residencia privada de Hitler.

<sup>40</sup> En la prensa británica aparecía como el proverbio equivalente aproximadamente a “que otros les saquen a ellos las castañas del fuego”.

proposiciones de Londres depende mucho más de Hitler que de Stalin. Si por fin Hitler responde a las insinuaciones diplomáticas de Moscú, Chamberlain será desairado. Si Hitler vacila o parece vacilar, el Kremlin hará todo lo que está en sus manos para prolongar las negociaciones. Stalin firmará un tratado con Inglaterra sólo si se convence de que no puede lograr un acuerdo con Hitler.

Dimitrov, el secretario de la Comintern, cumpliendo órdenes de Stalin, poco después del acuerdo de Múnich, anunció un calendario preciso de las próximas campañas de conquista de Hitler. Hungría sería sojuzgada en la primavera de 1939; *en el otoño del mismo año sería invadida Polonia*. Al año siguiente le tocaría a Yugoslavia. En el otoño de 1940 Hitler invadiría Rumania y Bulgaria. En la primavera de 1941 golpearía a Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suiza. Finalmente, en el otoño de 1941 Alemania intentaría iniciar su ofensiva contra la Unión Soviética.

Es posible que esta información (en forma menos precisa, por supuesto) haya sido obtenida por la inteligencia soviética. Pero también es posible que sea el producto de una pura especulación, con el objetivo de mostrar que Alemania piensa aplastar primero a sus vecinos occidentales y sólo después girar sus cañones contra la Unión Soviética. ¿En qué medida se guiará Hitler por el programa que expuso Dimitrov? En torno a este punto giran suposiciones y planes en las distintas capitales de Europa.

El primer capítulo del plan mundial de Hitler, la creación de una amplia base nacional y de un trampolín en Checoslovaquia, ya ha sido completado. La próxima etapa de la agresión germana puede tener dos variantes: una de ellas, un acuerdo inmediato con la URSS, de manera de tener las manos libres en el oeste y sudoeste; en ese caso, los planes referentes a Ucrania, el Cáucaso y los Urales entrarían en la tercera etapa del plan hitlerista. La otra, dar un inmediato golpe hacia el este, desmembrando a la Unión Soviética y asegurándose así la retaguardia oriental. En este otro caso, el ataque al oeste sería el tercer capítulo.

Una firme alianza con Moscú, en completo acuerdo con el espíritu de la tradición bismarkiana, no sólo significaría enormes beneficios económicos para Alemania, sino que también le permitiría desarrollar una activa política mundial. Sin embargo, desde el día de su acceso al poder, Hitler ha venido despreciando la mano tendida por Moscú. Tras haber aplastado a los “marxistas” alemanes, Hitler no podía, al principio de su gobierno, debilitar su posición interna con un acercamiento a los “marxistas” moscovitas. Pero más importantes eran las consideraciones de su política exterior. Para inducir a Inglaterra a cerrar los ojos ante el rearme ilegal de Alemania y las violaciones del Tratado de Versalles, Hitler tuvo que aparecer como el defensor de la cultura europea contra la barbarie bolchevique. Actualmente, ambos factores han perdido gran parte de su importancia. Dentro de Alemania, tras haberse deshonrado por capitular ante los nazis, los partidos socialdemócrata y comunista son en la actualidad una ínfima minoría. En Moscú, todo lo que queda del marxismo son algunos bustos de Marx.

El surgimiento de una nueva capa privilegiada en la URSS y el repudio a la política de la revolución internacional, reforzado por el exterminio en masa de los revolucionarios, redujo enormemente el temor que Moscú solía inspirar en el mundo capitalista. El volcán se ha extinguido, la lava se enfrió. Por supuesto, ahora y siempre, los estados capitalistas facilitarían de buena gana la restauración del capitalismo en la URSS. Pero ya no la consideran un foco revolucionario. No hay necesidad ya de contar con un líder dispuesto a emprender una cruzada contra el este. Hitler comprendió antes que otros el significado social de los juicios y las purgas de Moscú; al fin de cuentas, para él no es un secreto que ni Zinóviev, ni Kámenev, ni Ríkov, ni Bujarin, ni el mariscal Tujachevsky, ni las docenas y centenares de otros revolucionarios, estadistas, diplomáticos y generales *no* eran sus agentes.

La necesidad de Hitler de hipnotizar a Downing Street con la idea de una comunidad de intereses contra la URSS también ha desaparecido, pues recibió de Inglaterra más de lo que había esperado, posiblemente todo lo que podría recibir sin recurrir a las armas. Si, no obstante eso, no le hace concesiones al Kremlin, es, evidentemente, porque tiene miedo de la URSS. Con sus ciento setenta millones de habitantes, sus inagotables recursos naturales, sus indudables logros en materia industrial y el crecimiento de los medios de comunicación, la URSS (según piensa Hitler) invadiría inmediatamente Polonia, Rumania y los países bálticos, y golpearía con todo su peso las fronteras de Alemania ni bien el Tercer Reich se viera envuelto en una lucha por la nueva división del mundo. Para posesionarse de las colonias inglesas y francesas, Hitler debe asegurarse primero su retaguardia, y está meditando sobre la posibilidad de una guerra preventiva contra la URSS.

Cierto es que el alto mando alemán conoce bien, por su pasada experiencia, las dificultades que supone ocupar Rusia o aun sólo Ucrania. Sin embargo, Hitler cuenta con la inestabilidad del régimen de Stalin. Piensa que unas cuantas derrotas importantes del Ejército Rojo bastarán para derribar al gobierno del Kremlin. Y como no hay fuerzas organizadas en el país, y los emigrados blancos son completamente ajenos al pueblo, después de la caída de Stalin reinaría el caos durante largo tiempo, lo que podría utilizarse, por un lado, para el saqueo económico directo (apoderarse de las reservas de oro, trasladar todo tipo de materias primas, etcétera) y, por el otro, para golpear hacia el oeste. Las permanentes relaciones comerciales entre Alemania y la URSS (hoy se habla nuevamente de la llegada a Moscú de una delegación de industriales de Berlín) no significan por sí mismas que estemos ante un largo período de paz. En el mejor de los casos, quiere decir que la fecha de la guerra aún no ha sido decidida. Los créditos por unos pocos cientos de millones de marcos no pueden posponer la guerra ni siquiera por una hora, pues lo que está en juego no son cientos de millones sino decenas de billones, la conquista de países y continentes enteros, un nuevo reparto del mundo. Los créditos perdidos se cargarán en la cuenta de los gastos menores en que incurre toda gran empresa. Al mismo tiempo, la oferta de nuevos créditos poco antes de empezar una guerra mundial no sería una mala forma de despistar al adversario. De todos modos, es precisamente ahora, en el momento crítico de las conversaciones anglo-soviéticas, cuando Hitler decidirá hacia dónde va a dirigir su agresión. ¿Al este o al oeste?

#### *El futuro de las alianzas militares*

Distinguir entre el “segundo” y el “tercer” capítulo de la inminente expansión alemana puede parecer un ejercicio pedante: una renovación de la Triple Entente privaría a Hitler de la oportunidad de llevar a cabo sus planes en etapas y de alternar sus golpes, porque, al margen del lugar en que comience el conflicto, se extendería inmediatamente a todas las fronteras alemanas. No obstante, esa idea sólo en parte es verdadera.

Alemania ocupa una posición central en relación con sus futuros enemigos; puede maniobrar lanzando sus reservas a lo largo de sus líneas operativas internas en las direcciones más importantes. En la medida en que la iniciativa de las operaciones militares provenga de Alemania (y al comienzo de la contienda le corresponderá sin duda) seleccionará, en el momento dado, al principal enemigo a quien enfrentar, tratando como secundarios a los otros frentes. La unidad entre Gran Bretaña, Francia y la URSS podría, por cierto, limitar considerablemente la libertad de acción del alto mando alemán, y para eso, por supuesto, se requeriría una alianza tripartita. Pero esa unidad de acción debe realizarse en los hechos. Mientras tanto, la tensa lucha que se desarrolla por los términos del pacto ya ha mostrado en qué medida cada uno de los participantes se está esforzando por preservar su propia libertad de acción a expensas de su futuro aliado. Si en el momento

de peligro uno u otro miembro de la nueva Triple Entente considerase más oportuno hacerse a un lado, Hitler estaría totalmente dispuesto a proporcionarle la base jurídica para deshacer el pacto. Para ello bastaría con ocultar el estallido de la guerra tras maniobras diplomáticas que hicieran muy difícil determinar el “agresor”, al menos desde el punto de vista del miembro de la Triple Entente interesado en oscurecer las cosas. Pero incluso, fuera de este caso extremo de abierta “traición”, queda el problema de en qué medida el pacto sería respetado. Si Alemania ataca en el Oeste, Gran Bretaña acudirá inmediatamente en ayuda de Francia con todas sus fuerzas porque, allí y entonces, su propia suerte estará en juego.

No obstante, la situación sería completamente distinta si Alemania volcara sus fuerzas principales hacia el este. Por supuesto, Gran Bretaña y Francia no estarían interesadas en una victoria decisiva de Alemania sobre la URSS, pero no tendrían nada que objetar si ambos países se debilitasen mutuamente. En vista de la probable resistencia de Polonia y Rumania, de las inmensas distancias y de las grandes masas de población, las tareas de Hitler en el este son tan enormes que incluso si el curso de las operaciones lo favoreciese, demandarían muchísimas fuerzas y un tiempo considerable.

Durante este primer período, que los acontecimientos pueden alargar o acortar, Gran Bretaña y Francia disfrutarían de una relativa comodidad para movilizarse, embarcar tropas británicas a través del Canal, concentrar fuerzas y elegir el momento apropiado, dejando que el Ejército Rojo soporte la embestida del ataque alemán. Si entonces la URSS se encontrara en una situación difícil, los aliados podrían plantear nuevos términos para otorgar su ayuda, que al Kremlin le podría resultar arduo rechazar. Stalin no estaba equivocado cuando dijo, en el congreso partidario, que Gran Bretaña y Francia tenían interés en provocar una guerra entre Alemania y la Unión Soviética, de manera de aparecer en escena como árbitros, a último momento, con fuerzas frescas.

Pero también es cierto que, si Hitler distrae la atención haciendo bulla por Danzig y luego ataca hacia el oeste, Moscú querrá sacar plena ventaja de su posición<sup>41</sup>. A la fuerza, los estados fronterizos la ayudarán a hacerlo. Un ataque directo de Hitler a Polonia despertaría, por supuesto, rápidas sospechas en la URSS, y el propio gobierno de Varsovia llamaría en su ayuda al Ejército Rojo. En cambio, si Hitler marchara hacia el oeste o hacia el sur, Polonia y también Rumania, con el tácito acuerdo del Kremlin, se opondrían con todas sus fuerzas a la entrada del Ejército Rojo en sus territorios. De este modo, Francia soportaría el peso principal del golpe alemán. Moscú esperaría haciéndose a un lado. Sin embargo, precisamente porque el nuevo pacto puede formularse en el papel, la Triple Entente no sólo permanecería como una alianza militar, sino también como un triángulo de intereses antagónicos. Las sospechas de Moscú son totalmente naturales desde el momento en que nunca logrará oponer a Francia contra Gran Bretaña; pero estos países siempre encontrarán un idioma común para ejercer una presión conjunta sobre Moscú. Hitler puede aprovecharse ventajosamente del antagonismo existente entre los propios aliados.

Pero no por mucho tiempo. También en el bando totalitario estallarán las contradicciones, un poco después quizás, pero con más violencia. Incluso, dejando de lado al distante Tokio, el “eje” Berlín-Roma sólo parece firme y seguro porque Berlín pesa mucho más que Roma y ésta se halla subordinada directamente a aquél. Esta circunstancia, indudablemente, produce una concordia mayor y una acción más rápida,

---

<sup>41</sup> Alemania exigía la devolución de la ciudad libre polaca de Gdansk (Danzig) y de una franja de tierra que atravesaba Polonia y unía la Alemania propiamente dicha con Prusia Oriental. Este fue el pretexto para la invasión de Polonia en setiembre de 1939. En realidad, Hitler golpeó en Oriente (Polonia) antes de hacerlo en Occidente (Francia), pero desvaneció los temores de la Unión Soviética al concluir antes con ella un pacto de no agresión.

pero sólo dentro de ciertos límites. Los tres integrantes de este bando se distinguen por sus pretensiones extremas y sus apetitos mundiales entrarán en violento conflicto antes de llegar a saciarse. Ningún “eje” resistirá el peso de la futura guerra.

Lo dicho no niega, por supuesto, ninguna significación a todos los tratados y alianzas internacionales que de una manera u otra determinarán la posición inicial de los estados en la próxima contienda. Pero esta significación es muy limitada. Una vez que se desate, la guerra desbordará rápidamente el marco de los acuerdos diplomáticos, los planes económicos y los cálculos militares. Un paraguas es útil como protección contra la lluvia londinense, pero no puede proteger contra un ciclón. Antes de reducir a ruinas una parte substancial de nuestro planeta, el ciclón destrozará no pocos paraguas diplomáticos. Las “sagradas” obligaciones de los tratados aparecerán como fútiles supersticiones cuando se comience a escribir en medio de nubes de gas venenoso. *Sauve qui peut* [sálvese quien pueda] será la consigna de los gobiernos, las naciones y las clases. Los tratados no resultarán más estables que los gobiernos que los firmaron. La oligarquía moscovita, de todos modos, no sobrevivirá a la guerra que tan profundamente teme. La caída de Stalin, no obstante, no salvará a Hitler, quien con la infalibilidad de un sonámbulo va siendo arrastrado a la mayor catástrofe de la historia. Si los demás protagonistas de este sangriento juego se aprovecharán de ello es otra cuestión.

## ***El Kremlin en la política mundial***

(1 de julio de 1939)

Moscú es invitado, Moscú es halagado, a Moscú se le implora que se una al “frente de paz” y se disponga a la defensa del statu quo. Moscú, en principio, hace mucho que aceptó, pero ahora duda de que las democracias capitalistas estén dispuestas a luchar con la energía necesaria por el orden existente. Esta paradójica redistribución de roles demuestra que algo ha cambiado bajo el sol, no tanto sobre el Támesis y el Sena como sobre el río Moscova. Como ocurre siempre en los procesos de carácter orgánico, los cambios fueron madurando gradualmente. Sin embargo, bajo la influencia de un gran impacto histórico, aparecen de golpe, y ésa es, precisamente, la razón por la cual impactan al pensamiento.

En los últimos quince años, la política exterior soviética sufrió tantos cambios como el propio régimen interno. El bolchevismo declaró, en agosto de 1914, que las fronteras de los estados capitalistas, con sus aduanas, ejércitos y guerras, obstaculizaban el desarrollo de la economía mundial, de la misma manera que las aduanas provinciales de la Edad Media eran una traba para la formación de las naciones. El bolchevismo comprendió su misión histórica de abolir las fronteras nacionales en nombre de los estados unidos soviéticos de Europa y del mundo. En noviembre de 1917, el gobierno bolchevique comenzó una lucha implacable contra todos los estados burgueses, independientemente de su sistema político. No porque Lenin no le asignara, en general, importancia a la diferencia entre la dictadura militar y la democracia parlamentaria, sino porque en su opinión la política exterior de un estado no está determinada por su organización política sino por los intereses materiales de la clase dominante. Al mismo tiempo, el Kremlin de esa época formuló una radical distinción entre naciones imperialistas, coloniales y semicoloniales y apoyó enteramente a las colonias contra las metrópolis, al margen, aquí también, de la forma política de cada una.

Es cierto que desde el comienzo el gobierno soviético, en su lucha por defenderse, no se abstuvo de utilizar las contradicciones entre los estados burgueses y concertar acuerdos temporarios con unos contra otros. Pero entonces se trataba de acuerdos de carácter limitado y específico, como por ejemplo con la derrotada y aislada Alemania, con países semicoloniales como Turquía y China, y finalmente con la Italia perjudicada en Versalles. La regla fundamental de la política del Kremlin era que ese acuerdo del gobierno soviético con un estado burgués no comprometía a la correspondiente sección nacional de la Internacional Comunista. Así, en los años posteriores al tratado de Rapallo<sup>42</sup> (abril de 1922), cuando se estableció una colaboración económica y

---

<sup>42</sup> Por el Tratado de Rapallo (abril de 1922) el gobierno alemán fue el primero del mundo que reconoció diplomáticamente a la URSS. Además, canceló todas las deudas de preguerra y todos los reclamos de guerra existentes entre ambos gobiernos. Se le acordó a Alemania, entonces sometida al Tratado de Versalles, el status de nación favorecida e importantes concesiones comerciales a cambio de ayuda tecnológica al joven gobierno soviético.

parcialmente militar entre Moscú y Berlín, el Partido Comunista Alemán movilizó abiertamente a las masas en una insurrección revolucionaria; y si no tuvo éxito en lograrla de ninguna manera se debió a que la diplomacia del Kremlin la obstruyera. El carácter revolucionario común a la política del gobierno soviético y de la Comintern excluía, por supuesto, en ese período la posibilidad de que la URSS participase en un sistema de estados interesados en la preservación del orden existente.

El temor por el papel revolucionario jugado por el Kremlin siguió vigente en las cancillerías de Europa y América mucho más tiempo que los principios revolucionarios en el propio Kremlin. En 1932, cuando la política exterior de Moscú estaba completamente impregnada de un espíritu de conservatismo nacional, el periódico semioficial francés, *Le Temps*, escribió con indignación acerca de “los gobiernos que imaginan que pueden, sin riesgo para ellos mismos, introducir a los sóviets en su juego contra otras potencias”. Una estrecha vecindad de Moscú amenaza con “la desintegración de las fuerzas nacionales”. En Asia, como en Europa, los sóviets “crean desorden, explotan la miseria, provocan el odio y el sentimiento de venganza, especulan desvergonzadamente con todas las rivalidades internacionales”. Francia, el país más interesado en mantener la paz de Versalles, aun seguía siendo el enemigo número uno del Kremlin. El segundo lugar lo ocupaba Gran Bretaña. Estados Unidos, por su lejanía, estaba en tercera fila. La llegada al poder de Hitler no cambió inmediatamente ese cuadro. A cualquier costo, el Kremlin quiso mantener con el Tercer Reich las relaciones que había establecido con los gobiernos de Ebert y Hindenburg,<sup>43</sup> y siguió su ruidosa campaña contra el Tratado de Versalles. Pero Hitler se negó obstinadamente a responder a estas actitudes. En 1935 se firmó la alianza franco-soviética, que no incluía sin embargo un convenio militar, algo así como un cuchillo sin hoja. Eden visitó Moscú, pero fue obligado a renunciar<sup>44</sup>. Mientras tanto, Europa asimiló la experiencia del acuerdo de Múnich. Muchas cancillerías y publicaciones semioficiales se vieron obligadas a cambiar de posición. El 12 de junio de ese año, cuando el señor Strang voló de Londres a Moscú, el mismo *Le Temps* escribió sobre la necesidad de “inducir a la Rusia Soviética a acelerar la conclusión de un pacto anglo-franco-soviético”. La proximidad de Moscú había dejado, aparentemente, de amenazar con la “desintegración de las fuerzas nacionales”.

La transformación del Kremlin de factor revolucionario de la política mundial en uno conservador no fue motivada, por supuesto, por un cambio de la situación internacional, sino por los procesos internos del propio país de los sóviets, donde había surgido, por sobre la revolución y el pueblo, una nueva capa social, muy privilegiada, muy poderosa, muy codiciosa, una capa que tenía algo que perder. Como hace muy poco que ha subyugado a las masas, la burocracia soviética no confía en ellas más de lo que les temen las otras clases dominantes del mundo. Las catástrofes internacionales nada le pueden brindar; más bien le pueden quitar mucho. Un levantamiento revolucionario en Alemania o Japón podría, cierto es, mejorar la situación internacional de la Unión Soviética; pero, en compensación, amenazaría con despertar las tradiciones revolucionarias dentro del país, con poner en movimiento a las masas y crear un peligro mortal para la oligarquía moscovita. La apasionada lucha que inesperadamente y, según parecía, sin móviles del exterior, se desarrollaba en Moscú acerca de la teoría de la

---

<sup>43</sup> Friedrich Ebert (1871-1925), dirigente del ala derecha de la socialdemocracia alemana. Como canciller, dirigió con Scheidemann el aplastamiento de la revolución alemana de 1918, ejecutando a Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht y otros revolucionarios alemanes. Presidió la República de Weimar desde 1919 hasta 1925.

<sup>44</sup> Anthony Eden (nacido en 1897), como secretario de estado de asuntos exteriores del gobierno de Chamberlain, siguió una política de acercamiento a la Unión Soviética. Se vio forzado a renunciar por diferencias con la política de apaciguamiento de Chamberlain que siguió a la Conferencia de Múnich. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial volvió al gabinete como secretario de asuntos exteriores.

“revolución permanente” apareció durante mucho tiempo ante los ojos del observador externo como una querrela escolástica; pero, en realidad, se sustenta en una profunda base material: la nueva capa dominante intentaba asegurarse teóricamente sus conquistas contra el riesgo de una revolución internacional. Precisamente en esa época la burocracia soviética comenzó a pensar que la cuestión social estaba resuelta, ya que la burocracia había resuelto su propia cuestión. Ese es el sentido de la teoría del “socialismo en un solo país”.<sup>45</sup>

Los gobiernos extranjeros sospecharon durante mucho tiempo que el Kremlin se escudaba tras fórmulas conservadoras para ocultar así sus planes destructivos. Tal “astucia militar” es posible, quizás, durante un corto lapso por parte de una persona aislada o de un grupo estrechamente cohesionado; pero resulta absolutamente inconcebible para una poderosa maquinaria estatal durante muchos años. La preparación de la revolución no constituye una alquimia que pueda desarrollarse en un sótano; está asegurada por el contenido de la agitación y de la propaganda, y por la dirección política general. Es imposible preparar al proletariado para derribar al sistema existente defendiendo el statu quo.

\*\*\*

La evolución de la política exterior del Kremlin determinó directamente la suerte de la Tercera Internacional, a la cual de partido de la revolución internacional se transformó gradualmente en un arma auxiliar de la diplomacia soviética. Al mismo tiempo, declinó el peso específico de la Comintern, como claramente se aprecia en los sucesivos cambios del elenco gobernante. En el primer período (1919-1923) la delegación rusa a la conducción de la Comintern estaba formada por Lenin, Trotsky, Zinóviev, Bujarin y Rádek. Después de la muerte de Lenin y de la eliminación de Trotsky y luego de Zinóviev de la dirección, ésta se concentró en manos de Bujarin bajo el control de Stalin, que hasta entonces había permanecido al margen del movimiento obrero internacional. Después de la caída de Bujarin, Molotov, que nunca se había preocupado por la teoría marxista, que no conocía ningún país ni idioma extranjero, se convirtió, inesperadamente para todos y para él mismo, en jefe de la Comintern. Pero al poco tiempo fue necesario que Molotov se desempeñara como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, reemplazando a Ríkov que había caído en desgracia. Manuilsky fue nombrado para dirigir al “proletariado mundial”, evidentemente sólo porque no servía para ninguna otra tarea. Manuilsky agotó rápidamente sus recursos y en 1934 lo reemplazó Dimitrov, un trabajador búlgaro no carente de audacia personal pero limitado e ignorante. La designación de Dimitrov fue utilizada para demostrar un cambio de política. El Kremlin decidió desechar el ritual de la revolución e intentar abiertamente conseguir la unidad con la Segunda Internacional, con la burocracia conservadora de los sindicatos y por su intermedio con la burguesía liberal. Se inauguró la era de la “seguridad colectiva” en nombre del statu quo y la del “frente popular” en nombre de la democracia.

Para la nueva política se necesitaban nuevas personas. A través de una serie de crisis internas, remociones, purgas o directamente el soborno, los distintos partidos nacionales se fueron adaptando gradualmente a las nuevas exigencias de la burocracia soviética. Todos los elementos inteligentes, independientes y críticos fueron expulsados. El propio Moscú dio el ejemplo con sus arrestos, juicios prefabricados e interminables ejecuciones. Después del asesinato de Kírov (1 de diciembre de 1934), varios cientos de

---

<sup>45</sup> En estas *Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS) (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales)* se pueden consultar, entre otras, las obras *La revolución permanente, La Internacional Comunista después de Lenin. Stalin, el gran organizador de derrotas (con nuevos anexos)* y *¿Socialismo en un solo país?*

comunistas extranjeros exiliados, que se habían convertido en una carga para el Kremlin, fueron exterminados en la URSS. A través de una ramificada organización de espionaje, se realizó una sistemática selección de funcionarios de carrera dispuestos a llevar a cabo cualquier tarea. Sea como fuere se consiguió el objetivo: el actual aparato de la Comintern está integrado por individuos que por su carácter y educación representan exactamente lo opuesto de lo que debe ser un revolucionario.

Para no perder influencia en determinados círculos obreros, la Comintern está obligada, seguramente, a recurrir de tiempo en tiempo a la demagogia. Pero no va más allá de ciertas frases radicales. Estos individuos no son capaces de ninguna lucha real, que requiere criterio independiente, integridad moral y confianza mutua. Ya en 1933 el Partido Comunista de Alemania, la sección más numerosa de la Comintern después de la de la URSS, fue impotente para resistir el golpe de estado de Hitler. Esta vergonzosa capitulación marcó para siempre el fin de la Comintern como factor revolucionario. Desde entonces, considera su principal tarea convencer de su respetabilidad a la opinión pública burguesa. En el Kremlin, mejor que en ninguna otra parte, se conoce el precio de la Comintern. Se conducen hacia los partidos comunistas extranjeros como si fueran parientes pobres, que no son precisamente bienvenidos y que, además, son codiciosos. Stalin bautizó a la Comintern como la “falsa unión”. No obstante, si sigue manteniendo estas “falsas uniones” es por la misma razón que lleva a otros estados a mantener ministerios de propaganda. Esto no tiene nada que ver con las tareas de la revolución internacional.

Unos pocos ejemplos demostrarán mejor cómo el Kremlin utiliza a la Comintern, por un lado, para mantener su prestigio ante las masas; por el otro, para demostrar su moderación a las clases dominantes. Además, la primera de esas tareas queda cada vez más atrás de la última.

Durante la Revolución china de 1927, todos los periódicos conservadores del mundo, particularmente los ingleses, describieron al Kremlin como un incendiario. En realidad, el Kremlin temía más que nadie que las masas revolucionarias chinas traspasaran los límites de la revolución nacional burguesa. La sección china de la Comintern se subordinó, siguiendo el categórico mandato de Moscú, a la disciplina del Kuomintang, con el fin de impedir así cualquier sospecha sobre las intenciones del Kremlin de sacudir las bases de la propiedad privada en China. Stalin, Molotov, Voroshílov, y Kalinin cablegrafiaron instrucciones a los dirigentes del Partido Comunista Chino para que contuvieran la ocupación de las grandes propiedades por parte de los campesinos a fin de no asustar a Chiang Kai-shek y sus oficiales<sup>46</sup>. La misma política se ejecuta actualmente en China, durante la guerra con Japón, de una manera mucho más decisiva: el Partido Comunista Chino está completamente subordinado al gobierno de Chiang Kai-shek y por orden del Kremlin reemplazó oficialmente las enseñanzas de Marx por las de Sun Yat-sen, fundador de la República China.

La tarea fue mucho más difícil en Polonia, con sus viejas tradiciones revolucionarias y su fuerte partido comunista, que había pasado por la escuela de la ilegalidad zarista. Como buscaba la amistad del gobierno de Varsovia, Moscú prohibió primero que se lanzara la consigna de autodeterminación de los ucranianos polacos; luego, ordenó al Partido Comunista Polaco que sostuviera patrióticamente a su gobierno. Como encontró resistencia, Moscú disolvió al partido comunista, declarando que sus dirigentes, viejos y conocidos revolucionarios, eran agentes del fascismo. Durante su reciente visita a Varsovia, Potemkin, vicecomisario del pueblo para las relaciones

---

<sup>46</sup> Ver también en nuestras [OELT-EIS: Problemas de la revolución china](#) y [La revolución china y las tesis del camarada Stalin](#).

exteriores, aseguró al coronel Beck<sup>47</sup> que la Comintern nunca reanudará su tarea en Polonia. Lo mismo prometió Potemkin en Bucarest. La sección turca de la Comintern fue liquidada incluso antes para no enfriar la amistad con Kemal Pasha.

La política de los “frentes populares” llevada a cabo por Moscú significó en Francia la subordinación del partido comunista al control de los radical-socialistas, quienes, no obstante su nombre, son un partido burgués conservador. Durante el tempestuoso movimiento huelguístico de junio de 1936, con la ocupación de talleres y fábricas, la sección francesa de la Comintern actuó como un partido del orden democrático; es a ella a quien la Tercera República le debe en gran medida el haber impedido que el movimiento adquiriese formas abiertamente revolucionarias. En Inglaterra, donde, si la guerra no interfiere, se puede esperar que los tories sean suplantados en el poder por el Partido Laborista, la Comintern lleva a cabo una constante propaganda a favor de un bloque con los liberales<sup>48</sup>, pese a la obstinada oposición de los laboristas. El Kremlin teme que un gobierno puramente obrero, a pesar de su moderación, estimule exigencias extraordinarias de las masas, provoque una crisis social, debilite a Inglaterra y desate las manos a Hitler. De allí la aspiración de colocar al Partido Laborista bajo el control de la burguesía liberal. ¡Por paradójico que parezca, la preocupación actual del gobierno de Moscú es la protección de la propiedad privada en Inglaterra!

Es difícil imaginar una fábula más necia que las referencias que hacen Hitler y Mussolini a los acontecimientos españoles como prueba de la intervención revolucionaria de la Unión Soviética. La revolución española, que estalló al margen de Moscú e inesperadamente para éste, exhibió pronto la tendencia a adquirir un carácter socialista. Moscú temía por sobre todo que las molestias a la propiedad privada en la península Ibérica acercasen a Londres y París a Berlín contra la URSS. Después de algunas vacilaciones, el Kremlin intervino en los acontecimientos con el fin de contener la revolución dentro de los límites del régimen burgués.

Todas las acciones de los agentes de Moscú en España estuvieron orientadas a paralizar cualquier movimiento independiente de los obreros y campesinos, y a reconciliar a la burguesía con una república moderada. El partido comunista español se ubicó en el ala derecha del frente popular. El 21 de diciembre de 1936, Stalin, Molotov y Voroshílov, en carta confidencial a Largo Caballero, recomendaban insistentemente al premier español de esa época que no fuera afectada la propiedad privada, que se dieran garantías al capital extranjero contra las violaciones de la libertad de comercio y que se mantuviera el sistema parlamentario sin tolerar el desarrollo de sóviets. Esta carta, recientemente comunicada a la prensa por Largo Caballero a través del exembajador español en París, L. Araquistain (*New York Times*, 4 de junio de 1939)<sup>49</sup>, resume de la mejor manera la posición conservadora del gobierno soviético ante la perspectiva de la revolución socialista.

Debemos, por lo demás, hacer justicia al Kremlin: la política no permanece en el reino de las palabras. La GPU llevó a cabo en España una despiadada represión contra el ala revolucionaria (“trotskystas”, poumistas, socialistas de izquierda, anarquistas de izquierda). Ahora, después de la derrota, las crueldades y fraudes de la GPU en España

---

<sup>47</sup> Coronel Jozef Beck (1894-1944), ministro polaco de relaciones exteriores desde 1932 a 1939.

<sup>48</sup> Los liberales ingleses eran una coalición de reformistas que rompieron con los whigs a mediados del siglo XIX.

<sup>49</sup> El *New York Times* publicó el texto completo de la carta traducido del francés y fotocopias de la primera y la última página. Lo acompañaba una entrevista con Luis Araquistain que atestiguaba la autenticidad de la carta. Araquistain (1866-1959), director del periódico *Claridad* del partido socialista español antes de ser embajador en Francia en septiembre de 1936.

son voluntariamente revelados por los políticos moderados, que en gran medida utilizaron el aparato policial moscovita para aplastar a sus adversarios revolucionarios.

Especialmente llamativo resulta el cambio de actitud del Kremlin hacia los pueblos coloniales, que para él han perdido todo interés especial, ya que no son los sujetos sino los objetos de la política mundial. En la última convención partidaria de Moscú (marzo de 1939), se proclamó oficialmente la negativa de la Comintern a exigir la libertad de las colonias de los países democráticos. Por el contrario, la Comintern les exigió sostener a sus amos contra las pretensiones fascistas. Con el fin de demostrar a Londres y a París el gran valor que tendría una alianza con el Kremlin, la Comintern agita en la India británica y en la Indochina francesa contra el peligro japonés, pero no contra la dominación de Francia e Inglaterra. “Los dirigentes estalinistas han dado un nuevo paso en el camino de la traición”, escribía el periódico obrero saigónés *La Lutte* el 7 de abril de este año. “Sacándose sus máscaras revolucionarias, se convirtieron en campeones del imperialismo y se expresan abiertamente contra la emancipación de los pueblos coloniales oprimidos.” Es importante recordar que, en las elecciones para la constitución del consejo colonial, los candidatos del partido representado por el diario citado obtuvieron más votos en Saigón que el bloque de los comunistas y el partido gubernamental. En las colonias, la autoridad de Moscú está declinando rápidamente.

Como factor revolucionario, la Comintern está muerta. Ninguna fuerza en el mundo podrá revivirla jamás. Si alguna vez el Kremlin dirige otra vez su política hacia la revolución, no encontrará los instrumentos necesarios. Pero el Kremlin no quiere eso y no puede quererlo.

\*\*\*

La triple alianza militar, que debe incluir un pacto de los estados mayores, no sólo supone una comunidad de intereses sino también un grado importante de confianza mutua. Se trata de la elaboración común de planes militares y del intercambio de la información más secreta. La purga en el comando soviético permanece aún en el recuerdo de todos. ¿Cómo pueden París y Londres convenir en confiar sus secretos al estado Mayor de la URSS, a cuya cabeza ayer mismo se encontraban “agentes extranjeros”? Si Stalin necesitó más de veinte años para descubrir que héroes nacionales como Tujachevsky, Yegorov, Gamarnik, Bluecher, Yakir, Uborevitch, Murálov, Mrajkovski, Dibenko y otros eran espías, ¿en qué puede uno basarse para esperar que los nuevos jefes militares, que son personas absolutamente oscuras y desconocidas, sean más seguros que sus predecesores? No obstante, a Londres y París estas cosas no les han afectado. No es sorprendente: los gobiernos interesados y sus estados mayores leyeron muy bien entre líneas los procesos de Moscú. En el juicio de marzo de 1938, el exembajador soviético en Inglaterra, Rakovsky, se declaró agente exclusivo del Intelligence Service. Sectores atrasados de obreros rusos o ingleses pueden creerlo. Pero no el Intelligence Service; éste conoce muy bien a sus agentes. Sobre la base de este solo hecho (y hay cientos como éste) no le fue difícil a Chamberlain decidirse en cuanto al valor relativo de las acusaciones formuladas contra el mariscal Tujachevsky y otros jefes militares. En Downing Street y en el Quai d’Orsay no hay románticos ni ingenuos soñadores. Allí saben con qué materiales se hace la historia. Mucha gente, por supuesto, frunce el ceño ante la mención de los monstruosos fraudes. Pero a la larga los juicios de Moscú, con sus fantásticas acusaciones y sus ejecuciones enteramente reales, reforzaron la confianza de estos círculos en el Kremlin como garantía de la ley y el derecho. La liquidación total de los héroes de la guerra civil y de todos los representantes de la joven generación ligados a ellos fue la prueba más convincente de que el Kremlin no pretendía utilizar artimañas, sino liquidar seria y definitivamente su pasado revolucionario.

Desde el momento en que se prepararon para acordar una alianza militar con el estado surgido en la revolución de octubre, Inglaterra y Francia pidieron en realidad la fidelidad del Kremlin ante Rumania, Polonia, Lituania, Estonia y Finlandia, ante todo el mundo capitalista. Y tienen razón. No existe el más mínimo peligro de que Moscú, como se había previsto hace muchos años, intente utilizar su participación en la política mundial para provocar la guerra: Moscú la teme más que a nada y que a nadie. Tampoco hay razón para que Moscú se aproveche del acercamiento a sus vecinos occidentales para derribar sus regímenes sociales. La revolución en Polonia y Rumania convertiría en realidad a Hitler en un cruzado de la Europa capitalista del este. Este peligro, para la conciencia del Kremlin, es una pesadilla. Si el mismo hecho del ingreso de las tropas rojas en Polonia, independientemente de cualquier plan, impulsara, a pesar de todo, al movimiento revolucionario (y las condiciones internas de Polonia y Rumania son bastante favorables para que ello ocurra) el Ejército Rojo, podemos predecirlo con certeza, jugará el papel de conquistador. El Kremlin se cuidaría de antemano de destinar las tropas de mayor confianza a Polonia y Rumania. Si no obstante fueran sorprendidas por el movimiento revolucionario, ello amenazaría al Kremlin con los mismos peligros que el Belvedere. Hay que carecer de toda imaginación histórica para admitir, aunque sea por un instante, que en el caso de una victoria revolucionaria en Polonia o Alemania las masas soviéticas soportarían pacientemente la terrible opresión de la burocracia soviética. El Kremlin no quiere guerra ni revolución; quiere orden, tranquilidad, el statu quo a cualquier costo. ¡Es hora de ir acostumbrándose a la idea de que el Kremlin se convirtió en un factor conservador en la política mundial!

## ***Estados Unidos participará en la guerra***

(1 de octubre de 1939)

La política del Kremlin, llena de sorpresas incluso para sus observadores más asiduos, surge en realidad de la estimación tradicional en el Kremlin de las relaciones internacionales, que podríamos formular aproximadamente de la siguiente manera:

Hace mucho tiempo que la importancia económica de Francia y de Gran Bretaña dejó de corresponder a las dimensiones de sus posesiones coloniales. Una nueva guerra bastaría para derrocar esos imperios. (No es casual, dicen en el Kremlin, que ese bonito oportunista, Mohandas K. Gandhi, ya haya elevado la demanda de independencia para la India. Esto es sólo el comienzo.) Atarse al destino de Gran Bretaña y Francia, si estados Unidos no está tras de ellas, es condenarse de antemano.

Las “operaciones” en el frente occidental durante el primer mes de guerra sólo consiguieron consolidar la evaluación de Moscú. Francia y Gran Bretaña deciden no violar la neutralidad de Bélgica y Suiza (su violación es absolutamente inevitable en caso de que se desate verdaderamente la guerra) ni atacan seriamente la línea Sigfrido. Aparentemente, no tienen la menor intención de entrar en la guerra sin contar de antemano con la garantía de que estados Unidos no permitirá su derrota.

Moscú piensa, en consecuencia, que la confusa e indecisa dirección actual de las operaciones por Francia y Gran Bretaña es una especie de huelga militar de brazos caídos contra estados Unidos, no una guerra contra Alemania.

En estas condiciones, al pacto de agosto entre Stalin y Hitler se agregó el complemento inevitable del acuerdo de septiembre<sup>50</sup>. El significado real de las fórmulas algebraicas del nuevo instrumento diplomático se aclarará en el transcurso de la guerra, durante las próximas semanas.

Es muy improbable que Moscú intervenga ahora junto a Hitler contra los imperios coloniales. Stalin entró al tan impopular bloque con Hitler sólo para salvar al Kremlin de los riesgos y perturbaciones de la guerra. Después, se vio involucrado en una pequeña guerra para poder justificar su bloque con Hitler. Moscú tratará, también, de meterse en las grietas de la gran guerra para lograr alguna nueva conquista en el Mar Báltico y los Balcanes.

Es necesario, sin embargo, considerar estas conquistas provinciales en la perspectiva de la guerra mundial. Si Stalin quiere conservar las nuevas provincias, tarde o temprano se verá obligado a arriesgar su poder. Toda su política está orientada hacia la postergación de este momento.

Pero si bien es difícil suponer una cooperación militar directa entre Moscú y Berlín en el frente occidental, sería una ceguera total subestimar el apoyo económico que la Unión Soviética, con ayuda de la tecnología alemana, particularmente en lo que hace a

---

<sup>50</sup> El acuerdo de septiembre entre Stalin y Hitler estipulaba que Alemania reconocería a Polonia Oriental como territorio ruso.

los medios de transporte, puede brindar al ejército alemán. Por cierto, no se anularán las consecuencias del bloqueo anglo-francés, pero se debilitarán considerablemente.

El pacto germano-soviético tendrá, en estas condiciones, dos consecuencias. Prolongará la duración de la guerra y acercará el momento de la intervención de estados Unidos.

En sí misma esta intervención es absolutamente inevitable. Londres quería creer, pese a la evidencia, que las ambiciones de Hitler no irían más allá del Danubio y esperaba que Inglaterra quedaría fuera de la cuestión. De manera similar, algunos norteamericanos pretendían apartarse tras una pantalla aisladora de la insania puramente “europea”. Sus esperanzas son vanas. Es un problema de lucha por la dominación del mundo, y Norteamérica no podrá quedar al margen.

La intervención de estados Unidos, que podría cambiar no sólo la orientación de Moscú sino también la de Roma, es, sin embargo, sólo una melodía del futuro. Los empíricos del Kremlin tienen los pies bien puestos sobre el presente. No creen en el triunfo de Gran Bretaña y Francia y en consecuencia se adhieren a Alemania.

Para comprender la política soviética con todos sus giros inesperados es necesario rechazar, sobre todo, la absurda idea de que Stalin quiere promover la revolución internacional a través de la guerra. Si éste fuera el objetivo del Kremlin, ¿cómo podría sacrificar su influencia sobre la clase obrera internacional por la ocupación de algunos territorios fronterizos?

El destino de la revolución no se decidirá en Galizia, ni en Estonia, ni en Letonia, ni en Besarabia. Se decidirá en Alemania, pero allí Stalin apoya a Hitler. Se decidirá en Francia y Gran Bretaña, pero allí Stalin asestó un golpe mortal a los partidos comunistas. Y el Partido Comunista de estados Unidos no podrá resistir mucho tiempo las consecuencias del pacto de septiembre. Polonia se reconstruirá; la Internacional Comunista no.

En realidad, no hay actualmente gobierno en Europa o en todo el mundo que tema más la revolución que la casta privilegiada que domina la Unión Soviética. El Kremlin no se considera estable y las revoluciones son contagiosas. Precisamente porque el Kremlin teme la revolución teme la guerra, que conduce a la revolución.

Es cierto que en las regiones ocupadas el Kremlin tiende a expropiar a los grandes propietarios. Pero esto no es una revolución sino una reforma administrativa que se realiza con el designio de extender el régimen de la URSS a los nuevos territorios. Mañana, en las regiones “liberadas”, el Kremlin aplastará despiadadamente a los obreros y campesinos para someterlos a la burocracia totalitaria. Hitler no teme que se haga esta clase de “revolución” en sus fronteras y, desde su punto de vista, tiene toda la razón.

Para volcar uno contra el otro a los recientes amigos, la propaganda anglo-francesa hace todos los esfuerzos posibles por presentar a Hitler como un verdadero instrumento en manos de Stalin. Eso está en contra de todo sentido común. En el pacto de septiembre, tanto como en el de agosto, Hitler es la parte activa. Stalin juega un rol subordinado, se adapta, marcha al ritmo de Hitler y no traspasa los límites de lo que se ve constreñido a hacer si no quiere romper con Hitler. La política de Hitler es ofensiva, de perspectivas mucho más amplias. La política de Stalin es defensiva y provincialista. Hitler quiere abrir una extensa brecha en el imperio británico y preparar las bases para la guerra con estados Unidos. Stalin lo apoya con el fin de alejarlo de Oriente. En cada etapa de su plan Hitler sabrá muy bien cómo formarse un nuevo sistema de “amistades”. En agosto se aseguró la neutralidad y la cooperación económica de Stalin para el ataque a Polonia. En septiembre convirtió a Stalin en socio interesado de su empresa contra Francia y Gran Bretaña. La mitad de Polonia no es un precio demasiado alto. En cualquier caso, si Hitler pierde la

guerra perderá Polonia. Si gracias a Stalin sale victorioso, pondrá otra vez en su agenda todas las cuestiones de oriente.

Dada la dificultad, si no la imposibilidad, que tiene Alemania de sostener una guerra prolongada, Hitler quiere sustituirla por una serie de golpes rápidos. Hoy Hitler nuevamente necesita un respiro. Stalin, igual que antes, necesita la paz. De aquí el celo de Stalin por ayudar a Hitler a obtener de Francia e Inglaterra una capitulación sin lucha. Por cierto, la firma de la paz en el frente occidental le dejaría a Hitler las manos libres contra la URSS. Si pese a todo Stalin se asoció con él en su “ofensiva de paz” es porque su política es netamente coyuntural. Stalin es un táctico, no un estratega. Para colmo, luego de la partición de Polonia perdió su libertad de acción.

Para hacer cambiar de política al Kremlin queda un solo camino, aunque muy seguro. Es necesario asestarle tal golpe a Hitler que Stalin deje de temerle. En este sentido se puede decir que la clave más importante de la política del Kremlin está ahora en Washington.

## ***Los astros gemelos: Hitler-Stalin***

(4 de diciembre de 1939)

Cuando Hitler, con la velocidad del rayo, invadió Polonia por occidente, Stalin cautamente se deslizó en Polonia por oriente. Cuando Hitler, después de someter a veintitrés millones de polacos, propuso terminar la guerra “inútil”, Stalin, a través de sus canales diplomáticos y su Comintern ensalzó las ventajas de la paz. Cuando Stalin ocupó posiciones estratégicas en el Báltico, Hitler apresuradamente transfirió a sus alemanes a cualquier otro lado. Cuando Stalin atacó Finlandia la prensa de Hitler fue la única en todo el mundo que proclamó su solidaridad total con el Kremlin. Las órbitas de Stalin y Hitler están ligadas por una especie de atracción interna. ¿Qué clase de atracción? ¿Cuánto durará?

Los astros gemelos son “ópticos”, es decir, aparentes o “físicos”, gemelos verdaderos que conforman un par en el que un astro gira alrededor del otro. ¿Son Hitler y Stalin astros verdaderos o aparentes en el sangriento firmamento actual de la política mundial? Y si son gemelos verdaderos, ¿quién gira alrededor de quién?

El mismo Hitler habla con reservas del persistente pacto “realista”. Stalin prefiere fumar su pipa en silencio. Los políticos y periodistas del bando hostil, con el fin de fomentar la enemistad entre ellos, presentan a Stalin como la estrella principal y a Hitler como su satélite. Tratemos de analizar esta cuestión, de ninguna manera simple, sin olvidarnos de que la órbita de la política mundial no puede determinarse con tanta precisión como la de los cuerpos celestiales.

Surgida mucho después que las potencias occidentales, la Alemania capitalista construyó la industria más avanzada y dinámica del continente europeo; pero había sido derrotada en la anterior división del mundo. “Lo dividiremos de nuevo”, proclamaron los imperialistas alemanes en 1914. Se equivocaron. La aristocracia mundial se unió contra ellos y triunfó. Ahora Hitler ansía repetir el experimento de 1914 en una escala más grandiosa. No puede evitar este anhelo, el capitalismo alemán se sofoca dentro de los confines de sus fronteras. Sin embargo, el problema de Hitler es insoluble. Incluso si gana la guerra no puede redividirse el mundo en favor de Alemania. Esta llegó demasiado tarde. El capitalismo se ahoga en todas partes. Las colonias ya no quieren ser colonias. La nueva guerra mundial dará un tremendo y vigorizador impulso al movimiento por la independencia de las naciones oprimidas.

Hitler anuda “amistades”, cambia la caracterización de las naciones y los gobiernos, rompe acuerdos y alianzas, engaña a amigos y enemigos, todo ello impulsado por un solo objetivo: la redivisión del mundo. “Alemania no es en el presente una potencia mundial”, escribió Hitler en su libro. Pero, “Alemania se transformará en una potencia mundial o dejará de existir”. Convertir a la Alemania unificada en una base para la dominación de Europa; convertir a la Europa unificada en una base de lucha por la dominación mundial, en consecuencia, para arrinconar, debilitar y reducir a estados Unidos; este objetivo sigue inmutable en Hitler. Es la justificación del régimen totalitario

que suprimió con mano de hierro las contradicciones de clase en el interior de la nación alemana.

Rasgos completamente contradictorios caracterizan a la URSS. La Rusia zarista dejó una herencia de miseria y atraso. La misión del régimen soviético no es asegurar áreas nuevas para el desarrollo de las fuerzas productivas, sino desarrollar las fuerzas productivas en las viejas áreas. Los objetivos económicos de la URSS no exigen la extensión de sus fronteras. El nivel de sus fuerzas productivas no le permite encarar una gran guerra. Su capacidad ofensiva no es considerable. Su capacidad defensiva está dada, sobre todo, por sus vastas superficies.

Después de los últimos “éxitos” del Kremlin se puso de moda comparar la política actual de Moscú con la política tradicional de Gran Bretaña. Esta, salvaguardando su neutralidad, mantenía el equilibrio de poderes en Europa y al mismo tiempo retenía en sus manos la clave de este equilibrio. Según esta teoría el Kremlin se puso del lado de Alemania, la potencia más débil, sólo para volcarse al campo enemigo en el caso de que los alemanes obtengan demasiados éxitos. En esta teoría se pone todo cabeza abajo. La política tradicional de Gran Bretaña fue posible debido a su tremenda preponderancia económica sobre los demás países europeos. La Unión Soviética, por el contrario, es la más débil de todas las grandes potencias en lo que respecta a la economía.

En el pasado mes de marzo, después de muchos años de extravagante charlatanería oficial, por primera vez Stalin habló, en el congreso del Partido Comunista Ruso, de la productividad del trabajo comparada entre la URSS y occidente. Esta incursión en la esfera de la estadística mundial tenía como objetivo explicar la pobreza en que todavía viven los pueblos de la URSS. Para alcanzar a Alemania en la producción de hierro en lingotes, la URSS, en relación a su población, tendría que producir cuarenta y cinco millones de toneladas por año en lugar de los quince millones actuales; para alcanzar a estados Unidos sería necesario elevar la producción anual de hierro en lingotes a sesenta millones de toneladas; es decir, cuadruplicarla. Lo mismo sucede, y mucho más desfavorablemente, en las demás industrias. Para concluir, Stalin expresó la esperanza de que la Unión Soviética alcanzará a los países capitalistas avanzados en los próximos diez o quince años. Naturalmente, el límite de tiempo es cuestionable. Pero si la URSS se ve involucrada en una gran guerra antes del fin de este período tendrá que luchar, de cualquier manera, en desigualdad de condiciones.

El factor subjetivo, no menos importante que el material, se ha deteriorado señaladamente en los últimos años. Se erradicó y difamó la tendencia a la igualdad socialista proclamada por la revolución. En la URSS hay de doce a quince millones de individuos privilegiados que concentran en sus manos alrededor de la mitad de la renta nacional y llaman “socialismo” a este régimen. Por otra parte, hay aproximadamente ciento sesenta millones de personas oprimidas por la burocracia y que son presa de la más horrorosa pobreza.

Las relaciones de Hitler y Stalin con la guerra son totalmente opuestas. El régimen totalitario de Hitler surgió del terror de las clases poseedoras de Alemania ante la revolución socialista. Hitler recibió de los propietarios el mandato de salvar su propiedad de la amenaza del bolchevismo a cualquier precio y de abrirles el camino a la dominación del mundo. El régimen totalitario de Stalin surgió del gran terror del pueblo revolucionario estrangulado que siente la nueva casta de advenedizos de la revolución.

La guerra es peligrosa para ambos. Pero Hitler no tiene otros medios para cumplir su misión histórica. Una ofensiva de guerra victoriosa garantizaría el futuro económico del capitalismo alemán y, a la vez, del régimen nacionalsocialista.

Es distinta la situación de Stalin. No puede soportar una ofensiva de guerra con la menor esperanza de triunfo. En caso de que la URSS entre a la guerra, con las

innumerables víctimas y privaciones que ésta implica, el fraude del régimen oficial, sus desmanes y violencia, provocarán inevitablemente una profunda reacción por parte del pueblo que ya lleva realizadas tres revoluciones en lo que va del siglo: Nadie lo sabe mejor que Stalin. El pensamiento fundamental de su política exterior es escapar a una guerra importante.

Stalin impulsó la alianza con Hitler, para sorpresa de todos los rutinarios de la diplomacia y los imbéciles pacifistas, porque sólo de él podía provenir el peligro de una guerra y porque, según la evaluación del Kremlin, Alemania es más poderosa que sus posibles enemigos. Las prolongadas conferencias que se sostuvieron en Moscú con las delegaciones militares de Francia e Inglaterra el verano pasado sirvieron no sólo de camuflaje de las negociaciones con Hitler sino también de espionaje directo para obtener información militar. El estado mayor general de Moscú se convenció, evidentemente, de que los aliados estaban mal preparados para una gran guerra. Una Alemania completamente militarizada es un enemigo formidable; sólo se puede comprar su benevolencia cooperando con sus planes.

Fue esta conclusión lo que determinó la decisión de Stalin. La alianza con Hitler eliminó por el momento el peligro de que la URSS se vea involucrada en la guerra y abrió también la posibilidad de obtener ventajas estratégicas inmediatas. En el Lejano Oriente, Stalin se replegó una y otra vez durante muchos años para escapar de la guerra; en la frontera occidental las circunstancias fueron tales que pudieron escaparle corriendo... hacia adelante, no abandonando antiguas posiciones sino tomando otras nuevas.

La prensa aliada pinta la situación como si Hitler fuera el prisionero de Stalin y exagera los beneficios que obtuvo Moscú a expensas de Alemania: la mitad de Polonia (de acuerdo al número de habitantes alrededor de un tercio), el dominio de la costa oriental del Mar Báltico, una salida a los Balcanes, etcétera. Indudablemente las ventajas que logró Moscú son considerables. Pero todavía no se realizó la última rendición de cuentas. Hitler comenzó la guerra a escala mundial. Alemania emergerá de esta lucha dueña de Europa y de todas las colonias europeas o se irá a pique. Mantener a salvo en la guerra su flanco oriental es una cuestión de vida o muerte para Hitler. Le pagó al Kremlin con provincias del antiguo imperio zarista. ¿Fue un precio demasiado alto?

El argumento de que Stalin engañó a Hitler con su invasión a Polonia y su presión sobre los países bálticos es totalmente absurdo. Es mucho más probable que el mismo Hitler haya sugerido a Stalin que ocupe Polonia oriental y ponga las manos sobre los estados bálticos. En tanto el nacionalsocialismo fue producto de una cruzada contra la Unión Soviética, Stalin naturalmente no podía depender de la palabra de honor de Hitler. Las negociaciones se llevaron a cabo en un tono “realista”. Hitler le preguntó a Stalin: “¿Usted me tiene miedo? ¿Quiere garantías? Tómeselas”. Y Stalin se las tomó. Pintar las cosas como si la nueva frontera occidental de la URSS fuera una barrera permanente al avance de Hitler hacia el Oriente va más allá de toda proporción. Hitler resuelve sus objetivos por etapas. Ahora está a la orden del día el aplastamiento de Gran Bretaña. Para lograrlo se puede sacrificar cualquier cosa. La marcha hacia el este supone la guerra entre Alemania y la URSS. Cuando llegue el momento de la guerra, la cuestión de en qué meridiano comenzará ésta será de una importancia muy secundaria.

El ataque a Finlandia parece opuesto, a primera vista, al terror de Stalin a la guerra. Pero en realidad el asunto es distinto. Más allá de los proyectos la situación posee una lógica objetiva. Para escapar a la guerra Stalin hizo una alianza con Hitler. Para ponerse a salvo de Hitler ocupó una serie de bases en la costa báltica. Sin embargo, la resistencia de Finlandia amenazaba con reducir a cero estas ventajas estratégicas e incluso con convertirlas en su opuesto. ¿Quién le rendirá cuentas a Moscú si Helsinki se niega a hacerlo? Stalin llegó hasta la “A” y ahora se ve obligado a ir hasta la “B”. Y luego vienen

las otras letras del alfabeto. Que Stalin pretenda escaparle a la guerra no significa que la guerra le permita escapar.

Es obvio que Alemania empujó a Moscú contra Finlandia. Cada paso que da Moscú hacia occidente acerca el momento en que se verá involucrada en la guerra. Si se lograra este objetivo la situación mundial cambiaría considerablemente. El Cercano Oriente y el Medio Oriente se transformarían en escenario de la guerra. Inmediatamente surgiría la cuestión de la India. Hitler respiraría aliviado y, en caso de un giro desfavorable de los acontecimientos, tendría la posibilidad de concluir la paz a expensas de la Unión Soviética. A Moscú indudablemente le rechinaban los dientes al leer los amistosos artículos de la prensa alemana. Pero el rechinar de dientes no constituye un factor político. El pacto forzosamente persiste. Y Stalin sigue siendo el satélite de Hitler.

Las ventajas inmediatas que obtiene Moscú del pacto son indiscutibles. Mientras Alemania está ocupada en el frente occidental la Unión Soviética se siente mucho más libre en el Lejano Oriente. Ello no significa que allí se realizarán operaciones ofensivas. Es cierto que la oligarquía de Japón está en condiciones todavía peores que la de Moscú para librar una guerra. Sin embargo, obligada a enfrentarse a occidente, Moscú no puede tener el menor motivo para expandirse en Asia. Japón, por su parte, debe de estar considerando la perspectiva de una resistencia seria, incluso aniquiladora, por parte de la URSS. En estas condiciones Tokio debe preferir el programa de su armada: no encarar la ofensiva hacia el oeste sino hacia el sur, hacia Filipinas, Indias Orientales Holandesas, Borneo, Indochina francesa, Birmania británica... Un acuerdo sobre esta base entre Moscú y Tokio constituiría el complemento simétrico al pacto entre Moscú y Berlín. No queremos detenernos en este artículo en cómo influiría esto en la situación de estados Unidos.

Refiriéndose a la falta de materias primas en la misma Rusia, la prensa mundial insiste en la insignificancia de la ayuda económica que Stalin puede prestarle a Hitler. La cuestión, sin embargo, no es tan simple. La falta de materias primas en la URSS es relativa, no absoluta; la burocracia, al impulsar la aceleración del ritmo de desarrollo industrial, no puede mantener un equilibrio adecuado entre los distintos sectores de la economía. Si el ritmo de crecimiento de algunos sectores industriales se reduce en un año o dos de un quince a un diez o cinco por ciento, y más todavía si la producción industrial se mantiene en el nivel del año anterior, aparecerá inmediatamente un excedente significativo de materia prima. El bloqueo absoluto del comercio exterior alemán, por otra parte, inevitablemente derivará a Rusia una cantidad considerable de exportaciones de ese país a cambio de las materias primas soviéticas.

Más aun, no debe olvidarse que la URSS acumuló y sigue acumulando todavía inmensas reservas de materias primas y productos alimenticios teniendo en cuenta sus propósitos militares defensivos. Una parte significativa de estas reservas representa una fuente potencial de provisiones para Alemania. Además, Moscú puede proporcionarle oro a Hitler; el oro, pese a todos los esfuerzos por establecer una economía cerrada, sigue siendo un vaso comunicante importante durante la guerra. Finalmente, la amistosa neutralidad de Moscú facilita extraordinariamente a Alemania la explotación de los recursos de los países del Báltico, Escandinavia y los Balcanes. “Junto con la Rusia soviética [dice, no sin fundamento, el *Voelkischer Beobachter* (*El Observador del Pueblo*), el periódico de Hitler, el 2 de noviembre] dominamos las fuentes de materias primas y de productos alimenticios de todo el Este.”

Varios meses antes de la firma del pacto entre Moscú y Berlín, Londres le daba más importancia que ahora a la ayuda económica que la URSS le podía otorgar a Hitler. Una investigación semioficial conducida por el Instituto Real de Asuntos Internacionales sobre “los intereses políticos y estratégicos del Reino Unido” (la introducción data de

marzo de 1939) declara, en relación con la posibilidad de un acercamiento soviético-alemán: “El peligro que tal combinación entraña para Gran Bretaña puede ser muy grande. Es cuestionable [continúa el autor colectivo] que Gran Bretaña pueda lograr una victoria decisiva en cualquier lucha contra Alemania si no se puede bloquear por tierra la frontera oriental alemana.” Esta evaluación es digna de la atención más cuidadosa. No es una exageración afirmar que la alianza con la URSS disminuye la efectividad del bloqueo contra Alemania por lo menos en un veinticinco por ciento, y tal vez en una proporción considerablemente mayor.

Al apoyo material es necesario agregarle, si es que cabe la palabra, el apoyo moral. Hasta fines de agosto la Comintern exigía la liberación de Austria, Checoslovaquia, Albania, Abisinia, y no decía nada sobre las colonias británicas. Ahora la Comintern se calla acerca de Checoslovaquia, apoya la división de Polonia, pero exige la liberación de la India. El *Pravda* de Moscú ataca la supresión de las libertades, pero silencia las sangrientas ejecuciones hitleristas de checos y las torturas a los judíos polacos. Todo esto significa que el Kremlin todavía aprecia en mucho la fuerza de Alemania.

Y el Kremlin tiene razón. Es cierto que Alemania resultó incapaz de librar una guerra “relámpago” contra Francia y Gran Bretaña, pero ninguna persona seria creyó en esa posibilidad. Sin embargo, la propaganda internacional que trata de mostrar a Hitler como un lunático arrastrado a un callejón sin salida es extremadamente torpe. Hitler todavía está muy lejos de eso. Cuenta con una industria dinámica, genio tecnológico, espíritu de disciplina; la formidable maquinaria militar alemana todavía está por revelarse. Se juega el destino del país y del régimen.

El gobierno polaco y el semigobierno checoslovaco están ahora en Francia. ¿Quién sabe si el gobierno francés no tendrá que buscar refugio en Gran Bretaña junto con los de Bélgica, Holanda, Polonia y Checoslovaquia? No creo ni por un instante, como ya lo he dicho, en la concreción de los planes de Hitler de una *Pax Germanica*, es decir, su dominación del mundo. El imperialismo alemán llegó demasiado tarde; su furia militar acabará en una tremenda catástrofe. Pero antes de que ocurra esa catástrofe muchas cosas caerán en Europa. Stalin no quiere estar entre ellas. Sobre todo, se cuida de romper demasiado pronto con Hitler.

La prensa aliada busca síntomas de “frialdad” entre los nuevos amigos y todos los días predice una ruptura. Es imposible negar, por cierto, que Molotov no se siente demasiado feliz en brazos de Ribbentrop. Durante varios años en la URSS se anatematizó, persiguió y ejecutó a todos los opositores internos acusándolos de agentes de los nazis. Terminado este trabajo Stalin se unió a Hitler en una estrecha alianza. En todo el país hay millones de personas íntimamente ligadas a los que fueron ejecutados o internados en los campos de concentración a causa de una supuesta alianza con los nazis, y estos millones se han convertido ahora en agitadores contra Stalin, cautelosos, pero extremadamente efectivos. A esto es necesario agregarles las quejas encubiertas de la Comintern; los infortunados agentes extranjeros del Kremlin no se sienten demasiado cómodos. Indudablemente Stalin trata de dejar abierta la otra posibilidad.

Inesperadamente, Litvinov estuvo presente en la tribuna del mausoleo de Lenin el 7 de noviembre. En el desfile se llevaron retratos del secretario de la Comintern, Dimitrov, y de Thaelmann, dirigentes de los comunistas alemanes.

Todo esto, sin embargo, constituye el aspecto decorativo de la política, no su esencia. Litvinov y los retratos eran necesarios, sobre todo, para satisfacer a los obreros soviéticos y a la Comintern. Sólo indirectamente, por lo tanto, Stalin deja entrever a los aliados que en determinadas circunstancias puede cambiar de caballo. Pero únicamente los visionarios pueden imaginar que el Kremlin cambiará inmediatamente su política

exterior. Mientras Hitler siga siendo fuerte (y es muy fuerte) Stalin seguirá siendo su satélite.

Todo esto puede ser cierto, se dirá el lector atento, pero, ¿qué pasa con la revolución? ¿No reconoce el Kremlin su posibilidad, su probabilidad, incluso su inevitabilidad? ¿No se reflejan las especulaciones de Stalin sobre la revolución en su política exterior? La objeción es legítima. Moscú es la última en dudar de que una gran guerra provocará la revolución. Pero la guerra no comienza, termina con la revolución. Antes de estallar la revolución alemana de 1918 el ejército de ese país había asestado golpes mortales al zarismo. De la misma manera, la guerra actual puede aplastar a la burocracia del Kremlin mucho antes de que se haga la revolución en cualquier país capitalista. El Kremlin, tal como evaluamos nosotros su política exterior, resguarda con coherencia su poder, independientemente de cuál sea la perspectiva revolucionaria.

Sin embargo, para orientarse correctamente en las futuras maniobras de Moscú y en la evolución de sus relaciones con Berlín es necesario responder esta pregunta: ¿se propone el Kremlin utilizar la guerra en beneficio de la revolución mundial, y si es así, de qué manera? El 9 de noviembre Stalin consideró necesario rechazar, muy ásperamente, la suposición de que él desea “que la guerra se prolongue lo más posible, hasta que sus protagonistas queden completamente exhaustos”. Esta vez Stalin dijo la verdad. Son dos las razones por las que no desea en absoluto una guerra prolongada: primero, porque inevitablemente la URSS se vería arrastrada en la vorágine; segundo, porque inevitablemente estallarían la revolución en Europa. El Kremlin, con toda legitimidad, aborrece ambas perspectivas.

“El desarrollo interno de Rusia [declaran los investigadores del Instituto Real de Londres] tiende a producir una ‘burguesía’ de administradores y oficiales que poseen suficientes privilegios como para estar muy contentos con el *statu quo* [...] Se puede considerar las diferentes purgas como parte de un proceso de eliminación de todos los que desean cambiar la situación actual. Esa interpretación hace viable la idea de que se acabó el período revolucionario en Rusia, y de aquí en más sus gobernantes sólo tratarán de conservar las ventajas que les proporcionó la revolución.”

¡Realmente, muy bien planteado! Hace dos años yo escribía en *Liberty*: “Hitler lucha contra la alianza franco-soviética porque quiere tener las manos libres para establecer con Moscú un acuerdo contra París”. En ese momento se interpretaron estas palabras como una opinión prejuiciosa. Los acontecimientos las confirmaron.

Moscú se da cuenta perfectamente de que una guerra a gran escala traerá aparejada una era de inmensas repercusiones políticas y sociales. Si tuviera posibilidades reales de controlar el movimiento revolucionario y subordinarlo a sus propios intereses, Stalin naturalmente le daría la bienvenida. Pero entiende que la revolución es la antítesis de la burocracia y que barre despiadadamente con los aparatos privilegiados, conservadores.

¡Qué derrotas miserables sufrió la camarilla burocrática del Kremlin en la revolución china de 1925-1927 y en la revolución española de 1931-1939! En una nueva oleada revolucionaria surgiría inevitablemente una organización internacional que liquidaría la Comintern y daría un golpe mortal a la autoridad de la burocracia soviética dentro de la URSS.

La fracción estalinista llegó al poder en lucha contra el así llamado “trotskismo”. Hasta ahora todas las purgas, las farsas de juicios y las ejecuciones se llevaron a cabo bajo el pretexto de la lucha contra el “trotskismo”. Lo que Moscú expresa fundamentalmente con este rótulo es el temor que la nueva oligarquía siente por las masas. El rótulo de “trotskismo”, convencional en sí mismo, adquirió ya, sin embargo, carácter internacional. No puedo dejar de mencionar tres incidentes recientes porque son muy sintomáticos y a la vez revelan claramente el origen del temor del Kremlin a la revolución.

En el libro amarillo de Francia se transcribe una conversación mantenida entre el embajador francés, Couloudre, y Hitler el 25 de agosto, nueve días antes del rompimiento de relaciones diplomáticas. Hitler se exalta y se jacta del pacto que concluyó con Stalin: “no sólo un pacto teórico, diría yo, sino positivo. Creo que yo venceré, y ustedes creen que vencerán ustedes; pero lo que es seguro es que correrá sangre alemana y francesa”, etcétera. El embajador francés contesta: “Si yo realmente creyera que nosotros venceremos, también tendría el temor de que, como consecuencia de la guerra, haya un solo ganador, el señor Trotsky”. Interrumpiendo al embajador, Hitler gritó: “¿Por qué, entonces, le dan a Polonia un cheque en blanco?” El nombre personal, por supuesto, es aquí puramente convencional. Pero no es casual que tanto el embajador democrático como el dictador totalitario designen el espectro de la revolución con el nombre del hombre a quien el Kremlin considera su enemigo número uno. Ambos están de acuerdo, como si cayera por su propio peso, en que la revolución avanzará siguiendo una orientación hostil al Kremlin.

El ex corresponsal en Berlín del periódico francés semioficial *Temps*, que ahora está en Copenhague, informa en su cable del 24 de setiembre que elementos revolucionarios, amparándose en los oscurecimientos que se practican en Berlín, pegaron carteles en los barrios obreros con las siguientes consignas: “¡Abajo Hitler y Stalin! ¡Viva Trotsky!” De esta forma los obreros más valientes de Berlín expresan cómo ven el pacto. Y la revolución la harán los valientes, no los cobardes. Afortunadamente Stalin no tiene que ordenar oscurecimientos en Moscú. De otro modo las calles de la capital soviética estarían inundadas de consignas igualmente significativas.

En vísperas del aniversario de la independencia checa el protector Barón von Neurath<sup>51</sup> y el gobierno prohibieron severamente todas las manifestaciones: “La agitación laboral en Praga, particularmente la amenaza de una huelga, es atribuida oficialmente al trabajo de los ‘comunistas trotskystas’.” (New York Times, 28 de octubre.) No pretendo en absoluto exagerar el rol de los “trotskystas” en las manifestaciones de Praga. Pero el mismo hecho de que oficialmente se haya exagerado ese rol explica por qué los gobernantes del Kremlin temen la revolución no menos que Couloudre, Hitler y el Barón von Neurath.

Pero, ¿no son actos revolucionarios socialistas la soviétización de Ucrania occidental y la Rusia Blanca (Polonia oriental), igual que el intento actual de soviétizar Finlandia? Sí y no. Más no que sí. Cuando el Ejército Rojo ocupa una nueva provincia la burocracia soviética establece un régimen que garantiza su dominación. La población no tiene otra opción que la de votar sí en un plebiscito totalitario a las reformas ya efectuadas. Una “revolución” de este tipo es factible sólo en un territorio ocupado militarmente, con una población dispersa y atrasada. El nuevo jefe del “gobierno soviético” de Finlandia, Otto Kusinen, no es un dirigente de las masas revolucionarias sino un viejo funcionario estalinista, un secretario de la Comintern, de mentalidad rígida y espinazo flexible. Por cierto, el Kremlin puede aceptar esta “revolución”. Y Hitler no la teme.

El aparato de la Comintern, formado exclusivamente por Kusinens y Browders, es decir, por funcionarios trepadores, es absolutamente incapaz de dirigir un movimiento revolucionario de masas. Pero sirve para camuflar el pacto Stalin-Hitler con frases revolucionarias a fin de engañar a los obreros de la URSS y del extranjero. Y más tarde se lo podrá utilizar como arma para chantajear a las democracias imperialistas.

Es sorprendente qué poco se entendieron las lecciones los acontecimientos españoles. Para defenderse de Hitler y Mussolini, que intentaron utilizar la guerra civil

---

<sup>51</sup> Barón *Konstantin von Neurath* (1873-1956), ministro alemán de relaciones exteriores (1932-1938) y “protector” de Bohemia y Moravia (1939-1941). Fue condenado a quince años de prisión por el tribunal de crímenes de guerra de Nüremberg.

española a fin de construir un bloque de cuatro potencias contra el bolchevismo, Stalin se dio el objetivo de demostrar a Londres y París que él era capaz de eliminar la revolución proletaria de España y Europa con mucha más eficacia que Franco y sus guardaespaldas. Nadie estranguló más implacablemente en España al movimiento socialista que Stalin, en ese entonces un arcángel de la democracia pura. Se puso en movimiento toda la maquinaria: una campaña fraguada de mentiras y calumnias, falsificaciones legales al estilo de los juicios de Moscú, asesinato sistemático de dirigentes revolucionarios. La lucha contra el “trotskismo”, naturalmente, fue el estandarte que encabezó la lucha contra la toma de la tierra y las fábricas por los campesinos y los obreros.

La guerra civil española es digna del análisis más minucioso, ya que en algunos aspectos fue una especie de ensayo general de la incipiente guerra mundial. De cualquier manera, Stalin está muy dispuesto a repetir a escala mundial su actuación en España, con la esperanza de lograr más éxito esta vez en comprar la actitud amistosa de los futuros vencedores probándoles que no hay nadie mejor que él para espantar al espectro rojo al que, por simple conveniencia terminológica, se asignará nuevamente el rótulo de “trotskismo”

Durante cinco años el Kremlin condujo una campaña en pro de una alianza entre las democracias para venderle a Hitler, a último momento, su amor por “la seguridad y la paz colectivas”. Los funcionarios de la Comintern recibieron la orden de “giro a la izquierda”, e inmediatamente desenterraron de los archivos viejas fórmulas sobre la revolución socialista. El nuevo zigzag “revolucionario” será probablemente más breve que el “democrático”, ya que las épocas de guerra aceleran enormemente el ritmo de los acontecimientos. Pero la táctica fundamental de Stalin sigue siendo la misma: convierte a la Comintern en una amenaza revolucionaria para los enemigos del futuro, para trocársela en el momento decisivo en una favorable combinación diplomática. No existe la razón más mínima para temer la resistencia de los Browders o de gente de su calaña.

A través de sus dóciles corresponsales el Kremlin amenaza con entrar en la guerra del lado de Hitler, y luchar a la vez por la soviétización de Alemania, si Italia o Japón se unen a Inglaterra y Francia. (Ver, por ejemplo, el cable de Moscú publicado en el New York Times del 12 de noviembre.) ¡Asombrosa confesión! La cadena de sus “conquistas” ya tiene al Kremlin atado de tal manera al carro del imperialismo alemán que los posibles futuros enemigos de Hitler automáticamente se transforman en enemigos de Stalin. Stalin se apresura a tapar su probable participación en la guerra junto al Tercer Reich con la promesa de “soviétizar” Alemania. ¿Siguiendo el modelo galiziano? Para hacerlo sería necesario ocupar Alemania con el Ejército Rojo. ¿Por medio de una insurrección de los obreros alemanes? Pero si el Kremlin cuenta con esta posibilidad, ¿por qué espera que Italia y Japón entren en la guerra?

El motivo de esta inspirada correspondencia es demasiado evidente: asustar por un lado a Italia y Japón y por el otro a Inglaterra y Francia, y de ese modo escapar a la guerra. “No me empujen a los extremos (amenaza Stalin) o haré cosas terribles.” En esto hay por lo menos un noventa y cinco por ciento de *bluff* y tal vez un cinco por ciento de nebulosa esperanza de que, en caso de peligro mortal, la revolución traerá la salvación.

La idea de que Stalin soviétice Alemania es tan absurda como la esperanza de Chamberlain en la restauración en su país de una pacífica monarquía conservadora. Sólo una nueva coalición mundial podrá aplastar al ejército alemán por medio de una guerra de proporciones insospechadas. Sólo un tremendo ataque de los obreros alemanes puede aplastar al régimen totalitario. Pero con toda seguridad no harán su revolución para reemplazar a Hitler por un Hohenzollern o por Stalin.

La victoria de las masas populares sobre la tiranía nazi será una de las mayores explosiones de la historia mundial y cambiará de inmediato la faz de Europa. La ola de

levantamientos, esperanza, entusiasmo, no se detendrá en las herméticas fronteras de la URSS. Las masas populares de la Unión Soviética odian a la ambiciosa y cruel casta gobernante. Lo único que refrena su odio es la idea de que el imperialismo las vigila. La revolución en occidente privará a la oligarquía del Kremlin de lo único que le da derecho a la existencia política. Si Stalin sobrevive a su aliado Hitler, no será por mucho tiempo. Los astros gemelos caerán del cielo.

# Correspondencia sobre el futuro libro

## [Asuntos semipersonales. Carta a Vanzler (Wright)]

(4 de marzo de 1940)

Estimado camarada Vanzler<sup>52</sup>,

Me dirijo a usted nuevamente por dos asuntos personales y semipersonales.

En primer lugar, el periódico judío *Day* desea publicar partes de la biografía de Stalin que él mismo seleccione. Ofrece 400 dólares por los derechos. Me inclino por aceptar esta propuesta, pero me pregunto si *Forward* no estaría dispuesto a hacer lo mismo. Por lo que sé, *Forward* tiene una audiencia obrera incomparablemente mayor y también puede pagar mejor. ¿Podría investigar esta cuestión de forma privada y discreta? Esperaré su respuesta antes de tomar una decisión definitiva.

En segundo lugar, durante los últimos tres años he escrito en semanarios y mensuales burgueses una serie de artículos sobre la situación internacional (la guerra que se avecina, la fuerza y la debilidad del Ejército Rojo, Stalin y Hitler, la paz futura). Sería útil publicarlos ahora en forma de libro con el título *Guerra y paz*. ¿No cree que sería posible encontrar un editor más o menos liberal para un libro así? Estoy dispuesto a aceptar condiciones muy modestas. El libro debería tener entre 150 y 200 páginas, para que se pudiera vender a un dólar. Por supuesto, escribiré una introducción especial para este volumen.

Si tiene alguna perspectiva, le enviaremos inmediatamente todo el manuscrito.

## [El retraso del manuscrito. Carta a Malamuth]

(19 de marzo de 1940)

Estimado camarada Malamuth<sup>53</sup>,

Desde que le escribí por última vez diciéndole que le enviaría un capítulo en dos semanas, mi mecanógrafa rusa ha estado enferma durante tres semanas. Después ha trabajado de forma muy irregular y ahora está cuidando a su hijo de cuatro años, que ha sufrido una grave operación, y no podrá venir en absoluto durante unas semanas. ¿Qué se puede hacer frente a estas circunstancias? Por supuesto, sigo con mi trabajo preliminar para los demás capítulos, pero, incluso en este sentido, me veo limitado por el hecho de que no puedo pedirle a nadie que me copie una cita, un extracto de un libro, etc.

---

<sup>52</sup> Joseph Vanzler, conocido como John G. Wright (1904-1956), familiarmente llamado Usick, de origen ruso, era miembro del PC y estudiante de química en Harvard cuando se unió a la Oposición de Izquierda en 1929, uno de los mejores traductores al inglés de las obras y artículos de Trotsky.

<sup>53</sup> Charles Malamuth (9 de noviembre de 1899, en Polonia - Los Ángeles el 14 de julio de 1965), periodista, escritor y traductor estadounidense de ruso y anticomunista. Es más conocido a lo largo de los años como traductor del *Stalin* de Trotsky, por lo que los comunistas soviéticos lo atacaron como trotskysta en la década 1940; sin embargo, es conocido por la manipulación del manuscrito del libro de Trotsky una vez éste asesinado, manipulación contra la que protestó Natalia Sedova hasta tener que desautorizar la edición de la obra en Harper Brothers que, a pesar de ello, esta editora imprimió... para luego secuestrar la propia edición respondiendo a las exigencias del gobierno norteamericano que respondió así ante las de Stalin.

Usted puede comprender fácilmente lo difícil que me resulta hacer predicciones sobre el ritmo de mi trabajo. Hay que añadir otra circunstancia: cuando pasan uno o dos meses sin que haya avances palpables en el libro, tengo que asegurar la subsistencia de la casa durante unos meses más, es decir, escribir un artículo para la prensa y perder tiempo una vez más.

En estas condiciones, estaría muy contento si pudiera entregarle todo durante el mes de agosto. Es posible. Y haré todo lo posible por respetar ese “plazo”.

La idea de que venga usted a México para traducir la última parte del libro es excelente. Pero, por supuesto, no puede venir para cada capítulo y esperar entonces a que continúe el manuscrito. Espero que a principios de julio el libro esté lo suficientemente avanzado como para garantizar la continuidad de su trabajo de traducción. Por lo tanto, puede usted planificar su viaje a México para julio.

Otra cosa más. Quiero publicar una recopilación de mis artículos de los últimos tres años sobre asuntos internacionales con el título *Guerra y paz*<sup>54</sup>. No cambiaré nada, solo pondré la fecha de cada artículo. Así no tendré que dedicar tiempo a este libro: el trabajo técnico lo hará mi joven colaborador. Estoy casi seguro de que un libro así no interesará mucho a Harper. Pero antes de dar una respuesta a las otras propuestas, creo que lo correcto es informar al Sr. Canfield. Si, contrariamente a lo que supongo, Harper estuviera interesada en este libro, por supuesto que les enviaría el manuscrito de inmediato. Mis pretensiones económicas por este libro podrían ser muy modestas. La extensión del libro es de unas trescientas páginas pequeñas. No le escribo directamente al Sr. Canfield para no presentar el asunto como una propuesta formal y no obligarle a decir que no. Por favor, pregúntele sobre este asunto y comuníqueme sus impresiones, para que pueda actuar en consecuencia. Usted también tiene cierto interés en este libro, ya que una parte será traducida por usted.

PD: En uno o dos días le enviaré la lista de artículos para la recopilación, con una indicación del lugar donde se han publicado. Dos de ellos, que usted ha traducido, no se han publicado en absoluto. Otros se han publicado en forma abreviada<sup>55</sup>.

Muchas gracias por el libro de Barmine<sup>56</sup>. Todavía no lo he leído.

### [Traducciones por hacer. Carta a Malamuth]

(7 de abril de 1940)

Estimado camarada Malamuth,

Le envío el manuscrito del libro previsto<sup>57</sup>. El texto consta de doce artículos y un prólogo (le enviaré el prólogo en ruso si llego a un acuerdo con el editor). El editor podrá hacerse una idea del libro a partir de los artículos que se han traducido al inglés. Le ruego que relea el texto para eliminar cualquier posible error.

---

<sup>54</sup> Ver también la carta del 4 del mismo mes a Vanzler en la que, en sus dos últimos párrafos, comienza a sondear la forma de publicar dicho libro: “[[Asuntos semipersonales. Carta a Vanzler \(Wright\)](#)]”, en esta misma serie de nuestras EIS.

<sup>55</sup> Ver, el 7 de abril siguiente, la carta al mismo Malamuth en la que ya van concretando los artículos que deberían figurar en el libro: “[[Traducciones por hacer. Carta a Malamuth](#)]”, en esta misma serie de nuestras EIS.

<sup>56</sup> Alejandro Graf, llamado Barmine (1899-19??), antiguo joven soldado del Ejército Rojo, devenido oficial, había servido en la diplomacia y el comercio exterior. Llamado en 1937, desertó y se reunió con Sedov, con el que simpatizó. Pero después, tras haber emigrado a los Estados Unidos, tomó sus distancias. Había publicado sus memorias, *Veinte años al servicio de la URSS* en Francia, después en los Estados Unidos.

<sup>57</sup> Se trata de la selección de artículos, *La guerra y la paz*, que no será publicada. Ver, en esta misma serie de nuestras EIS, la carta al mismo Malamuth del 19 de marzo en la que le anuncia el envío de los artículos: “[[El retraso del manuscrito. Carta a Malamuth](#)]”.

Se ha revisado la ordenación de los artículos. Solo queda duda sobre el orden de dos artículos: “Los estados Unidos de Europa” y “¿Qué es el nacionalsocialismo?”<sup>58</sup>. Como no tengo el primero a mano, no sé con certeza cuál va en segundo lugar y cuál en tercero (los artículos deben seguir un orden estrictamente cronológico). Estoy buscando el artículo “Los estados Unidos de Europa”, publicado en *The Militant* o en *The New Internationalist*<sup>59</sup>.

Si no me falla la memoria, el artículo titulado “¿Qué es el nacionalsocialismo?” también se publicó en inglés. Lamentablemente, no tengo el manuscrito en inglés. Lo estamos buscando en Nueva York y, si encontramos el texto en inglés, se lo enviaremos. De lo contrario, habrá que traducir el artículo (en caso de que se llegue a un acuerdo).

El artículo número 4, “En el umbral de una nueva guerra mundial”<sup>60</sup>, se publicó en dos partes, la primera en *Liberty* y la segunda en una revista mensual (a través de Curtis & Brown)<sup>61</sup>.

### [Más artículos por traducir. Carta a Malamuth]

(10 de abril de 1940)

Estimado camarada Malamuth,

Le envío el texto ruso de los dos artículos que faltaban. Como le indiqué, el primero de ellos (sobre el nacionalsocialismo), si no recuerdo mal fue publicado también en la prensa estadounidense, pero no sé dónde<sup>62</sup> (la parte correspondiente de mis archivos se encuentra en Europa). El segundo artículo nunca se tradujo al inglés.

Abandono la idea de incluir en el libro lo relativo al artículo anunciado sobre los Estados Unidos de Europa. He encontrado el texto ruso y está demasiado vinculado a las discusiones internas del partido, etc.

Así pues, tiene usted todo el texto del libro<sup>63</sup>, en su mayor parte en inglés y una pequeña parte en ruso. Solo falta el prefacio. Lo enviaré tan pronto como se haya firmado definitivamente el contrato con el editor.

---

<sup>58</sup> “El desarme y los estados Unidos de Europa” (1929) y “¿Qué es el nacionalsocialismo?” (1933), en esta misma serie de nuestras EIS, esa era la ordenación buscada.

<sup>59</sup> En *The Militant*.

<sup>60</sup> “En el umbral de una nueva guerra mundial”, también en esta misma serie; en efecto, parte de este artículo apareció en *Yale Review*, junio de 1938, bajo el título de “Si se produce una nueva guerra mundial” y otra parte apareció bajo el título de “¿Estamos ante una nueva guerra mundial?”, en *Liberty* del 13 de septiembre de 1937.

<sup>61</sup> Curtis Brown, dirigida por Allan C. Collins, era la agencia literaria encargada de “colocar” la producción de Trotsky.

<sup>62</sup> El artículo, fechado el 6 de octubre de 1933, había sido publicado por *Class Struggle*, de Weisbord, *Modern Thinker* y *Yale Review*: “¿Qué es el nacionalsocialismo?”, en esta misma serie de nuestras EIS.

<sup>63</sup> Se trata del libro sobre la guerra, de este libro.

# Notas sobre la guerra y sobre la URSS

(febrero y marzo de 1940)

## *Notas sobre la guerra*<sup>64</sup>

En este momento<sup>65</sup>, los libros de moda en el ámbito militar son aquellos que afirman que la defensa es el peor de los errores. En el frente occidental asistimos al significativo espectáculo de todas las potencias militares defendiéndose de un enemigo inexistente.

En el mar, Alemania está llevando a cabo una guerrilla del débil contra el fuerte<sup>66</sup>. En tierra, en general, no hay guerra. Todo sucede como si las innumerables masas, armadas hasta los dientes, estuvieran intimidadas y subyugadas por su propia técnica y las fortificaciones que han construido. A primera vista, esto podría parecer la realización de la vieja profecía pacifista según la cual el desarrollo de las armas ha alcanzado un nivel tal que hace imposible la guerra. Pero se trata de una ficción optimista.

Mussolini no tiene una estrategia política internacional. Vive al día. Los planes generales superan sus capacidades. De ahí los constantes zigzags de su orientación y su propaganda. Al principio, intentó rechazar las insinuaciones de Hitler, pero al final cedió y comenzó a seguir la dirección de Hitler. Al comienzo de la guerra soviético-finlandesa, Mussolini subrayó enérgicamente su independencia respecto a Alemania atacando a la Unión Soviética y ayudando espectacularmente a Finlandia<sup>67</sup>. Ahora Mussolini vuelve a mirar hacia la Unión Soviética.

Stalin tampoco tiene una estrategia política internacional. Lo que quiere ante todo es mantenerse al margen de la guerra. Eso es lo que determina sus maniobras.

Las dos democracias beligerantes<sup>68</sup> intentan defenderse. En eso consiste su política mundial. Todo lo demás son discursos vagos y vacíos que nadie se cree.

Solo Hitler tiene un plan político global. Este plan conducirá a la catástrofe no solo al régimen nacionalsocialista, sino también al capitalismo alemán. Pero en el camino hacia la catástrofe, la unidad de la estrategia da una fuerza excepcional a toda la política de Alemania. El único jefe de gobierno que sabe lo que quiere es Hitler.

---

<sup>64</sup> Notas dictadas verosíblemente en febrero de 1940, Biblioteca de Historia Social, Nueva York.

<sup>65</sup> Evidentemente este texto data del período de la “drôle de guerre” (la guerra de broma).

<sup>66</sup> Durante la “guerra de broma” (o guerra falsa) la flota submarina alemana atacó con cierto éxito a la flota mercante británica; Hitler, sin embargo, había prohibido hundir los transportes de viajeros a fin de no chocar con la opinión norteamericana (lo que no impidió el torpedeo contra el *Athenia*). También se produjeron raids espectaculares como el del *Graf Spee*, uno de los tres acorazados de bolsillo que se hundió a sí mismo frente a Buenos Aires.

<sup>67</sup> Finlandia no recibió ninguna ayuda material a excepción, precisamente, de esos envíos de material militar italiano que Alemania acabó por interrumpir ante la solicitud de la URSS.

<sup>68</sup> Francia y Gran Bretaña.

Toda la política de Hitler está subordinada a la lucha por el *Lebensraum*<sup>69</sup>. Esta exigencia le viene dictada por el potente desarrollo de la industria alemana, para la que las fronteras del estado nacional se han convertido en un yugo insostenible. Muchos periodistas se afanan en poner a Hitler en contradicción consigo mismo cuando las afirmaciones de su libro *Mein Kampf* difieren de sus discursos de actualidad. Estas contradicciones son innegables y numerosas. Pero, en definitiva, son superficiales.

Es completamente evidente, incluso para Hitler, que sobreestimó el poderío militar de Francia y subestimó la capacidad de resistencia de la Unión Soviética. Este análisis<sup>70</sup> se remonta a más de diez años atrás. Ahora hay que reevaluar muchas cantidades. La hegemonía de Francia en Europa ha sido destruida sin guerra. Hitler no lo esperaba. La situación objetiva y la relación de fuerzas han resultado ser mucho más favorables a sus planes de lo que había calculado.

En cuanto a la Unión Soviética, las cosas han cambiado con respecto a lo que Hitler había imaginado en 1926. La fuerza revolucionaria de Moscú no solo retrocedió, sino que ha sido completamente eliminada en el pasado reciente. Hitler, mejor que nadie, es capaz de apreciar el significado de los juicios en los que los líderes del bolchevismo y de la guerra civil, sus enemigos mortales, fueron descritos como sus agentes a sueldo. La leyenda del dominio judío sobre la república soviética se ha visto sacudida por el crecimiento del antisemitismo en la casta dirigente y por el hecho de que se eliminara a todos los judíos de los puestos de responsabilidad (en su libro, Hitler calificaba al bolchevismo de engendro del infierno y definía así su significado histórico: “Debemos ver en el bolchevismo ruso un intento de los judíos en el siglo XX de tomar el poder en el mundo”).

Finalmente, en el sentido técnico, la Unión Soviética ha logrado importantes éxitos. Numerosas fábricas producen ahora vehículos de motor; el armamento militar ha alcanzado niveles significativos; la aviación ha progresado; y la industria de guerra se ha convertido en una fuerza considerable.

Es posible que Hitler haya decidido darle la espalda a Moscú, es decir, cambiar radicalmente de estrategia, abandonar la colonización del este y centrar su atención en las colonias<sup>71</sup>. No es fácil dar un giro. Se necesita un largo intervalo de silencio. Es posible que ese intervalo sea el que está atravesando hoy el gobierno nazi. En todos sus discursos y artículos periodísticos, prácticamente no se menciona al Kremlin. Hitler no hizo ninguna referencia al este ni al gobierno soviético en su discurso programático del pasado 28 de abril. Se podría interpretar este hecho como la preparación de un cambio radical en toda la política alemana.

En un discurso pronunciado en el Reichstag el 6 de octubre, Hitler gritaba furioso que “las afirmaciones de que Alemania ha preparado planes de expansión en Ucrania y Rumanía, etc., son una invención”.

Para Stalin, la alianza o, más precisamente, el pacto con Alemania era necesario para salvaguardar su posición de neutralidad. Todo lo que Stalin le dio a Hitler y todo lo que puede ofrecerle es tener las manos libres en su política exterior hacia el oeste y el sur, es decir, en dirección a las colonias. Los protocolos de Moscú del 29 de septiembre tienen por objeto ayudar a Hitler a obtener la capitulación de Francia e Inglaterra, pero no atan en modo alguno las manos de Stalin con la promesa de ayudar militarmente a Hitler. Y no es por casualidad. Para Hitler, eso no es suficiente. Lanzarse a una guerra contra Inglaterra y Francia (y contra Estados Unidos en la primera oportunidad) con Italia como único aliado sería demasiado arriesgado. En el Mediterráneo, Italia podría quedar

---

<sup>69</sup> En alemán en el texto: se trata del “espacio vital”.

<sup>70</sup> Se trata del análisis que Hitler hizo en *Mein Kampf*.

<sup>71</sup> La línea de ataque prioritariamente contra los occidentales no era la diseñada en *Mein Kampf*.

rápida­mente fuera de juego. Alemania se quedaría sola. Detrás de ella, estaría una Rusia neutral. ¿Hasta qué punto se podría dar por sentada esa neutralidad? Hitler no puede seguir ahora con esa combinación, esperando obtener más ulteriormente, cuando los acontecimientos ejerzan presión sobre Moscú. Esta situación transitoria explica la política de Moscú hacia Berlín, una política que consiste en coquetear, esperar el momento oportuno, ganar tiempo, y la política de Berlín, que puede caracterizarse como un intervalo de silencio.

Quizás Hitler no haya abandonado en absoluto su idea de marchar hacia el este y ahora guarde silencio solo para no empujar a la Unión Soviética en los brazos de Inglaterra. Esta hipótesis sería más creíble y convincente si [la campaña de Hitler contra los británicos] no hubiera adquirido un carácter tan encarnizado y provocador. La cuestión de las colonias ha pasado a primer plano. Las comunicaciones marítimas han sido cortadas y Hitler ha dejado claro que quiere poner a prueba sus fuerzas en el mar contra Inglaterra; por cuanto lo que necesita saber es que su frente interior es seguro. Al criticar la política exterior alemana antes de la guerra, Hitler repitió insistentemente que su fracaso había sido no haber sido capaz de encontrar los aliados necesarios. Alemania fue derrotada porque se los cedió a sus enemigos. Debería haber encontrado un lenguaje común con Gran Bretaña o, al menos, haberse apoyado en Rusia. No hizo ni lo uno ni lo otro, y esa fue la peor de las derrotas. No se puede suponer que Hitler haya olvidado todas estas lecciones y que ahora quiera aliarse con Stalin y desafiar al mundo entero.

La campaña contra Gran Bretaña se lleva a cabo hoy en día en la prensa alemana prácticamente con el mismo tono que siempre se ha utilizado en el curso de una guerra y no antes. En el centro de esta campaña se encuentra lo que podríamos llamar la historia del saqueo colonial británico. En *Arbeitertum*, el órgano oficial del Frente del Trabajo, hay una serie de artículos que describen las crueldades de los ingleses durante la colonización de diferentes partes del mundo. Se destaca el contraste entre el carácter principesco de los edificios oficiales y la pobreza de las masas indias, se muestran fotos de la pobreza india, etc. En resumen, la raza inferior de los indios no tiene mejores amigos y los aristócratas anglosajones no tienen críticos más severos que los nacionalsocialistas alemanes.

El gobierno británico se ha visto tan sorprendido por la propaganda de Alemania contra Gran Bretaña y contra los esfuerzos de Gran Bretaña por rodear y estrangular a Alemania, que ha revelado plenamente su propia ingenuidad: esperaba la gratitud de Hitler por los servicios que le había prestado.

Hitler, en su discurso ante el Reichstag el 28 de abril, aseguró que su lucha, su permanente deseo de amistad y colaboración entre Alemania e Inglaterra, estaban dictados por sus sentimientos personales. “En toda mi actividad política, nunca he dejado de defender la necesidad de una estrecha amistad y colaboración entre Alemania e Inglaterra”.

En Polonia, Hitler simplemente condena a millones de seres humanos a la aniquilación física para dejar espacio limpio a las colonias arias<sup>72</sup>... preparando así una base más amplia para golpear al este.

En la alianza germano-italiana, Italia representa el lado inconmensurablemente más débil debido a su situación geográfica y a su nivel de desarrollo económico. Italia recibirá los golpes más duros e, incluso en caso de éxito, solo obtendrá migajas. En

---

<sup>72</sup> Ya habían comenzado las deportaciones desde el momento del reparto de Polonia. Los “territorios del este incorporados” habían comenzado las deportaciones de judíos y polacos hacia la región rebautizada como “gobierno general”: durante el primer año, fueron deportadas así un millón y medio de personas, deportadas y reemplazadas por colonia en la proporción de un tercio.

España, el papel de Italia ha sido mucho más importante que el de Alemania; pero ahora, en el reparto de los beneficios económicos derivados, Alemania deja a Italia muy atrás.

Por esta razón, España se resiste con todas sus fuerzas y no quiere unirse al Eje, ya que, si lo hiciera, su papel sería sacar las castañas del fuego para sus poderosos aliados<sup>73</sup>.

Por supuesto, la URSS puede vencer a Finlandia, pero el golpe asestado al prestigio del Kremlin ante los ojos del mundo se traducirá, en cierta medida, en el interior del país.

La suerte corrida por ese mismo país, Finlandia, demuestra que hoy en día no es tan fácil unificar Europa bajo el yugo nazi. Además, en este camino, Alemania se enfrentará desde el principio a una oposición irreconciliable por parte de Estados Unidos. Una victoria de Alemania y la unificación de Europa por su parte solo significarían un paso hacia una lucha abierta por la dominación del mundo, incluida América Latina, con el apoyo de los nazis dentro de los Estados Unidos.

¿En qué país se puede esperar una revolución primero? Evidentemente, en aquellos en los que una base económica más débil será destruida por la guerra antes que en otros países. Este fue el caso de la Rusia zarista durante la última guerra, y Austria-Hungría le siguió. Luego le tocó el turno a Alemania: a pesar de su alta productividad del trabajo, su falta de materias primas socavó su base económica, ya plagada de numerosas deficiencias.

Sumner Welles parte hacia Europa el 17 de febrero para mantener conversaciones sobre un mundo futuro que se asiente sobre “una base firme y estable”. Es más fácil decirlo que hacerlo.

El senador republicano Johnson<sup>74</sup>, de California, cree incluso que no hay razón para enviar a Sumner Welles a Europa. “Ocupémonos de nuestros asuntos”. Lamentablemente, el Sr. Johnson no indica dónde se traza la frontera de lo que él llama “nuestros asuntos”. Las fronteras de “nuestros asuntos” incluyen el mismo espacio que Hitler llama el *Lebensraum* de los nazis. Las guerras se producen porque diferentes naciones quieren trazar de manera diferente las fronteras de su propio espacio vital.

El 16 de febrero, el presidente del comité republicano de Estados Unidos, John Hamilton, decía:

“Hoy en día hay nueve millones de parados en nuestras calles. Otros diez millones dependen del gobierno para alimentarse y tener un techo, encadenados a un trabajo por la opción de aceptarlo o morir de hambre. ¿Y por qué? Porque las grandes mentes del New Deal dijeron que nuestro sistema de libre empresa estadounidense había llegado al final de su camino, que la ley de la oferta y la demanda había sido derogada, que nuestra única vía de salvación era imitar los sistemas europeos de economía planificada y abandonar el camino estadounidense que nos había llevado a las cimas que alcanzamos en un recorrido de 150 años...” El mismo Hamilton decía el 16 de febrero:

“¡Qué espectáculo tan patético ver a todos los que ocupan puestos de liderazgo predicar la necesidad de salvar la democracia en todas partes excepto en Estados Unidos!”.

Es imposible tener impunemente la industria más poderosa, más de dos tercios de las reservas mundiales de oro y diez millones de parados.

---

<sup>73</sup> Hasta 1940 el gobierno español no hizo sus primeras propuestas de entrada en la guerra: pedía víveres, gasolina, armas y los dominios franceses del norte de África.

<sup>74</sup> Hiram W. Johnson (1866-1935), abogado de Sacramento, gobernador de California en 1905, senador en 1917, expresaba el punto de vista de los “aislacionistas”.

Estadounidenses de diversas tendencias políticas vienen a visitarme a mi retiro. Sigo de cerca la prensa de Estados Unidos. Mi impresión general es que la clase dirigente de la gran república norteamericana está desorientada. Se puede culpar a los extranjeros todo lo que se quiera, pero eso no basta. Lo que se necesita es un programa para sacar a la humanidad del callejón sin salida en el que se encuentra, sobre todo porque se trata de un callejón sin salida que termina en un abismo. Se necesita un programa. Yo afirmo que ni la clase dirigente de Europa ni la de Norteamérica tienen un programa semejante. Y es precisamente en este hecho donde radica la fuerza de los extremos. Se puede, como Hoover, identificar el bolchevismo con la peste. Pero las palabras enérgicas no bastan para resolver los grandes problemas históricos.

Un régimen totalitario no significa en absoluto que todo el pueblo se haya vuelto loco de repente. Significa que la mejor parte ha sido suprimida o intimidada, pero no ha dejado de pensar. En el lado opuesto, una parte de la población tiene interés en mantener el régimen totalitario. Entre estos dos extremos se encuentra la masa desorientada del pueblo, que espera nuevos acontecimientos para elegir uno u otro campo.

Por supuesto, la Unión Soviética en su forma actual no es en absoluto una indicación del camino que los pueblos del mundo deben seguir en el futuro. Sin embargo, la experiencia de todos los demás países, al menos de los más civilizados desde la guerra y la paz de Versalles, muestra claramente el camino que no se debe seguir.

Las convulsiones actuales del mundo son la trágica confirmación del pronóstico de Marx y, al mismo tiempo, una señal infalible de que el desenlace se acerca. Tras terribles experiencias históricas, la humanidad emprenderá un nuevo camino cuyas bases han sido sentadas por todos los acontecimientos anteriores. Los siglos XVII y XVIII abrieron el camino a la razón en los ámbitos técnico y, en parte, en el del gobierno. Pero la revolución burguesa se mostró incapaz de introducir la razón en el ámbito de las relaciones económicas. En este ámbito, continuó el dominio absoluto de las fuerzas ciegas del mercado. Para liberar a la humanidad del caos y la locura, es necesario que el reinado de la razón no se limite a la ciencia y la técnica, sino que se establezca firmemente en el ámbito de las relaciones económicas. La sociedad se construirá sobre un modelo racional, como las máquinas actuales. Se derribarán las barreras estatales. Los recursos naturales comenzarán a explotarse de acuerdo con los intereses de toda la humanidad, como federación socialista de los pueblos.

### *Notas sobre la URSS<sup>75</sup>*

Solo se puede sacar una conclusión del conflicto soviético-finlandés. Nadie en el Kremlin había previsto nada, intoxicados como estaban por sus alardes y por los éxitos que le habían caído a Stalin como migajas de la mesa de Hitler. En el Kremlin no se había previsto nada ni se había hecho ningún preparativo. La iniciativa de los éxitos del Kremlin correspondía total y exclusivamente a Alemania. Hitler empujó a Stalin, primero con cuidado y lentitud, a ir contra Polonia y, más tarde, contra los Estados bálticos. La resistencia en Finlandia, que no habría podido comenzar sin la ayuda directa de Alemania (a través de Italia), obligó al Kremlin a tomar una decisión inmediata.

Ahora observamos las mismas características y los mismos resultados en el ámbito diplomático y militar. Stalin ha podido triunfar en los países bálticos gracias a una

---

<sup>75</sup> Notas escritas tras el fin de la guerra de Finlandia, Biblioteca de Historia Social, Nueva York.

combinación favorable de fuerzas militares y diplomáticas. Pero allí donde se necesitaba iniciativa y penetración, su política solo trajo humillación a la Unión Soviética.

Lo mismo ha ocurrido en Alemania, donde la clave de la derrota interna estaba en gran medida en manos de la Komintern y donde la dirección de Stalin pavimentó el camino para la victoria de Hitler<sup>76</sup>.

Lo mismo ocurrió en España, donde el Kremlin tomó en sus manos la dirección de la guerra civil y condenó al pueblo español a los peores desastres. Nadie, ni Hitler ni Mussolini, prestó un servicio tan grande al general Franco como Stalin.

El miedo del Kremlin a un ataque de la Alemania nazi puede evaluarse por los colosales esfuerzos y sacrificios realizados en las líneas de defensa a lo largo de las fronteras occidentales de la URSS.

La tarea inicial del bolchevismo era la revolución socialista internacional. Por supuesto, era impensable que un país atrasado y pobre como lo era Rusia, y como sigue siendo la Unión Soviética, fuera capaz de imponer militarmente una revolución socialista a otros pueblos. Se trataba de que la revolución la llevara a cabo el proletariado de los países avanzados. Para el gobierno soviético, la tarea consistía, por un lado, en ayudar al gobierno de esas revoluciones y, por otro, en mantener su propio territorio hasta la victoria del proletariado en los demás países. La línea fundamental de la política internacional de la URSS era explotar las contradicciones de los demás países para mantenerse. Una política militar agresiva era impensable.

El bolchevismo partía de la comprensión de que, dentro de las fronteras de un solo país y, además, de un país atrasado, era imposible construir el socialismo y que el socialismo, como el capitalismo antes que él, debía abarcar el mundo entero. El camino hacia la revolución socialista mundial no consiste en absoluto en la expansión militar de un solo estado en el que la revolución ha triunfado antes que en otros lugares.

En el otoño de 1924, Stalin llegó por primera vez a la conclusión de que se podía construir el socialismo en un solo país. Esta teoría adquirió posteriormente una enorme importancia en la política interior y exterior de la Unión Soviética. Sobre el pueblo se alzó una poderosa burocracia que concentraba en sus manos todo el poder y la mayor parte de los ingresos nacionales. Stalin lanzó el lema: “No queremos tierras extranjeras, pero no cederemos ni un centímetro de las nuestras”. Este lema de política puramente conservadora en el exterior se correspondía con la posición material de la burocracia dominante: se sentía demasiado débil para una guerra exterior, pero lo suficientemente fuerte para gobernar en el interior.

El único peligro inmediato provenía de Japón, y solo era peligroso para ciertas partes del territorio, sin constituir en modo alguno una amenaza para la existencia del estado. Moscú compró el medio para escapar del peligro japonés mediante concesiones. En occidente, la URSS estaba protegida por una Polonia que, aunque hostil, era débil, y por una Alemania débil y semiamistosa.

En 1924, en *¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?*<sup>77</sup>, cinco años antes de la aparición del *Biulleten*, intentamos explicar a los actuales amos del Kremlin que la fuerza y la vitalidad de un orden social están determinadas por la productividad del trabajo. Por lo tanto, pedíamos que se elaboraran los diversos coeficientes de productividad del trabajo en la URSS y en los países capitalistas como criterio fundamental para aclarar si en la URSS el peligro procedente del capitalismo disminuía

---

<sup>76</sup> La IC impuso a la sección alemana una política completamente volcada contra la socialdemocracia, bautizada entonces como “social-fascismo” y esta división resultó fatal para el movimiento obrero alemán, que era la única fuerza capaz de parar a los nazis.

<sup>77</sup> *¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?*, en nuestras [Obras Escogidas de León Trotsky en español \(OELT-EIS\) \(Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales\)](#).

o aumentaba desde el punto de vista económico o militar: no es posible separar estos dos peligros. Stalin nos respondió diciendo que el desarrollo socialista no depende del ritmo de desarrollo ni, por consiguiente, del ritmo de crecimiento de la productividad del trabajo. Las estadísticas solo se basan en totales y no inspiran mucha confianza. En *La revolución traicionada*<sup>78</sup>, intentamos explicar de nuevo el significado completo de la relatividad de la productividad del trabajo y de la renta relativa per cápita. Todos estos cálculos, que ponen de manifiesto el bajo nivel de productividad del trabajo en la URSS, se consideran sabotaje y se reprimen severamente. Pero en economía, lo natural, si se expulsa por la puerta, volverá por la ventana. A través de sacudidas convulsivas, las masas populares no pueden salir de la pobreza. En el último congreso, Stalin se vio obligado a intentar explicar este hecho. No pudo decir nada más que estábamos atrasados. Tenemos que medirnos con los países capitalistas. Se necesitan cada vez más sacrificios nuevos; para justificarlos, Stalin tuvo que ofrecer, por primera vez, las cifras de la renta nacional per cápita. Pero por sí solas, no significan nada. La dinámica es decisiva. Es necesario comparar año tras año la evolución de la productividad en la URSS y en los países capitalistas para determinar si el actual sistema económico de la URSS está justificado o no. Solo así se puede decidir el grado de viabilidad militar del estado.

La figura militar más destacada es ahora el jefe del estado mayor, Chapochnikov. La revolución lo encontró general zarista. Su rasgo esencial es una servidumbre total y la ausencia de carácter. Se ha adaptado a todos los patrones y ha sobrevivido a todos ellos. Un caso excepcional... un antiguo general zarista convertido ahora en miembro del comité central del Partido Bolchevique.

Budieni era un audaz jefe de guerrilla a caballo a gran escala. Fue recompensado con el rango de mariscal y obligado a traicionar a todos sus colegas. El general de caballería ha engordado, pero sus cualidades militares no han cambiado. Necesita ser dirigido por un jefe militar perspicaz y culto. Es absolutamente incapaz de darse a sí mismo esa dirección. Así, todo el curso de los acontecimientos ha sido determinado por Stalin...

Por supuesto, no cabía esperar que Voroshílov pudiera corregir a Stalin.

En general, es imposible hablar seriamente de Voroshílov, ya sea como personaje político o como jefe militar. Le son completamente ajenas las cualidades de un gran administrador, la capacidad de combinar en su mente los diversos factores de una situación y prever su futura interacción. Ahora, cada vez más agobiado por los años, engañado por los halagos oficiales, acostumbrado a su alto cargo, el antiguo guerrillero audaz apenas se distingue de los ministros de guerra zaristas de antaño.

Es aún menos posible esperar críticas y argumentos de su estado mayor, ya que todos recuerdan demasiado bien el destino de Tujachevsky y sus colegas<sup>79</sup>.

El problema de pasar a un sistema de milicias desempeñó un papel considerable en nuestro trabajo, así como en nuestras concepciones militares. Considerábamos la cuestión como una cuestión de principios. Creíamos que solo un estado socialista podía permitirse pasar a un sistema de milicias. "Si llevamos a cabo esta transición de forma gradual [escribí en 1923], no es por temores políticos, sino por razones de índole organizativa y técnica: se trata de una empresa nueva, de una importancia inconmensurable, y no queremos emprender la segunda etapa antes de haber asegurado la primera." Todo ese gran trabajo se redujo a la nada. La milicia ha sido abolida a favor del ejército permanente. El razonamiento era puramente político: la burocracia ya no

---

<sup>78</sup> *La revolución traicionada. Qué es y a dónde va la Unión Soviética (anexos)*, también en nuestras OELT-EIS.

<sup>79</sup> Alusión a los jefes del Ejército Rojo ejecutados, entre los cuales M. N. Tujachevsky (1893-1937) mariscal y jefe de estado mayor.

confiaba en un ejército disperso entre el pueblo, fusionado con el pueblo. Quería un ejército cuartelario puro, aislado del pueblo<sup>80</sup>.

Se dio la orden en el Ejército Rojo de obtener éxitos a toda costa el 23 de febrero, aniversario de la formación del ejército. Se han visto órdenes similares más de una vez en el pasado. “Realicen tal o cual vuelo [aéreo] con motivo del nuevo congreso del partido. Sin tener en cuenta las condiciones climáticas, realicen un vuelo a gran altitud el día del aniversario del Líder”, etc. Decenas de accidentes aéreos se debieron al hecho de que los vuelos no se realizaban en función de las condiciones atmosféricas, sino en función de las exigencias del calendario oficial.

Haciendo referencia a un comunicado de su oficina en el extranjero, *Krasnaya Zvezda*, el periódico del comisariado de defensa escribía el 18 de febrero:

“Las obras de Trotsky ocupan un lugar muy respetado en las bibliotecas italianas, a pesar de que todos los libros de autores judíos han sido retirados de ellas. Cuando un visitante preguntó en la biblioteca pública de Milán: ‘¿Pero Trotsky no es judío?’, el bibliotecario respondió: ‘Sí, pero en virtud de sus servicios se le ha nombrado ario honorario’”.

En la Unión Soviética hay varios millones de familias privilegiadas, con distintos grados de privilegio. Es más que suficiente para aplicar los distintos programas y garantizar los aplausos por el doble juego.

En la época de Lenin, los presidentes de todas las repúblicas soviéticas tenían los mismos derechos que los presidentes de las altas instituciones soviéticas. Ahora, solo Kalinin<sup>81</sup> es presidente del Sóviet Supremo. Este cambio simboliza claramente el cambio en la política general hacia las repúblicas nacionales. No queda rastro de la autonomía. El Kremlin lo decide todo para todos.

Una victoria de los estados imperialistas sobre la Unión Soviética significaría el colapso, no solo de la burocracia totalitaria, sino también de las formas de propiedad establecidas por la revolución de octubre, que no podrían haber tenido más que un carácter temporal.

Al igual que, tras la Gran Revolución Francesa, fue imposible restaurar las relaciones feudales en su totalidad durante un período duradero, tras la revolución de octubre las relaciones capitalistas completas son imposibles durante un período prolongado. Por el contrario, las nuevas formas de propiedad se extenderán cada vez más a otros países.

Las cosas son muy diferentes con las fronteras geográficas. Pueden cambiar y cambiarán. Se puede suponer que, en el curso de la guerra, se desarrollarán tendencias nacionales o, más exactamente, que verán la luz.

Cuando Italia atacó Etiopía, yo estaba totalmente del lado de esta última, a pesar del negus<sup>82</sup> etíope, por quien no sentía ninguna simpatía. Lo que importaba era oponerse a la conquista de nuevos territorios por parte del imperialismo. Del mismo modo, hoy me opongo firmemente al bando imperialista y apoyo la independencia de la URSS, a pesar del negus del Kremlin.

---

<sup>80</sup> *Escritos militares. Cómo se armó la revolución*. (En tres volúmenes), en particular al respecto el Volumen III, también en nuestras OELT-EIS.

<sup>81</sup> Mijáil I. Kalinin (1875-1946), un antiguo obrero de aspecto campesino, era el Presidente del Sóviet Supremo (jefe de estado) desde 1923; ligado a los derechistas en un primer momento, enseguida se acopló.

<sup>82</sup> “Negus” es el título del Emperador de Etiopía.

# Apéndice: enlaces directos a bibliografía de Trotsky

En nuestras **OELT-EIS**:

*La guerra y la Internacional*

*Programa de paz*

*La guerra y la revolución*

*Escritos militares. Cómo se armó la revolución. (En tres volúmenes)*

*Las guerras de los Balcanes*

*La guerra y la Cuarta Internacional*

*Zimmerwald y Kienthal*

\*\*\*

*El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional (y anexos)*

*La lucha contra el fascismo (y anexos)*

*La revolución española (1930-1940)*

## Trotsky en internet

**1917:** El pacifismo, cipayo del imperialismo

**1918:** La patria socialista en peligro

**1924:** Las notas de Friedrich Engels sobre la guerra de 1870-1871

**1930:** El “tercer período” de los errores de la Internacional Comunista

La lucha contra la guerra no da lugar a ilusiones

**1931:** La invasión japonesa de Manchuria

**1932:** Preveo la guerra con Alemania

El próximo Congreso Contra la Guerra (clase obrera, guerra, estalinismo y pacifismo pequeñoburgués; frente único y fascismo)

Declaración al Congreso Contra la Guerra de Ámsterdam

**1933:** El nacionalismo y la economía

El Ejército Rojo

Hitler, el pacifista

**1934:** La guerra y la Cuarta Internacional  
La política exterior de la Unión Soviética  
Bonapartismo y fascismo  
Nubarrones en el Lejano Oriente

**1935:** Stalin firmó el certificado de defunción de la Tercera Internacional. Carta abierta al proletariado mundial  
¿Alquimia centrista o marxismo?  
El conflicto ítalo-etíope (extracto carta al SI)  
¿Quién defiende a Rusia? ¿Quién ayuda a Hitler?  
A los jóvenes comunistas y socialistas que quieren pensar  
[¡Girarse hacia las masas! Carta al BP del GBL]  
[Las discusiones en el partido. Conversación con Birney y Johnstone (alias Robertson y K. Alexander)]  
[Hacia la guerra mundial. Conversación con E. Birney (alias Robertson)]  
[La táctica de los obreros norteamericanos durante una guerra entre Japón y la URSS. Conversación con Birney y Johnstone (alias Robertson y K. Alexander)]

**1936:** Delimitación y unidad. Carta al CC del GBL]  
La entrevista Stalin-Howard  
Un libro honesto  
Francia en la encrucijada  
Sobre los dictadores y las alturas de Oslo [carta a la dirección del Marxist Group, Inglaterra]  
Cómo deben combatir a Hitler los obreros austríacos [un diálogo político]  
[El derrotismo, si fuera necesario, es válido. Carta a G. Jungclas]  
El nuevo ascenso revolucionario y las tareas de la Cuarta Internacional. Tesis adoptadas en la Conferencia Internacional ‘de Ginebra’ del Movimiento por la IV Internacional, celebrada los días 29 a 31 de julio de 1936<sup>83</sup>  
El Buró Internacional para la Unidad Socialista Revolucionaria (Buró de Londres) y la Cuarta Internacional  
Entrevista sobre problemas británicos (con Collins)

**1937** La burocracia soviética y la revolución española  
Entrevista concedida a Madame Titayna  
Japón y China  
Por la victoria de la revolución española. [La revolución española puede salvar a Europa]  
[Epílogo a la discusión sobre la situación china]  
Declaración sobre España  
Contra el "derrotismo" en España. Respuesta a preguntas relativas a la situación española  
[Entrevista con los miembros del Comité de Relaciones Culturales con América Latina]  
En el umbral de una nueva guerra mundial  
Declaración sobre el Ejército Rojo decapitado

---

<sup>83</sup> Puntos 13 y 19, el imperialismo y el estalinismo asesinarán a la Cuarta Internacional antes de la guerra mundial. Es imprescindible tener en cuenta la destrucción del partido mundial de la revolución como un factor de la segunda guerra mundial y de su salida de ‘paz’.

Japón y China

Contra el "derrotismo" en España. Respuesta a preguntas relativas a la situación española

Una catástrofe prevista para Japón

Respuestas a preguntas

Cómo luchar contra la guerra. Carta a la redacción de 'Challenge of Youth'

[La lucha contra la guerra] Respuestas a Roger Devlin (Tribune)

[Sobre la guerra chino-japonesa] Carta a Diego Rivera

[La guerra sinojaponesa] Carta al Secretariado Internacional

[La sección belga y la guerra sinojaponesa] Carta al Secretariado Internacional

[La lucha contra la guerra] Respuestas a Roger Devlin (Tribune)

Una vez más: la Unión Soviética y su defensa

Cómo luchar contra la guerra. Carta a la redacción de 'Challenge of Youth'

Lección de España; última advertencia

Australia y la guerra sinojaponesa [Carta a la secciones australiana]

**1938** [Sobre el derrotismo. Carta a J. van Heijenoort]

[Una caricatura del derrotismo. Carta al SI]

La reforma Ludlow. Carta a Cannon (referéndum ante declaración USA guerra)

La revolución china. Revolución y guerra en China

[Discusión sobre la lucha contra la guerra y la enmienda Ludlow (Tercera discusión)]

Discusión sobre el problema ruso (Sexta discusión)

Aprendan a pensar. Una sugerencia amistosa a ciertos ultraizquierdistas

Observaciones sobre Checoslovaquia

Respuestas al cuestionario de Gladys Robinson

El derrotista totalitario en el Kremlin

Frases y realidades (estalinismo, URSS y guerra imperialista)

Después del colapso de Checoslovaquia Stalin buscará un acuerdo con Hitler

Combatir al imperialismo para combatir al fascismo

La lucha antiimperialista es la clave de la liberación. Entrevista con Mateo Fossa

Una lección reciente. Después de la "paz" imperialista de Múnich

Un criterio falso

¿"Paz en nuestra época"?

Lenin y la guerra imperialista

**1939** Los intelectuales que ya no son radicales y la reacción mundial

Sólo la revolución puede terminar con la guerra [Sólo la clase obrera puede impedir la guerra]

Un paso hacia el socialpatriotismo. Sobre la posición de la Cuarta Internacional contra la guerra y el fascismo

La capitulación de Stalin

[Segunda] Discusión sobre la situación de la IV Internacional

En vísperas de la segunda guerra mundial: entrevista con el Comité de Relaciones Culturales para América Latina

La India ante la guerra imperialista. Carta abierta a los trabajadores de la India

Nuestra organización internacional

"Una parálisis progresiva". La Segunda Internacional en vísperas de la nueva guerra

¿Quién es el culpable de haber comenzado la segunda guerra mundial?

La URSS en guerra

El enigma de la URSS

El Kremlin en la política mundial  
Stalin, el comisario de Hitler  
La alianza germano-soviética  
La guerra y la cuestión ucraniana  
Moscú se moviliza  
El acercamiento entre Hitler y Stalin está a la vista  
Stalin, depositario interino de Ucrania  
Una oposición pequeñoburguesa en el Socialist Workers Party  
La URSS en guerra  
Estados Unidos participará en la guerra  
Nuevamente y una vez más sobre la naturaleza de la URSS  
Sobre la cuestión de la autodefensa obrera  
El acercamiento entre Hitler y Stalin está a la vista  
[Propuesta para un artículo de revista. Carta a Collins]  
Los astros gemelos: Hitler-Stalin  
Carta sobre la India [¿El Ejército Rojo en la India?] Carta a Selina M. Perera

**1940** De un rasguño, al peligro de gangrena  
La situación mundial y sus perspectivas [La segunda guerra mundial] Entrevista para el 'Saint-Louis Dispatch'  
Balance de los acontecimientos fineses  
Carta a los obreros de la URSS  
[Notas sobre la guerra]  
[Notas sobre la URSS]  
Stalin después de la experiencia finlandesa [Lo que pienso de Stalin]  
Sobre el futuro de los ejércitos de Hitler  
Carta a los obreros de la URSS  
Balance de los acontecimientos fineses  
Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial  
Discusiones con Trotsky (Cannon, Cornell, Dobbs, Gordon, Hansen, Konikow y Robins)  
El papel del Kremlin en la catástrofe europea  
No cambiamos nuestro rumbo  
Sobre la conscripción (carta a A. Goldman)  
Problemas norteamericanos  
Stalin es todavía el satélite de Hitler  
[Los asesinos se harán pasar por "trotskystas"]  
Cómo defender realmente la democracia [Combatir al pacifismo]  
Bonapartismo, fascismo, y guerra

**Edicions Internacionals Sedov**  
**Serie Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)**



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español*
- *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
  - *04. Obres escollides de Lenin en català*
- *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
  - *06. León Sedov: escritos*
  - *07.a Liga de los Comunistas*
- *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
- *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
  - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
  - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
  - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*
    - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
    - *14. Lenin: dos textos inéditos*
    - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
  - *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
  - *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano  
(enlace desde imagen)

**Alejandro Proletaria**

